

Era ya aquello, á no dudarlo, lo más inculto y deshabitado de la sierra; ni un castillo roquero, ni una ermita milagrosa, ni siquiera un chozo humilde de pastores, nada se hallaba al paso que indicase labor humana.

De trecho en trecho manaban de las rocas copiosos hilos de agua, que, después de encharcar el camino, iban á perderse en lo hondo de los barrancos ó á bañar estériles malezas. Con ser los fines de la primavera, apenas matizaba alguna violeta silvestre la parda sombra de los montes; ó si la había, era tan espinosa la hierba entre la cual crecía, que se desgarraba la mano infeliz que osaba tocarla. Sólo algunas encinas olvidadas señoreaban aún las altas rocas ó extendían sus raíces por los barrancos, inclinando las hojosas copas á lo hondo. Las había tan mal sujetas á la tierra ó tan quebrantadas por los aguaceros y huracanes, que al menor soplo de viento se agitaban; parecía que hubiera podido moverlas el aliento de un hombre.

Los innumerables rumores del crepúsculo bajaban ya rodando por las cuestas, ó subían en ecos de los hondos valles; hijos del agua, del viento, de los reptiles, quizás de espíritus

encerrados en las piedras y en las hojas, que soberbio niega el hombre, porque no han tenido á bien visitar sus ojos todavía. No podía decirse que fuera de noche, pero no era ya de día. Todos los contornos se iban borrando, todos los colores desapareciendo, y al cabo de algunos instantes, sólo se distinguían el color del cielo y los contornos de las estrellas.

En este punto D. Ramiro interrumpió sus meditaciones, gritando:

—Aznar, Aznar, ¿sabes que no puedo sostenerme en el caballo? Mis pensamientos me han sostenido hasta aquí; pero ya me faltan enteramente las fuerzas. Tengo aturdida la cabeza, la vista se me va, los brazos se me doblan al peso de las bridas; muero, muero, si no hallamos por aquí descanso y alimento.

Y tenía razón el monje, porque más de veinticuatro horas eran pasadas sin que probase bocado ni bebida alguna, y poco menos de veinte hacía que no dejaba la silla del caballo. Cualquiera habría hecho alto, cual D. Ramiro lo hizo en este punto, denotando en gestos y acciones que le era imposible pasar adelante; cuanto y más un hombre, criado en el método y reposo de abadías y palacios, como él era. Aún no podría explicarse su ex-

traordinaria fortaleza sin el calenturiento afán que embarazaba su ánimo.

Verdad es que en los almogábares no se notaban así el ayuno, ni la sed, ni la fatiga; pero ¿qué había en ellos que pudiesen igualar los demás hombres? Ellos sabían pegar los labios á las húmedas rocas, y recoger el agua pura que allí manaba ó buscar hierbas con qué entretener el paladar y los dientes; y caminar con hambre, y reír cuando la sed devoraba sus labios. Así es, que nadie hubiera dicho que tan larga jornada trajesen hecha, sufriendo tamañas penalidades. El crepúsculo de la tarde los hallaba dispuestos á pelear, ni más ni menos que los halló la primera luz de la mañana.

Ninguno de estos almogábares excedía á nuestro Aznar en fortaleza; él ni aun había probado la hierba, ó el agua de las peñas, como algunos sus camaradas. Y, fuerza es decirlo, no sintiendo en sí necesidad alguna, se había olvidado de las del Rey. Pero como le tenía tan conocido, al oírle decir que no podía pasar ya adelante, se encendieron sus ojos en ira; aquel era un nuevo obstáculo, y no el menor que hubiera ofrecido hasta entonces la fuga.

—El caso es, señor—dijo con el acento más blando que supo,—que estamos á tres horas de Barbastro todavía, y estos montes no pecan de solitarios y tranquilos á la media noche, ni andan muy sobrados de comodidades. Volviendo atrás ó yendo adelante podremos hallar sitios y lugares harto más cómodos y seguros que éste. Pero aquí precisamente no es posible que hagamos alto. Desde aquellos picachos cercanos podríais distinguir la frontera de los moros, y aunque hubieran de acudir algunos más almogábares en nuestra ayuda, llegado el trance, si se les ocurriese á los perros hacer esta noche una algarada, tendríamos mucho en que entender con ellos.

—¿Moros dices?—respondió el Rey turbado.—Ya veo, ya veo que Dios me trae á poder de infieles para que sea más cruel mi muerte y mi castigo: he aquí evidente su Providencia, Aznar; he aquí lo que logra el hombre con querer sustraerse á la cólera de Dios.

Y comenzó á persignarse de seguida.

—Aznar—dijo en esto uno de los almogábares de más edad,—ó me falta el conocimiento, ó gente ha llegado aquí, y no ha pasado adelante: de modo que debe de andar

escondida por estos matorrales. Há rato que vengo siguiendo las huellas de los caballos. Ahora acabo de perderlas, y no quedan más que las de los hombres que aquí sin duda se desmontaron. El número no podré decirlo, pero...

—Cuatro son no más, buen Carmesón—dijo interrumpiéndole otro de los almogábares;—y cierto que la edad te va quitando el conocimiento, cuando no has sabido contarlos. Yo sé y veo bien hacia donde se encaminaron hombres y caballos.

El Rey, que escuchaba afanosamente aquellas contestaciones, metió entonces espuelas á su corcel; pero vacilaba ya en la silla, y claramente se veía que le era imposible acabar la jornada.

Aznar, que había visto hasta entonces sin temor aquellas huellas, comenzó á desesperar de la salvación del Rey. Estos caballos, decía para sí, deben ser de moros que nos han descubierto, y han venido á dar noticia de nuestra llegada á otros moros, que nos esperan sin duda emboscados. Por aquí suelen andar almogábares, y llamándolos con mi silbo, haría ser que, entre unos y otros, no pudiéramos asegurarle al Rey la fuga, aunque

fuera dejando nuestros cuerpos por despojo á esos perros maldecidos. Pero si son muchos y nos matan, y el Rey no puede tenerse á caballo y no sabe huir, ¿qué va á ser de su persona? ¡Pobre Rey! Debe de ser cierto que está condenado en vida, como dice, según se le cierran los caminos para salvarse.

Intenciones tuvo de santiguarse el almogábar; pero venciendo en él lo áspero de la condición á las debilidades de la conciencia, acabó por jurar y decir una blasfemia.

En esto hirió sus oídos el sonido de un laúd, y al punto mismo, una voz más agria que dulce, entonó en toscas melodías un romance, cuyo significado no se podía comprender bien, porque no dejaba que llegaran siempre las palabras y todo entero se oyese, las ráfagas del viento. Sólo sonaron claramente de vez en cuando trozos de versos que muchos almogábares repetían, como si los supiesen de coro:

Buscarse dos caballeros
que defiendan la su vida,
contra los acusadores
que en el campo se vería,
la justicia cuya era
y á quien Dios favorecía.

Esto fué lo primero que escucharon, y en otros momentos posteriores trajo el viento estos otros trozos del romance:

Ya se parte el buen Conde
con el fraile que lo guía...
Las rodillas en el suelo
el buen Conde así decía:
Yo soy, muy alta señora,
de España la ennoblecida,
y de Barcelona Conde,
ciudad de gran nombradía...
Bien seais venido, Conde;
buena sea vuestra venida...
Vuestra vida está segura,
pues que Dios bien lo sabía
que es falsa la acusación
que contra mí se ponía...
Parten el sol los jueces,
cada cual toma su vía,
arremeten los caballos,
gran encuentro se hacía...
Don Ramón á su contrario
de tal encuentro lo hería,
que del caballo abajo
derribado lo había.

—Amigo es él—dijo Aznar en este punto,
—y de los buenos por cierto, que con cantar-

me ese romance, seguiríale yo al cabo del mundo. Oye, Carmesón; en trance estás de reparar tu falta de conocimiento en lo de los caballos; corre y averigua quiénes son los que tan sabrosamente entretienen la noche en la maleza. Apuesto á que ellos nos proporcionan cuanto necesitamos, que es hogar seguro y cena ajustada á la calidad de este caballero con quien venimos.

No fué menester que el Carmesón se adelantase mucho, porque los del laúd y el cantar, no menos sagaces que los almogábares, ya habían notado que cerca de ellos andaba gente, por lo cual guardaron repentinamente silencio; y antes de que llegase al sitio de donde salían los sonidos para observarlos, se encontró ya el almogábar con un hombre que al parecer lo observaba á él cautelosamente,

El desconocido fué quien al cabo rompió primero el silencio, diciendo:

—Vuelve esos tus dardos al cinto, almogábar, que entre tú y yo no puede haber sino paz y buena compañía. ¿Qué gente es esa que viene contigo? ¿Sois todos almogábares?

—Todos menos uno—respondió Carme-

són.—Pero, ¿y tú quién eres, que te metes á hacer preguntas á los que vienen á hacértelas á ti mismo?

—Torpe andas, Carmesón. Torpe te tienen los años.

—Lo sé, porque no es la primer vez que lo oigo esta noche. Pero torpe y todo, ten por cierto que no he de errar el tiro en tu cuerpo si no me dices pronto quién eres.

—¿Qué es eso? ¿qué tardas y qué hablas?—gritó Aznar, que ya se acercaba impacientemente.

El desconocido se puso á silbar en voz baja del modo mismo que Aznar había silbado para llamar á los almogábares.

—Nuestro silbido es—dijo Carmesón,—no hay duda. Pero... ¡mal haya de mí que no le he conocido antes! Razón tenéis para llamarme torpe, torpísimo. Sosiégate, Aznar; no sea otro que Maniferro, el buen Maniferro que há meses echábamos de menos por estas sierras. Maldita oscuridad la de la noche, y malditos años los míos que me van tapando los ojos.

Al oír el nombre de Maniferro todos los almogábares prorrumpieron en estrepitosos vivas. Y aun algunos de ellos, desnudando los

hierros, comenzaron á golpearlos contra las piedras, pronunciando, como en señal de alegría, aquel terrible grito de guerra:

¡Desperta ferres!

¡Hierro, hierro, despiértate!





CAPÍTULO XVIII

Descríbese un moderado banquete, y no poco
alegre festín

...Como sátiros desnudos y hambientos
saltando de peña en peña...

FELIU DE LA PEÑA Y FARELL.—(*Anales.*)

Un rrey atan poderoso
e sennor de atal campanna,
non yaga commo rraposo,
enconado en la montanna.

Sy vos sodes rrey guerrero,
buen cauallero en siella,
salide aqueste otero,
reçibir rrey de Castiella.

(*Poema de D. Alonso el Onceno.*)



EL oír tal grito y tales vivas el llamado Maniferro ó Mano de Hierro, acabó de salir de unas matas, con que hasta entonces ocultaba parte de su persona, diciendo:

—Fivallé, Yussuf, Assaleh, seguidme, que estamos entre camaradas y gente buena: seguidme pronto, porque he de azotar al último que suba con la brida de mi caballo. Arriba, arriba, y dejad el matorral á esos honrados osos de la montaña, sus naturales señores, que gente hay aquí de la cual no tenemos por qué ocultarnos.

—Mal modo de estar ocultos es el cantar romances y pulsar laúdes en tales desiertos. Aunque los perros musulimes de Lérida fueran todos tan torpes como nuestro buen Carmesón...

—¿Va de burlas?—dijo á esto Carmesón, un poco amostazado.

—No por cierto—respondió Aznar, que era quien á la sazón hablaba.—Quiero decir, que aunque todos los de Lérida tuviesen tus años y tu cortísima vista, á haberles venido en mientes el pasear estas breñas, no habrían tardado mucho en dar con el Sr. Maniferro.

—¿De cuándo acá eres prudente, Aznar?—dijo el desconocido jovialmente.—Por la Virgen de la Gleba que el pelear yo solo con veinte de esos perros lo hubiera tenido por bien, á trueco de verte aquí esta noche; porque á ti especialmente ha muchos meses que

no te veo, y no quiero que se me olvide tu manera de pelear, y la buena gracia con que sabes sembrar las hazas de turbantes. Pero á decir verdad, no era fácil que ahora se me ofreciese tan extremada ocasión y trance; que no soy temerario como sospechas y aun me tengo por más prudente que tú, sin vanidad alguna. Sábetelo que tengo bastante gente apostada á las orillas del Segre, para que no pueda salir una cimitarra de Lérida esta noche. Y lo que es de moros me tengo aquí por tan seguro como en las torres de Barcelona. Si me ocultaba, no era sino por miedo de los curiosos, que nunca falta caballero andante ó monje medicante que recorra los caminos; y aunque éste es asperísimo, no es de los menos frecuentados, con estar algo cerca de la noble ciudad de Barbastro. Ni ignoras que gusto poco de ser conocido, y que sólo delante de vosotros suelo levantarme con placer la visera del yelmo.

D. Ramiro no echó en saco roto estas nuevas, y se alegró harto de oírlas, porque ya que no fiase de Maniferro, al menos parecía cristiano, y no era para él tan temible como los infieles, en los cuales estaba todavía pensando.

Aznar también se alegró por D. Ramiro.

Y entretanto algunos de los almogábares no cesaban de victorear á Maniferro, y otros repetían desesperadamente su antes temeroso y ahora alegre grito de guerra, sin dejar de azotar los hierros contra las peñas.

—Tened, tened, camaradas—dijo Maniferro.—No es hora aún de que despierten las espadas; dejadlas dormir, que harto breve será su sueño, viniendo en mi compañía. Cabalmente esas orillas del Segre y del Cinca están pidiendo á gritos un buen San Martín, porque los marranos, ni hoja ni grano dejan á salvo. Pero ya os he dicho que tengo hueste hacia Lérida. Ofrézcoos para mañana ó pasado muy buena danza de espadas.

—Los pícaros—dijo Carmesón—no os han visto nunca sino al punto de batallar, y es ya usanza suya esto de saludaros desde lejos con el grito de guerra, á fin de que encontréis al llegar viva la sangre y ardiente ya el hierro. No quieren perder tiempo ninguno cuando se hallan con una buena ocasión de pelear; y vos mismo habéis celebrado esta prisa otras veces.

—Razón tienes—dijo Maniferro;—pero advierte que hoy no os he llamado yo, ni he

venido á buscaros, sino que vosotros me habéis sorprendido, como quien dice, en mi hogar. Hasta mañana por la mañana, lo más pronto, no tenía dispuesta la danza.

—Sea mañana—respondieron los almogábares, envainando perezosamente las espadas.

—Pero advertid—dijo Aznar,—que vuestro deber no es sólo pelear contra los moros, sino servir como buenos vasallos á nuestro Rey y señor D. Ramiro, si á servirle os llama.

—¿Y quién te ha dicho—repuso Maniferro,—que D. Ramiro pretenda semejante cosa? Vosotros no sabéis servir sino con el hierro, y él es poco amigo de este metal.

—Vos, señor caballero—dijo Aznar,—no sois aragonés, sino catalán, y vasallo del Conde de Barcelona. Y por lo mismo no estáis obligado á acudir al servicio del Rey de Aragón, como nosotros lo estamos.

—Poco importaría eso, con tal que quisiera él servirse de gente honrada.

—Pues de que lo quiera no dudéis, y aquí está un buen caballero que podrá confirmarlo.

Dijo esto señalando á D. Ramiro, que no había perdido una sílaba de aquel diálogo extraño.

—Que me place—respondió Maniferro,

reparando entonces en D. Ramiro.—Ofrézcome á dar de cenar á este buen caballero, que harto molido y hambriento se conoce que viene, si como merecen sus prendas no, mejor que de vosotros y de estas soledades pudiera esperar sin duda. Al olor de las viandas y al retintín del jarro, él contará lo que sabe, y yo os diré lo que convenga. Hola, Yussuf, Assaleh—añadió gritando;—perros infieles, ¿no tenéis tendidos los manteles todavía? Al suelo, camaradas, y partamos nuestro pan y nuestro vino, según ordena la ley de Cristo que, aunque pecadores, seguimos.

—Aznar, Aznar—dijo en esto el Rey.—Lo de la cena lo acepto, porque, dicho te tengo, que no puedo resistir más la abstinencia, y eso que he practicado tan largos ayunos en la regla. Pero, ¿no te parece que será imprudencia fiar el secreto de mi nombre y calidad á ese extranjero?

—Sí que lo sería—dijo Aznar.—Aunque estamos ya seguros de infieles, á lo que parece, no lo estaremos de traiciones hasta mañana, que vendrán á juntársenos cuantos almogábares anden por estas sierras, según tengo avisado ya con dos de los nuestros. A fin de que vengan pronto, les he encargado

decir por todas partes, que vos sois un mensajero del Rey, un caballero de su casa. No hay más que continuar aquí también con el engaño.

—¿Engaño? No en mis días—dijo el Rey.

—Primero querré que me maten, Aznar. ¡Engaño! ¡Pecado! ¿Te parece que no son bastantes los que traigo conmigo?

—Pues diremos que sois Rey.

—No, no, tampoco. Tú no conoces á ese extranjero, Aznar; no sabes si es ó no capaz de alevosía..

—Sólo sé—dijo Aznar,—que es esforzado, porque meses há se apareció en estas montañas con otros almogábares de tierra de Cataluña, y yo y otros fuimos con él y ellos á dar en los moros de Lérida; y á fe que mejores tajos y mandobles que repartió el buen caballero, no los he visto descargar en mi vida. Desde entonces le apellidamos por acá Maniferro.

—Bien pudiera ser verdaderamente de hierro todo su cuerpo, y ser traidor sin embargo.

—Es muy cierto; pero, ¿cómo hacer si vos no queréis pasar por otro que sois?

—Un remedio se me ocurre, Aznar; pero no sin algunos escrúpulos, aunque le he visto

practicado, en ocasiones, por muy devotos monjes de mi monasterio de Tomeras, y de aquel otro bendito de San Zoil, sobre el Carrión, en que hay nada menos que tres cuerpos de mártires.

—Decid, que yo haré cuanto queráis.

—Has de saber, Aznar—dijo el Rey,—que una cosa es mentir, y otra muy diferente es ocultar la verdad: lo primero no es lícito nunca; lo segundo puede serlo algunas veces; al menos ya te he dicho que así lo hacían ciertos monjes de Tomeras, uno de los cuales andaba en olor de santidad.

—No comprendo—dijo Aznar cándidamente.—Si este buen caballero Maniferro os pregunta el nombre, ¿tenéis más que decirle quién sois, ó de no, decirle que sois otro cualquiera? No hallo medio en esto.

—Fuerza es hallarlo—dijo el Rey,—porque en ese medio está el remedio: no lo habría de otro modo.

—Perdonad, señor—dijo Aznar,—si no se me alcanzan mucho en estas cosas. Para eso me crió tan soldado mi padre, para que no tuviera necesidad de saber tales delgadeces y sutilezas. Decidme claro qué le contestaréis si él os pregunta quién sois.

—No le diré nada: haré como si no hubiese entendido la pregunta.

—Malo es Maniferro para eso. Cien veces seguidas repetirá la pregunta, y acabará por fiarla á la espada, que dicho os tengo que es buena, como yo no sé de ninguna otra de caballero. Y en tal caso, tendríais que descubrirnos ó resignaros á que peleásemos vos y yo solos contra él y los suyos. Porque de seguro los almogábares no osarían ponerle un dedo encima de la armadura; tan grande amor le tienen, á no oír vuestro nombre.

—Y sabiendo ellos mi nombre...

—Sabríalo él, por fuerza; y si es traidor y rebelde, como los caballeros y ricos-hombres de Huesca, podría muy bien tendernos una celada antes que fuese de día y apoderarse por armas de vuestra persona y la mía, aunque quisiesen pelear estos almogábares contra su hueste. Que no es seguro, pues si tengo por difícil que peleen contra ese buen caballero Maniferro, á no sonar vuestro nombre, sonando y todo, tengo por punto menos que imposible que se las hayan brazo á brazo con la hueste que él dice que tiene en las no muy lejanas huertas de Lérida, la cual se compondrá, sin duda, de almogábares catalanes, que son

unos mismos con estos aragoneses: hermanos en el nacimiento, en la fatiga, en la gloria, y no pocos de ellos ignorantes de que en estos montes unas piedras se llamen Aragón y otras se llamen Cataluña.

D. Ramiro, aturdido con tales observaciones, no contestó palabra. Y en aquel instante se oyó la voz de Maniferro que gritaba:

—¡Ah del buen caballero! La cena está pronta; las hogueras arden, de modo que no echaremos de ver la oscuridad de la noche; hay asientos en la hierba que pudieran ser tronos de reyes, y sobra humo en el aire para templarnos la humedad de la noche. Juro á Dios que no se ha visto en alcázar alguno más alegre banquete que el que yo os ofrezco ahora al raso. Yussuf, Assaleh, si advierto la menor falta en la cena, de cena habéis de servir vosotros á mis lebreles. Y tú, Fivallé, meneá ese laúd: diablo de escudero, ¿qué tardas en tocar alguna cosa? Disponte á decir de nuevo el romance del caballero del Dragón, que tengo para mí que no ha de desagradar á nuestro huésped.

Todo esto lo decía el caballero con acento tan jovial, que no cólera ó susto, sino risa y gozo infundían sus amenazas.

D. Ramiro fué el único que las tomó al pie de la letra.

—Parece que tiene mal corazón este hombre—le dijo á su escudero.—Oye, Aznar amigo, ¿será posible que no me defiendan esos villanos, si por ventura quiere asesinar-me? Por Dios, hijo mío, no te se escape decirle quién soy.

Aznar no respondió, pero dióle á entender con una seña que guardaría el secreto. Y caballero y escudero se fijaron luego enteramente en el espectáculo extraño que á sus ojos se ofrecía.

Habían desembocado de un angosto paso labrado por las aguas de invierno entre dos montes, y se hallaban á la sazón en una llanura más larga que ancha, abierta en uno de sus lados por un profundo barranco. Las aguas, al salir de entre los montes, se precipitaban sin duda por aquel barranco, haciendo en la asperísima cuesta quebraduras, que podían servir de sendas para llegar á lo hondo. El barranco y la cuesta se distinguían muy bien á la luz de tres grandes hogueras encendidas al borde mismo del precipicio, donde se consumían luciendo y chisporroteando altas piras de enebro recién cortado.

Descubríanse también en la cuesta ciertas cuevas formadas por los salientes peñascos, en alguna de las cuales debían de estar recogidos Maniferro y sus compañeros cuando llegó la comitiva, porque aunque él no se supo de donde vino, á éstos claramente se les vió subir por una raja de la pendiente al llano, donde hizo alto la comitiva.

Hacer alto, tirar al suelo los chuzos, arrojarse por el barranco unos, trepar otros por los montes vecinos, cortar troncos y ramas, acarrearlas, y con ellas encender las tres hogueras, había sido para los almogábares obra de un instante, como solían ser todas las de aquella gente agilísima y resuelta. Luego sacaron de los zurrones sendas cebollas y castañas, y sin otra preparación las pusieron á la lumbre. Algunos, más afortunados, descolgaron de los cintos y arrimaron al fuego hasta tres liebres, un cabrito montés y unas pocas palomas, muertas al acaso por el camino. Y mientras se aderezaba la escasa y rústica cena, juraban y refan los almogábares al amor de las hogueras, tan contentos como pudieran estarlo en hogar propio.

No tardaron mucho más en ser cumplidos

los mandatos que dió Maniferro á sus compañeros.

Eran éstos tres hombres de singular aspecto y catadura. Frisaba el uno de ellos en la madurez de su edad; tenía el rostro ancho y lleno, la mirada fría, y su limpio traje y atavíos, si no ya por hombre principal, dábanlo, al menos, por persona de honroso empleo y ejercicio. Trafa éste ligera cota y espada ceñida. Una gorra cubierta de malla le defendía la cabeza, dejando ondear sobre ella dos plumas de cisne, y pendía de su espada un laúd, indicio de ser él quien antes hubiese cantado.

Los otros dos parecían mucho más mozos, aunque no pudiera afirmarse que lo fuesen. Porque no era la noche más oscura que su tez, así como el marfil no era más blanco que sus dientes, que relucían como estrellas entre las sombras de los rostros; y los menudos y ásperos rizos de los cabellos, y la expresión extraña de las facciones, dábanlos, sin más dudar, por etíopes y esclavos. Vestían los dos un traje, mitad morisco, mitad cristiano. Cubríanles la cabeza sendos gorros de lana color de púrpura, defendidos por gruesas barras de hierro, que partiendo de una de

ellas que ceñía la frente, subían á encontrarse á cosa de una cuarta del pelo, como en punta de lanza. Abrigábanlos jubones de malla y toneletes, con escamas de hierro, y de las espaldas traían colgados redondos escudos de piel de león con aros de hierro. Un ancho alfanje, un puñal, y un arco y flechas, eran sus armas ofensivas.

El del laúd se sentó en una piedra, no lejos de cierta encina corroída y vieja, en cuyas ramas comenzaban á prender fuego las chispas escapadas de una de las hogueras, suavemente azotada del vientecillo de la noche. Allí se estuvo algún tiempo tranquilo y silencioso, templando las cuerdas de su instrumento y preludiando algunas melodías de frases lentas y melancólicas que parecían principios de la jota á veces, y á veces notas de la caña, ó la malagueña de nuestros días.

Los dos moros negros ponían atento oído á lo mejor á aquellos sonos como si no les fuesen desconocidos, ó viniesen de tierra que hubiesen por largo tiempo habitado. Entretanto desembanastaron unos blanquísimos manteles y los tendieron sobre la hierba, al pie de la encina que ardía, la cual de esta manera vino á ser lámpara y chimenea del

banquete. Luego, pusieron sobre ellos hasta media docena de platos de oloroso cedro, guarnecidos de plata, cosa de gran lujo y riqueza para aquellos tiempos: tenedores, ni los traían ni eran conocidos entonces; de cuchillos no había que hablar allí, trayéndolo cada hombre bien afilado y largo consigo; pero entretanto se echaban también de menos. Lo que no faltaba allí era qué comer y beber; pues había carnero, gallinas, y hasta una gran cabeza de jabalí; congrio en salsa, bien guardado del aire en una mediana vasija de barro cocido; vino del Priorato, abrigado como á su calidad correspondía en jarro de plata; otro que debía de ser más plebeyo en dos cántaras de arcilla que parecían ánforas romanas; pan, en fin, amasado con los mejores candeales de Suera ó de Urgel. Poderosos incentivos todos ellos para despertar el apetito de cualquier hombre de pro y aun señor de vasallos, cuanto y más el de aquel pobre aventurero D. Ramiro, que tras de llevar largas horas de abstinencia, había sido abad y Rey sobrado tiempo, para que penitente y todo como era, pareciese insensible al amor de los buenos bocados.

No de otra suerte podría haber sucedido

que, al distinguir los manteles blanquísimos y sus sabrosos huéspedes, huyesen todos los pensamientos tristes y siniestros de la imaginación de D. Ramiro, y que, sin esperar otra invitación, fuera á ponerse delante de uno de aquellos olorosos platos de cedro, donde no tardó en depositar una generosa tajada el jovial y comilón de Maniferro. Cualidad por cierto esta última, harto censurada por el cronista muzárabe, que tomaba muy á pechos las sublimidades del espíritu, creyendo erradamente que no se ajustan con ellas los más sabrosos apetitos de la carne y de la materia: inocente y naturalísima, en hombre tal como parecía Maniferro á nuestros ojos.

En el banquete no se oyó palabra por un buen espacio de tiempo. Traslucíase que uno y otro de los dos principales y más altos comensales, aplazaban la plática para cuando estuviesen ociosos los dientes, y á sus solas imperase el jarro en los manteles, aprovechando las treguas para contemplarse á su sabor, y calcular cada cual con qué género de hombre se las había.

Ni uno, á la verdad, ni otro quedaron muy pagados del fruto de sus observaciones.

Los ojos de D. Ramiro, ya tibios y morte-

cinos, ya vívidos y fulminantes; su tez morena y pálida, sus cabellos lacios y descompuestos, sus armas menos ricas que convenía á un caballero, y la mala gracia con que las llevaba, todo esto llenaba de confusiones al desconocido. Y como de las confusiones nace el error casi siempre, túvole por viejo, cuando era hombre D. Ramiro que no había pasado de la edad madura; túvole por de baja prosapia, cuando no la había más ilustre que la suya; túvole por socarrón y malicioso, cuando era el propio candor y la benevolencia misma. Tan distinto de la verdad fué su juicio.

Más acertado anduvo D. Ramiro; pero no porque fuese sagaz, sino porque la fisonomía de Maniferro denotaba con harta claridad la condición de su dueño. Era mozo de menos de treinta años, alto, fornido, de oscuro y rizado cabello, de ojos negros, firmes y penetrantes, rápido en el hablar, imperioso en los gestos, brusco en los ademanes, como quien no está acostumbrado á tolerar contradicciones. Hombre como él no podía menos de haber expuesto muchas veces su persona y de haber llevado á cabo arduas empresas; léfase en su rostro aquella aspiración á lo grande, á

lo imposible, que es patrimonio de los que llaman héroes en la tierra. Si parecía jovial, obra era, sin duda, de sus pocos años y de su natural franqueza; porque allá en los pliegues de su frente se escondían negros nublados de ira, que no dejaban de asomar amenazadores tan luego como alguna cosa, por pequeña que fuese, le disgustaba. Y en verdad que tales observaciones no eran propósito para disipar del espíritu de D. Ramiro recelos ó temores, no obstante que el apetito le tuviese cerradas, por de pronto, las puertas y ventanas del sentimiento.

Pero ni el falso juicio de Maniferro, ni el verdadero y cierto de D. Ramiro perturbaron las prudentes treguas que, por tácito consentimiento, se habían ajustado entre ellos. Y en el ínterin, Fivallé preludiaba en su laúd melancólicas armonías; y ya subiendo, ya bajando, ora imitando la caída estrepitosa de los manantiales, ora el tardo paso de los arroyos; bien mintiendo gorjeos de ruiseñores, bien murmullos de fuentes; tal vez remediando á los céfiros que mansamente agitan las hojas; tal vez á las tórtolas que se anidan en los troncos de las arboledas, daba muestras de larga práctica y extremada ejecución

en su oficio. Al amor de tales y tan diversos sonidos, parecían más sabrosos los manjares todavía que en sí eran y más acertadas á cada comensal sus recíprocas observaciones.

Maniferro rompió al fin el silencio, diciendo:

—Muy puesto en razón sería, señor caballero, que ya que hemos de beber en un mismo jarro y hemos de pasar juntos una noche al raso, vos me dijerais vuestro nombre y yo os dijera el mío, y aun quizás no sería perdido este conocimiento para entendernos en cualquier trance y plática que ocurriese. Pero bien mirado, no puedo yo exigir que me deis vuestro nombre, ni siquiera desearlo, supuesto que el mío tengo hecho propósito de mantenerlo secreto por ahora.

A este punto respiró con poderoso esfuerzo D. Ramiro, como si por algunos momentos hubiese tenido el pecho oprimido.

—Sea como vos queráis, buen caballero—le contestó.—Y de mí sé decir, que os tengo por tan noble y famoso desde ahora, que no me ha de hacer falta jamás oír ni saber vuestro nombre.

—Pues á mí no me sucede lo mismo—repuso el desconocido;—antes tendría singular

placer en saber el vuestro, diciéndoos el mío, por más que vuestro buen talante acredite la antigua nobleza que hay, sin duda alguna, en vuestra persona.

Pronunció esto Maniferro con tal acento de voz, que oídos sagaces lo habrían denunciado al punto por de hombre socarrón y dado á burlas; pero D. Ramiro no se dió un punto por ofendido.

—Hablasteis— dijo luego,—de un propósito ó acaso de un voto; dignaos de decirme si él os trae por mucho ó por poco tiempo acá, y os impide por mucho ó poco tiempo también contentar la curiosidad de los que la tengan en conoceros.

—No puedo decir quién soy en otra parte que allí donde tremola su pendón el Conde de Barcelona; y es propósito firme que tengo hecho, aunque voto formal no sea.

—Singular misterio es—dijo D. Ramiro,—y gran fortuna la vuestra que tal secreto os permite guardar, cuando traéis con vos tantos testigos.

—No los traigo sin su cuenta y razón, señor caballero. ¿Creéis que á saber mi secreto más de uno solo podría conservarse por largo tiempo? Los buenos de los almogábares no

saben de mí otra cosa que lo que yo les digo, ni á decir verdad, se muestran ellos deseosos de saber más que esto. Y tocante á mis servidores, dos de ellos, Assaleh y Yussuf, vinieron ya á mi poder harto discretos, supuesto que en su tierra de África les cortaron las lenguas para que no divulgasen los secretos de sus malditos y paganos señores. El otro, que es ese Fivallé, así sabe tañer y cantar, como entender en cualquier trama de guerra ó de política; pero también sabe que él es el único depositario de mi secreto, y que, divulgándose, no tardaría más en rodar su cabeza, que en llegar la noticia á mis oídos... Pero, ahora que recuerdo, Fivallé... diablo de Fivallé... canta, canta tú otro romance, que ya yo entonaré quizás uno mío, y es de hombres bien nacidos contentar y servir largamente á sus huéspedes.

Fivallé entonces cantó, acompañándose con su laúd, el siguiente

ROMANCE

Trotando va el buen Conde,
blandiendo está el lanzón,
en el mirar, con ira,
con fe en el corazón,

Y dueñas y escuderos
le dicen á una voz:
por Dios lidias, el Conde,
su ayuda te dé Dios.

Orillas de una fuente
durmiendo está un dragón;
de hierro son sus garras,
sus ojos, ascuas son.

«Despierta, el Conde dice,
>porque te pueda yo
>vencer, á esfuerzo mío,
>que á buena suerte no.»

Ya ruge, y se levanta,
ya al Conde va feroz:
la lanza quiebra el Conde,
vacila en el arzón.

Mas de la fuente al agua
le muda la color,
la sangre del vestiglo,
que el Conde lo mató.

Y dueñas y escuderos
ya rezan á una voz:
como por Dios lidiaba,
le ha dado ayuda Dios.

—Nuevo es, y nunca oído éste—dijo Aznar,
no bien acabado el romance.

—Breve y bueno—dijo otro luego.

Parecía como nacido, en fin, por el aplau-

so que obtuvo aquella pobre y dura letra, para tal ocasión y hora. No faltó quien repitese por allí luego algunos de los versos, como si se propusiese aprenderlos; y no ya los almogábares sólo, sino el mismo D. Ramiro mostró que le había oído con placer grande en estas palabras:

—Devoto cantar es sin duda: podría sin reparo decirse en el coro de un monasterio.

—Monje al fin será acaso ese Conde—dijo Maniferro;—pero de los valerosos monjes templarios que no tanto se entretienen en cilicios y en oraciones, cuanto en pelear desde el Jordán hasta el Ebro con los infieles enemigos del nombre de Dios. Monje de los buenos.

D. Ramiro buscó con los ojos á Aznar; y se alegró de verle á pocos pasos, recostado como los demás almogábares al amor de la lumbre.

—Sí—continuó el caballero;—monje podrá ser el Conde de Barcelona; pero no penséis que, por serlo, deje que los extranjeros le roben sus ciudades y castillos, ó que los propios escarnezcan su autoridad y nombre, como hace ese Rey D. Ramiro, que tan pobre cuenta está dando de su corona. Brindo,

señor caballero, por la buena fortuna del Conde D. Ramón Berenguer IV, el que mató al dragón, que azotaba estos condados, y venció en campo abierto á los indignos caballeros que osaron infamar de adúltera á la Emperatriz de Alemania. Y porque Aragón tenga pronto un príncipe semejante, en lugar del que hoy deshonra sus blasones.

Empinó el jarro al decir esto, y bebió un razonable trago de vino. Luego se lo puso en las manos á D. Ramiro para que respondiese al brindis; pero éste, mirando de nuevo á Aznar, soltó el jarro sin arrimárselo á los labios.

—¿Qué es esto, señor caballero?—dijo Maniferro.—¿Rehusáis el brindis que os he propuesto? ¿Es esa vuestra cortesía? Por Nuestra Señora de Monserrat y el bendito San Martín, cuya fué esta mi espada...

—No os enojéis—respondió D. Ramiro turbado, y no sin volver á Aznar la vista.—Después de lo que habéis dicho de mí, quiero decir, del Rey D. Ramiro, yo... yo no puedo aceptar el brindis que me proponéis.

—Razón tiene—dijo á esto Aznar brevemente y en voz ronca.

Negrísimas nubes de ira pasaron rápida-

mente por la frente de Maniferro; y como lo notase Aznar, llevó ya como sin querer la mano al pomo de la espada. Pero fué inútil, por fortuna. Aquellas nubes, aunque no sin hacer él sobre sí un grande esfuerzo, volvieron á recogerse en los pliegues que surcaban la frente de Maniferro; y recobrando al punto su jovial franqueza, contestó:

—Leales sois por mi vida, y júroos que no me queda rencor alguno de la buena lección que me habéis dado. Rey es, y como Rey, antes hemos de callar que no de descubrir aquí sus faltas. Demás que, si mal no recuerdo, me habéis dicho que D. Ramiro requiere ahora vuestros servicios. ¿Es esto cierto, señor caballero? Por ventura, ¿quiere sacar á Zaragoza del feudo castellano, y echar á los navarros á sus fronteras? Él nació bajo el escudo de su padre, y harto triste sería que no quisiera también morir bajo su propio escudo, como nacen y mueren los hombres de honor. Y á ser lo que imagino, no hay más sino que he de tomar su demanda y he de pelear á pie y á caballo con todos los castellanos y navarros que calcen, como yo, espuela de oro, en defensa y pro de su buen derecho.

—Amén—dijo Aznar.

—Amén, amén—repitieron los más cercanos de los almogábares.

—Gracias, gracias, señor caballero—repuso humildemente D. Ramiro. Y alentado con aquellos ofrecimientos, que hacían más de estimar el noble continente del caballero y la generosidad y franqueza que dejaban entender sus palabras, añadió con voz ya entera:

—No es ahora contra navarros y castellanos la ayuda que quiere el Rey de Aragón, es contra sus propios vasallos.

—¿Contra sus vasallos decís? ¿Y cómo puede un príncipe necesitar de ayuda alguna contra sus vasallos? Aquel buen religioso del Temple, D. Ramón Berenguer III y su hijo D. Ramón Berenguer IV, que hoy es, por merced divina, Conde y señor de Barcelona, no han necesitado jamás de otros brazos que los suyos para tener en razón ó traer á ella á sus vasallos.

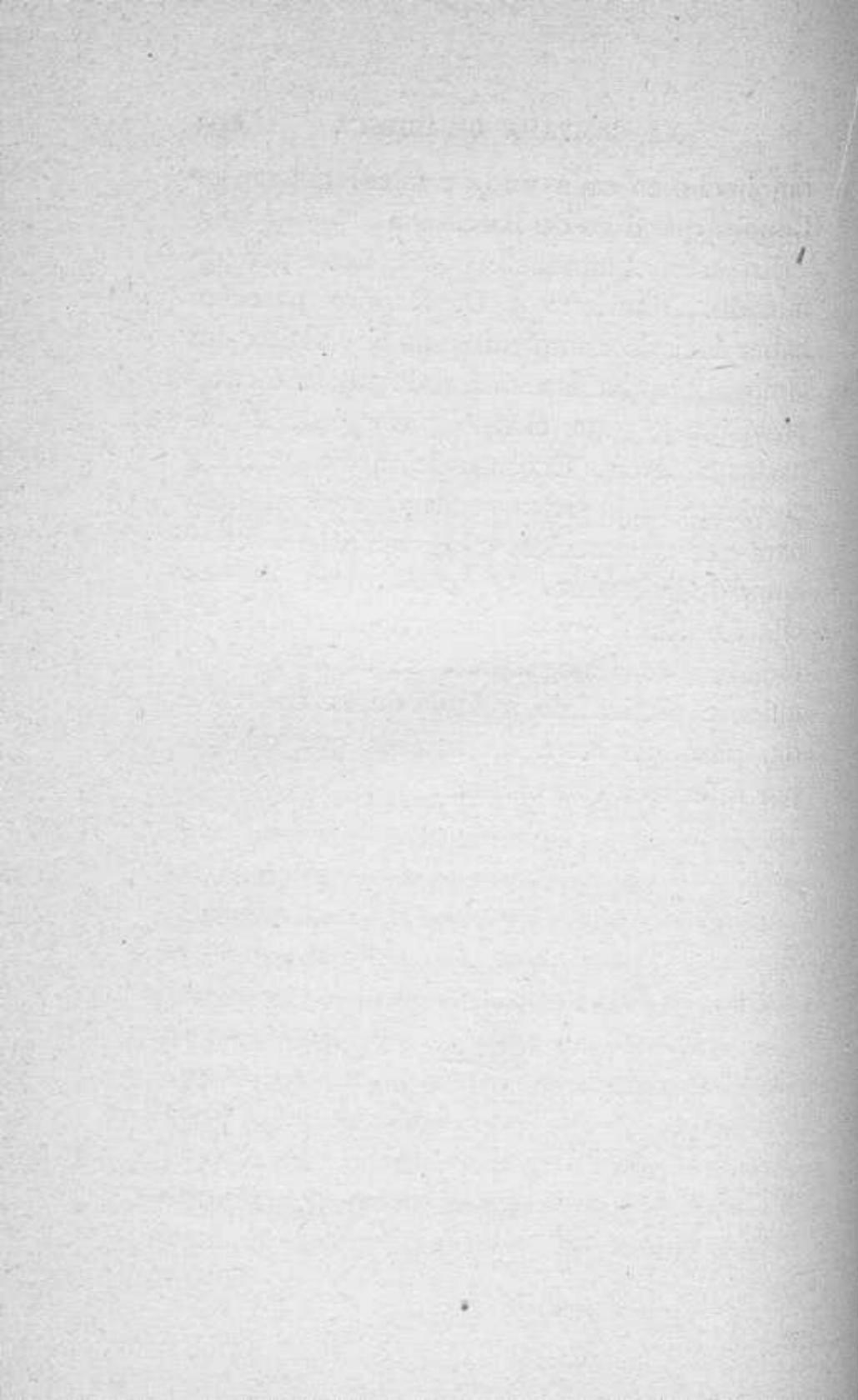
—No serían de osados como estos de Aragón, señor caballero.

—Éranlo mucho, y si os place, hablad y referidme lo que le ha sucedido á D. Ramiro con sus vasallos, que yo os diré lo que hubie-

ran hecho en cada uno de tales trances los Condes que digo de Barcelona.

En esto, el banquete podía darse por terminado. Maniferro y D. Ramiro parecían haber saciado completamente su apetito; los almogábares habían devorado ya sus escasas provisiones, y aun el vino plebeyo de las banastas abiertas. Era más de media noche y el viento de la sierra venía ya bastante frío, para que no pareciese cada vez más dulce el amor de la lumbre. Sentados, pues, junto á ella D. Ramiro y Maniferro, y tendidos alrededor los almogábares, se entabló la siguiente plática, no indigna de ser conservada, para dar luz á los sucesos que quedan por referir en esta crónica.







CAPÍTULO XIX

Qué cosa era ser buen Rey en el siglo XII, y cómo podía convenirle, malo ó bueno, saber latines

Llevad vos la capa al coro,
yo el pendón á la frontera.

(Romancero del Cid.)



FIGURAOS — comenzó por decir don Ramiro,—figuraos, señor caballero, que no bien fué proclamado el Rey de Aragón, y cuando apenas había calentado la desdichada corona en la cabeza, se halló con que los ricos-hombres de su reino querían disponer de todo, menospreciándole, por ser él nuevo y ellos viejos en armas y gobierno.

—¿Y qué hizo el Rey de Aragón al advertir tales injurias?

—Nada hizo, sino empezar á arrepentirse de haber puesto semejante corona en su cabeza.

—Pues tócame ahora á mí—dijo Manferrero,—referiros puntualmente lo que hizo el Conde de Barcelona en semejante caso á ese. No tenía bien cumplidos diez y ocho años cuando murió su santo padre en el hospital de Santa Eulalia, y le dejó por heredero de este buen condado de Barcelona, que ahora tiene. Viéndole tan mozo, imaginaron los barones y señores que podrían disponer de sus estados, menospreciando su valor; todo como vos decís de D. Ramiro. Pues hubo uno que tal imaginación la quiso poner en obra, el cual se llamaba Berenguer de Castellet, y era ferocísimo soldado y veguer á la sazón de Barcelona. Si le hubieran disputado cosa suya al Conde, quizás habría cedido en la demanda; pero no era cosa suya, sino de su pueblo, que lo que pretendía el Castellet era imponer en provecho suyo cierto tributo sobre el pan y otras exacciones no debidas. ¿Y sabéis lo que hizo el Conde?

—Sin duda defendió á su pueblo, mandando que al mal caballero le cortasen la cabeza—dijo luego Aznar.

—No fué tanto de menester — continuó Maniferro.—El Castellet traía bien fraguadas sus mentiras, y mostraba pergaminos y escrituras, muy primorosamente contrahechas, donde claro se leía que tales exacciones le tocaban, por meced de los Condes antiguos.

—Maldito arte el de la escritura—dijo Aznar.—Paréceme á mí que más veces ha de venir en apoyo de la mentira, que no en sostenimiento y defensa de lo que pasa de verdad en este mundo.

—De uno y otro sirve—repuso Maniferro.—Aquellos pergaminos eran privilegios de verdad, con la firma y sello de los Condes de Barcelona; pero el menguado de Castellet había sabido quitar las cosas que ellos rezaban, poniendo otras favorables para sí, que jamás habían estado ni podían estar, so pena de destruir á los pobres vasallos.

—Mala ventura al embustero y falsario — dijeron al parecer dos ó tres de los almogábares; pero de cierto lo dijo Aznar, porque se oyó su voz claramente.

Maniferro prosiguió:

—De poco le sirvió ahora serlo, porque no era hombre el Conde que se dejase vencer

ni de astucias ni de fieros. Viendo que no podía vencer de sus falsedades al mal vasallo, y que éste osaba hablar de sus hazañas, así como para intimidarle, acudió á la prueba del juramento, y para probar la eficacia de este juramento, prestóse á sostener por su persona el combate y juicio de Dios.

—Otro tanto habría yo hecho en su caso—dijo Aznar.

—¡Viva ese Conde de Barcelona!—gritaron entusiasmados los almogábares.

—Loado sea Nuestro Señor, que sin duda dió la victoria al Conde—dijo devotamente D. Ramiro, no sin persignarse al propio tiempo.

—Tampoco fué de menester—respondió Maniferro.—El viejo adalid no osó al cabo entrar en liza con el mozo. Acaso su sinrazón le quitó el esfuerzo, ó quizás le tocó Dios en el corazón para que le conociese; mas de uno ú otro modo, ello es que sin riesgo ni fatiga quedó el Conde con la victoria y libres del tributo los vasallos.

—Que fué muy justo por cierto—dijo don Ramiro.—Mas advertid que entre los ricos-hombres de Aragón, hay algunos bien ancianos, aunque malos, á quienes su Rey quiere

bien desde la infancia, por haber sido continuos y amigos de su victorioso padre don Sancho y de sus hermanos D. Alonso y don Pedro; y tales y tan rebeldes como son, los quiere todavía; de modo, que no osaría levantar la espada contra ellos sino en el último extremo y desdicha. ¿Cuán duro no parecería que retase D. Ramiro á hombre tal como Ferriz de Lizana, por ejemplo? Y eso dando que en su ánimo hubiera esfuerzo para medirse con él.

—De esfuerzo no se diga, porque claro está que sin él no se puede ni se debe llevar corona en la cabeza. Pero en lo del querer bien, ahora he de deciros cómo entiende esto el Conde de Barcelona: que es por modo tal, que no ceda en mancilla de su honor ó detrimento de sus vasallos. Dirélo, si no os parece que peque ya en inoportuno.

—Antes lo tendré por favor singular—replicó cortésmente D. Ramiro.

—Pues atended—contestó Maniferro:—¿habéis oído hablar del valeroso caballero D. Guillén Ramón Dapifer?

—¿Y cómo si he oído hablar?—dijo don Ramiro.—Le he visto y le he hablado yo mismo hartas veces en la corte y gran ciudad de

Huesca; y cierto que es muy noble y valeroso caballero.

—Y yo le ví pelear en Fraga—dijo el viejo Carmesón al que tenía más cerca,—y nunca hallé jabalí que con tal furia se metiera entre las armas. No sé cómo escapó de allí con vida.

—Pues ese buen caballero fué á modo de padre y maestro del Conde de Barcelona, dado que él le endoctrinó y ejercitó en el oficio de las armas. Como Dapifer no era viejo y era valiente, y gentil, y discreto, fué grande el amor que le cobró el Conde. Pero él no tardó en abusar de tal amor, oprimiendo á los vasallos del Conde, y aun llegó á cortar las aguas del río Besós de los molinos de Barcelona, á fin de avasallar á los ciudadanos. Entonces el Conde, prefiriendo á este amor el de sus vasallos, desterró de Cataluña al D. Guillén y le confiscó además sus estados; de suerte, que ahí por Aragón anda mísero y pobre, y ahí se estará mientras no dé señaladas muestras de arrepentimiento.

—Pero ese Casteller y ese Dapifer—dijo D. Ramiro—no tendrían fuertes castillos ni numerosos vasallos con qué defenderse del Conde.

—Los tenían, y todavía más tenía el Conde de Tolosa, que osó negar el debido feudo al de Barcelona. Pero al solo amago del castigo, cedió también el de Tolosa; que cuando los príncipes son esforzados y resueltos, suelen no necesitar la ayuda de nadie, ni mover su propio brazo siquiera para aterrar á los rebeldes. Por eso ya dije que no acierto á comprender el menosprecio con que los de vuestra tierra tratan ahora á D. Ramiro.

—Pintando estáis un héroe en D. Berenguer—dijo D. Ramiro,—y no todos los príncipes pueden serlo.

—Héroe, no—repuso Maniferro;—es demasiado mozo para haber ejecutado hazañas que basten á ganarle tal nombre. Pero, á lo que se ve, no quiere ser indigno de sus padres.

D. Ramiro se ruborizó al oír estas palabras, y más oyendo en derredor suyo este diálogo, que no pudo impedir, por estar algo apartado, Aznar.

—Por Dios—decía uno,—que le sobra razón al Sr. Maniferro, y que yo daría toda mi sangre por ser vasallo de ese buen Conde de Barcelona.

—Mi sangre y la de mi mujer—dijo otro.

—Más de estimar es aquélla que no ésta —añadió un tercero,—que tú no eres de los mejores casados. Pero no hay duda en lo que decís; un Rey como ese buen Conde vale más mil veces que el honrado fraile que ahora tenemos en el trono. No va á quedar un palmo de Aragón, si vive mucho tiempo.

—¿Y qué te se da á ti de ello?—dijo á esto Carmesón.—De mí sé decir que no tengo por Aragón sino las montañas donde hemos nacido y por las cuales corren verdaderamente los dos ríos que se llaman Aragón, en cuyas aguas hemos apagado de niños la sed y nos hemos bañado de mayores. Mal hayan las tierras llanas, donde los caballos y los jinetes nos atropellan á su sabor en la pelea y no nos dejan en la retirada descanso. Mira de qué nos sirvió llegar con el buen Rey D. Alonso á la orilla del Cinca y ver las vegas floridas de Fraga.

—Ni en monte ni en llano hay caballo ni jinete que resista mis dardos, Carmesón. Tú eres viejo y el miedo se va apoderando de tu persona. Lo que te afirmo es que mucho nos convendría cambiar al Rey que tenemos por ese Conde de Barcelona.

—Callad —dijo enterado ya en esto, Aznar

á quien D. Ramiro no cesaba de dirigir miradas tristes y suplicantes.—Callad, que no nos dejáis oír la gustosa conversación que suelen traer estos nobles caballeros.

—No será—dijo Carmesón levantándose—sin que mate antes á este perillán, que ha osado decir que en mí haya miedo.

—Sí será—repuso Aznar,—sin más que yo te lo diga.

Y asiendo de un brazo á Carmesón, tiró de él tan fuertemente, que el viejo vino nuevamente á tierra, no sin magullarse contra los peñascos el cuerpo.

Causó el golpe gran risa entre aquella gente ruda, y Carmesón no tuvo por prudente exponerse á otro semejante, y calló: callaron, como él, todos los almogábares y prestaron de nuevo atención á la conversación de los caballeros.

Fué esto á tiempo que D. Ramiro, que había vuelto á reanudar la conversación con su huésped, le decía con voz turbada:

—Ya os he dicho en breves términos lo que pasa: juzgad ahora si son á estos iguales, los sucesos que habéis contado. Al Rey no le permite Dios que continúe más en el trono, y los ricos-hombres no quieren que lo

deje: desea, como es justo, que lo herede su hija, y tampoco lo consienten los ricos-hombres.

—Extraño es eso—dijo Maniferro.

—Tan extraño, que no sé yo que pueda haber semejanza de éste con otros casos, ni remedio conocido. Y aún os falta saber una cosa, que es, que los ricos-hombres osaron poner preso al Rey, y han osado apoderarse de la persona de su hija.

—Por Jesucristo vivo, que mayor desacato no oí en mis días, ni se oyó en los días de mi padre; y que no he de comer pan á manteles, mientras no queden en libertad como yo mismo D. Ramiro y su hija. Malos lobos me coman, si no cumplo este buen propósito.

—Bien veo que sois esforzado y generoso, y que de buena voluntad querréis cumplirlo; pero, ¿cómo habéis de ejecutarlo? No es fácil, no es fácil, señor caballero.

—Nada hallan difícil las armas—respondió con firme voz Maniferro:—es preciso ir á buscar á los ricos-hombres en sus castillos y colgarlos de las almenas; apellidar guerra por Aragón, y alzar pendones por el Rey.

—Eso digo yo—exclamó Aznar con júbilo.

—Es verdad, eso habrá que hacer—dijo tristemente D. Ramiro.

—Y para eso sí—añadió Maniferro—que el Rey necesita de ayuda. Yo no habría dejado que me prendiesen, pero una vez preso, osaría llamar en mi ayuda al mismo Rey de Fez, si no bastasen los míos, que sí bastaremos nosotros, á lo que pienso... No lejos de aquí tengo una hueste de almogábares catalanes, que son no menos valerosos que estos aragoneses. Con tal gente y algunas de las lanzas de campo, que en Cataluña apellidamos jinetes de *perage*, y los jinetes y caballeros de Aragón que quieran reunírseos, harto será que no demos cuenta de los ricos-hombres y sus mesnadas. Vos, señor caballero, nos guiaréis á donde está prisionero don Ramiro.

—Es que no está prisionero...

—¿Pues no decís?...

—Logró escaparse de la prisión—contestó D. Ramiro turbado.

—¿Sabéis dónde está?

—Yo no dije...—Y no acertaba á añadir nada D. Ramiro.

—Basta—repuso por fortuna el caballero, vuelto ya de su arrebató de ira. Sois pruden-

te, y no queréis decirlo en alto ó confiarlo á un desconocido; no importa. No por eso nos guiaréis menos á donde esté, y lo haremos vencedor de los ricos-hombres, con el favor de Nuestra Señora de Monserrat y el buen temple de esta espada de San Martín, que por merced de Dios llevo al cinto.

—Pero, ¿y qué adelantará con ser vencedor el Rey?—dijo D. Ramiro.—El caso es que la Princesa quedará á merced de los ricos-hombres.

—Ya pondremos á su padre en ocasión de libertarla.

—Pero, ¿y cuando su padre se vuelva al claustro, quién tomará su demanda?

—¿Quién? Yo—dijo sin detenerse Mani-ferro.

—¿Vos?... Vos no bastáis para eso, por mucho que sea vuestro esfuerzo y por grande que vuestra voluntad sea.

—Por Dios, que así es la verdad como la estáis diciendo. No es caso éste como aquel de la Emperatriz de Alemania, en que tanto pudo hacer cualquier lanza como la del propio Conde de Barcelona. Y amén de lanza, aquí hace falta también alguna razón ó título, como creo que dicen los legistas de Bar-

celona. Un padre... un hermano... un tío por lo menos... un marido...

—Sin duda que un marido sería bastante —dijo entonces D. Ramiro,—y ojalá—añadió,—que fuera posible casarla con algún Príncipe que tomara á su cargo el reprimir á los ricos-hombres, que entonces no padecería el Rey de Aragón las amarguras que al presente.*

—¿Pues hay más, que casarla con el Conde de Barcelona? No le hay más propósito para reñir con barones ó hidalgos, con Reyes ó escuderos, cuando á su mujer le haga falta.

—¿Y cómo ha de casarse con el de Barcelona ni con nadie, si no ha pasado aún de los dos años de edad?

—Tenéis razón; me había olvidado de ese otro obstáculo. Ya veo que no hay más, sino que renuncie el padre á volver al monasterio y se quede á cuidar de su hija en el mundo.

—No, no; eso es menos posible que el matrimonio todavía.

—Pues entonces, abandonemos hija y padre á su suerte—repuso ya impaciente, pero con alegre risa, Maniferro.

—¡Abandonarla á ella!... ¿Sabéis lo que es abandonar un padre á su hija?

—Lo que sé, es que habría de volverme loco, señor caballero, si os siguiese más en esos revueltos pensamientos y contradictorias proposiciones. Decidme de una vez: ¿Puede su padre continuar en el trono hasta que ella llegue á mayor edad, amparándola y defendiéndola?

—No puede.

—¿Puede ella casarse en edad tan tierna?

—Claro es que no... pero...

—¿Qué pero es ese, señor caballero? Por la Virgen de Mongari que no os entiendo. ¿Puede dudarse de que no sea posible tal casamiento? ¿No decís que no cuenta la Infanta sino dos años de edad?

—Tened, tened...—contestó de súbito don Ramiro.—Dios comienza á iluminarme... He aquí que van á valerme las pocas letras que aprendí en el convento. ¡Quién lo diría! Pero mal haya de mi memoria... Aquí, aquí está en la punta de la lengua toda una regla que podría servirnos para salir del apuro en que nos vemos... Ya, ya recuerdo... Mucho, muchísimo trabajo me costó aprenderlo; pero no hay como esto de los latines para guarecerse en la memoria. Veinte años ha que los que digo los aprendí con otros novicios en la

comunidad, y no se me han olvidado como ahora veréis, no, antes bien, los recuerdo perfectísimamente.

Maniferro, Aznar y todos los almogábares, parecían ya un tanto aturdidos. Y D. Ramiro estaba en esto de pie, dando vueltas de uno á otro lado, pegándose golpes con la mano en la frente, y murmurando palabras latinas que ninguno comprendía.

—*Sponsalia* — decía, — *sponsalia..... sunt mentio et repromissio..... repromissio..... nuptiarum futurarum..... ¡Oh futurarum!.....* No hay duda, pueden contraer esponsales.

Y vuelta á repetir los latines, y á darse golpes en la frente, y á pasearse de uno en otro lado.

Al fin Maniferro le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—¿Acabaréis? ¿Qué endiablada cosa es esa que os ha ocurrido?

—No cosa de diablos, señor caballero; sino cosa muy bien admitida y sancionada por la Santa Madre Iglesia. Verdad es que no sé dónde ni cuándo, y esto es lo que...

—No os importe eso, y decid de una vez lo que sea.

—Es—dijo entonces D. Ramiro inclinándose

los labios al oído de Maniferro,—es que hay esponsales de futuro, unos esponsales que se pueden contraer muy bien en edad como la de la Princesa. ¡Si hubiera quien quisiera contraer con la Princesa esponsales de futuro!

—¡Que si hubiera! ¡Pues no ha de haber! Ahí está, os repito, el Conde de Barcelona, que no dejará de aceptar el partido.

—¿Estáis seguro de ello?

—Y tanto como lo estoy. El Conde de Barcelona ha pensado más de una vez que estas montañas eran unas mismas, y unos mismos los almogábares de estas montañas: y que el Ebro y el Llobregat y el Aragón y el Cinca, debèn correr debajo de una mano propia de Rey.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—gritaban algunos almogábares que oyeron las últimas palabras.

Y señaladamente Aznar, que como más cercano, había oído la conversación casi entera, no cabía en sí de júbilo.

—Ya lo veis, señor caballero—añadió entonces Maniferro.—Ya veis cómo los valerosos almogábares de Aragón celebran su unión y hermandad con los de Cataluña; yo, en nombre de Cataluña, acepto también y

aplauo tal hermandad y unión, y juro que he de procurarla y defenderla hasta verter la última gota de mi sangre si fuese necesario.

—Pero, ¿quién sois vos á todo esto?—dijo D. Ramiro.—¿Quién sois vos para aceptar tal unión y para afirmar que el Conde de Barcelona quiera contraer esponsales con la Princesa?

—Soy quien puede y sabe hacer cuanto dice—contestó Maniferro;—en mí tenéis la voluntad y el pensamiento mismo del Conde de Barcelona. ¿Podré saber si á vos os asisten iguales títulos? ¿Podré ya saber yo por mi parte quién sois?

—Yo... yo soy lo mismo—dijo titubeando D. Ramiro.

—Es decir, ¿que vos conocéis los pensamientos é intenciones del Rey de Aragón?

—Sí conozco.

—¿Que sois su continuo amigo?

—Sí soy...

—¿Que él, quedando en lugar seguro, os ha enviado por acá en busca de armas y soldados? ¿Que sois, por consecuencia, un embajador disfrazado del Rey de Aragón, y aun acaso su condestable?

—Sí... Sí soy...

—Pues siendo dos, como sois, no haréis en tal caso en esto más que uno solo, de suerte que lo que vos hagáis el otro lo dará, y quedará sin duda por hecho.

—¡Dos, dos!—dijo D. Ramiro...—No; sin duda soy yo todo lo que decís. Pero atended...

Estas últimas palabras no las dijo de modo que por todos pudieran ya oírse.

Maniferro decía alegremente entretanto:

—Ajustaremos, ajustaremos el pacto. La Princesa será esposa del Conde de Barcelona, y Aragón llegará hasta el mar, y Cataluña irá á buscar las fuentes del Ebro.

Carmesón fué el único de los almogábares que no aplaudió estas palabras, diciendo para su colete:

—Maldiga Dios al mar, y al Ebro y sus fuentes, y toda la tierra llana del mundo. Yo dicho tengo que no quiero salir de mis montañas, y para aguas, bástanme las de las fuentes de Aragón, que en invierno son templadas, como que son aguas de lluvia, y en verano fresquísimas como agua de nieve. Si me matan no he de salir de estas peñas.

Los demás almogábares clamaban en tanto á grito herido:

—¡Viva la unión de Aragón y Cataluña!

¡Viva el Rey de Aragón! ¡Viva el Conde de Barcelonal ¡Viva la Princesa! ¡Hierro, hierro, despiértate; hierro, hierro, despiértate!

Y de concierto con estos gritos, hacían sobremanera extraño y solemne aquel espectáculo, el chispear de los aceros al caer en las piedras, y los diversos sonidos que el choque de acero y piedra producía, y el rojizo resplandor de los montes de brasas en que habían venido á parar las hogueras, y la tibia luz de las estrellas y de la luna embozada, y los ruidos misteriosos de la noche, y el viento de la sierra, y el agua de los manantiales, y las sombras de los picachos, y la oscuridad profundísima del horizonte.

Por su parte, D. Ramiro, con los ojos alzados al cielo, parecía como que en él buscaba el germen de la grande idea que tan laboriosamente acababa de dar á luz su entendimiento; mientras que Maniferro, con el brazo izquierdo tendido hacia los vecinos montes de Cataluña, y el derecho aplicado al pomo de la espada, representaba allí la imagen de la resolución y de la fuerza, que para ponerla por obra se necesitaba.

¡Dichoso espectáculo! ¡Dichosos latines!
¡Dichosa memoria la de D. Ramiro!

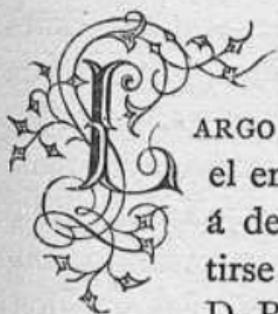


CAPÍTULO XX

De los escrúpulos que tuvo el piadoso D. Ramiro
con ocasión de una mentira, y como hizo
penitencia de su pecado

—Caballero, hablo con vos.
Sí porque encubierto estoy...
—Si decir algo tenéis,
descubrid...

(*El Trovador.*)



ARGO tiempo duraron los gritos y
el entusiasmo, sin que volvieran
á decir cosa que merezca repe-
tirse letra á letra, Maniferro ni
D. Ramiro.

Maniferro, que al parecer quería tomarse
tiempo para meditar sobre el pacto gravísimo
de que trataban, principalmente habló del cas-
tigo de los ricos-hombres aragoneses; y afir-

mó que al día siguiente sabría ya lo que decía de la buena alianza que se le preparaba, el buen Conde de Barcelona. A D. Ramiro le contentaron mucho estas noticias, y aseguró también á medias palabras, que el Rey de Aragón sabría y aceptaría, antes de mucho, el medio que se le ofrecía de dejar bien amparada á su hija cuando él se retirase al monasterio.

Luego el sueño, esa divinidad inexorable que así apaga los gustos como los dolores del alma, comenzó á cerrar todos los ojos; y al abrigo de las calientes brasas todas las frentes se inclinaron, todos los cuerpos entraron momentáneamente en la inmovilidad ordinaria de la materia.

Sin embargo, no dejaba de oírse por donde quiera ese rumor vago que al parecer señala la lucha del espíritu vivo con la materia amortecida; ruido lento, desagradable las más veces, rápido y doliente algunas. Y á medida que avanzaron las horas, fueron cesando con el triunfo completo de la materia los sonidos desagradables; pero, cosa extraña, se aumentaron sobre manera los suspiros, los ayes de dolor; que ayes y suspiros era, con efecto, lo que se oía.

Muy solo debía estar en sus sentimientos quien así suspiraba y gemía cuando al paso que su dolor iba en aumento, aumentábase á la par en los otros el reposo del sueño. Y ni una voz respondía á su voz, ni un suspiro á sus suspiros, ni un ay á sus ayes.

Aquella gente era, á la verdad, muy torpe, ó estaba muy segura de sí misma, de su prontitud en el despertar, y de su instinto, porque ello es, que no había dejado guardia ni atalaya mientras dormía, como suele decirse, á pierna suelta.

Y sin embargo, una hora antes de amanecer, cuando más cerrada parecía la noche, se vió surgir del lado de donde habían salido hasta allí los suspiros, un bulto negro, negrísimo; no quizás porque él lo fuese, sino porque así lo parecía con las tinieblas. Andaba perezosamente como quien teme hacer ruido; y poco á poco vino á colocarse al borde del barranco, pareciendo como que se sentaba, según lo que disminuyó de pronto su estatura.

¿Quién sería el que ya á tales horas dejaba el sueño para entregarse á la vigilia ó la meditación?

Enemigo no era: porque solo, ¿cómo había

de emprender cosa alguna contra aquel tropel de hombres feroces?

Trajinante no era tampoco, porque los escasos que había por entonces, ni solían caminar á tales horas, ni meterse en tan escabrosos y apartados lugares como aquel era.

¿Quién sería, pues? No hay que dudarlo: era el Rey D. Ramiro. Ni Maniferro, ni Aznar, ni los demás almogábares parecían hombres de cambiar el sueño por la vigilia ó el amor de las brasas, por la fría y escueta orilla de aquel barranco. Era, como decimos, y no podía ser otro, el Rey D. Ramiro.

Y como desde entonces los ayes y suspiros se oyeron constantemente á la orilla del barranco, no hay que dudar tampoco en que él fuese antes quien suspiraba y gemía.

Ya lo habrán sospechado esto, sin duda alguna, nuestros discretos lectores.

Sentado unas veces, otras acaso arrodillado, ora alzando los ojos y los brazos al cielo, ora inclinándolos al precipicio, se estuvo allí por algún espacio de tiempo, hasta que, levantándose de nuevo, se llegó á uno de los almogábares dormidos, y tocándole suavemente en la cabeza, le dijo:

—Aznar, Aznar, despierta y vente aquí

conmigo, que tengo necesidad de tu compañía. Despierta, despierta.

El almogábar se alzó como un relámpago, y siguió á D. Ramiro al lugar mismo donde antes estaba.

—Siéntate, hijo mío—le dijo al llegar allí D. Ramiro.

Y el almogábar obedeció también sin decir palabra.

—¡Qué poco amor me tienes, hijo Aznar!—continuó D. Ramiro.—Ves que me condeno, que me ardo vivo, y me dejas, y me empujas en el camino de la perdición. ¿No te está pesando en el alma lo que yo he hecho esta noche? ¿Tan mal me quieres que te echas á dormir tranquilo, después de haber presenciado mi grandísimo yerro? ¡Ay, yo no he podido pegar los ojos en toda la noche!

—Pero, señor—dijo Aznar,—¿yerro llamáis lo que habéis hecho? ¿Yerro esta hermosa unión de Aragón y Cataluña? A mí me ha costado trabajo dormirme por la primera vez de mi vida; pero no ha sido sino con el pensar que seremos todos unos en adelante los hijos de la montaña. Hemos nacido, lo mismo unos que otros, en los agujeros de las peñas; comemos y bebemos de lo que las pe-

ñas dan; morimos, tarde ó temprano, sobre las peñas, al golpe del hierro enemigo. ¿Por qué ha de haber quien nos separe y quien nos dé distintos nombres, de catalanes á los unos, á los otros de aragoneses? ¿Por qué estos riscos han de ser enemigos unos de otros, flotando una bandera en aquéllos y otra en éstos? ¿No hay bastante tierra llana que tener por enemiga, y mares por donde ir á buscar más contrarios cuando se acaben estos que ahora tenemos en frente?

—Loco estás, hijo mío— dijo el Rey.— ¿Quién habla aquí de tal unión ó alianza, ó como se llame; ni cómo podría ocupar su ánimo en eso un pobre pecador como yo, á quien no le deja un momento tranquilo Satanás, ni le permite con sus tentaciones que haga pura y salva su alma?

A decir verdad, el almogábar era quien sospechaba de su señor que estuviese loco, y eso que no había visto locos jamás, ni sabía de ellos sino de oídas, porque no es la de la mente enfermedad que padecer suelen los hijos de la montaña y de la guerra. Pero era tan extraño lo que decía D. Ramiro, que Aznar, aunque ignorantísimo, no rudo, comprendió que una perturbación profunda, que

un doloroso desarreglo affigía aquel cerebro, combatido por las más vivas y tenaces de las pasiones, la del amor y la de la religión: amor á su mujer, á su hija; espíritu religioso, que era ya escrúpulo, cavilación, insania.

No obstante, como no era la primera vez que le hablase de este extraño modo, Aznar ya sabía bien que para calmarle no había más que llevarle hasta cierto punto la corriente, y eso hizo ahora.

—Señor—le dijo,—¿qué nueva pena es esta que os aqueja; qué nueva desdicha es esta que Dios ha enviado sobre vos?

—¡Que no hayas caído en ello! —respondió D. Ramiro.—¿No oiste cómo poco á poco se fué deslizandó la lengua de ese atrevido caballero, hasta ponerme en trance de tener que decir quien yo era, ó tener que declarar que era otro que soy? Largo tiempo estuve entre dos aguas, hablando de las desdichas de D. Ramiro y del Rey de Aragón; y cierto que hasta entonces no mentía, porque las desdichas verdaderas son, y no preguntándome nadie quien yo era, no tenía por qué decirlo, ni menos descubrir que era yo el mismo Rey de quien hablaba. Pero, ¡ay! que al fin de la conversación no fué ya posible man-

tener mi buena traza, y el atrevido caballero me obligó á decir que éramos dos: uno el Rey de quien hablaba, otro yo, que hablaba cosas, como sabes, de manifiesta mentira. Y lo más malo es, que aquí no cabe error de mi parte, ni del que llaman vencible, ni del que apellidan invencible, porque harto bien sé yo, que somos uno... uno, y no más, yo y don Ramiro.

—Señor, cuando otra vez, según creo, de esto me hablasteis, ya os dije que no se me alcanzaban tales delgadeces como las que me proponíais; yo por mentira tenía y hubiera tenido lo uno y lo otro, y tanto me pareció que mentíais al principio como al fin de la plática.

—Pues te engañaste, Aznar; no permita Dios que yo mienta por tanto espacio de tiempo jamás; ha sido una sola mentira, una sola, y aun esa no la puedo más llevar sobre mí.

—No os aflijáis, señor—dijo Aznar;—peccado es la mentira que perdona el confesor fácilmente. Yo he echado más de ciento, y todas me las han perdonado los beneficiados de Jaca; y eso que son tan feos como cualesquiera otros, y no los habrá quizás que tengan más temerosa la cara.

—Cualquier confesor—contestó D. Ramiro,—tiene ya hartas cosas que perdonarme, y no osaría yo llegar á él con este nuevo pecado encima. ¿Quién sabe si se arrepentiría de haberme ofrecido la absolución?

—Pero en suma, señor, ¿qué hemos de hacer? ¿Cómo habéis de remediar ahora este nuevo pecado?

Los lazos del respeto sujetaban apenas la impaciencia natural del almogábar; no podía ya contenerse.

—Eres más discreto de lo que ofrecen tus años y condición, hijo mío. Ya veo que aciertas en mi propósito; que sabes que quiero remediar el pecado ahora mismo—continuó el Rey.

—Pero, ¿y el cómo? Esto es lo que á mí no se me ocurre—dijo Aznar.

—Facilísimo es, hijo; vete y despierta á ese buen caballero, y traételo por acá, donde yo le declare que lo he tenido malamente engañado, y que yo no soy otro que el desdichado D. Ramiro, Rey por fuerza de Aragón, y tan á costa suya y de su alma.

—Y ¿no teméis ya poner en manos de un extranjero para vos y para mí propio desconocido aun, la vida vuestra?

—Sí, cierto, lo temo.

—Y ¿cómo temiéndolo no aguardáis á que nos hallemos en tanto número vuestros vasallos, que podáis desafiar cualquier alevosía? Dentro de pocas horas será tiempo; porque no bien nos alumbre el día, comenzarán á bajar almogábares de la montaña.

—Es que ni una hora más puedo yo aguardar con este nuevo pecado.

—¿Queréis, pues, arriesgar vuestra vida?

—No, no quiero arriesgarla, pero no quiero tampoco permanecer con el peso de la mentira; no sé qué hacerme; me vuelves loco, Aznar..... Mira, corre y avísale á ese caballero, que aquí espero; suceda lo que suceda, he de decirle quien soy.

El almogábar obedeció, contra su costumbre, perezosamente.

Y entretanto, á más andar, se venía la alborada. Las celebradas nubes de rosicler, y los mil y mil veces cantados, que no cantadores pajarillos del monte, comenzaron á saltar de peña en peña. Los almogábares, dejando ya el sueño, se dieron á sus ordinarias ocupaciones. Algunos de ellos, que traían arcos y flechas, se entretenían en tirar á las liebres y á las palomas que acertaban á cruzar

por aquellos barrancos; otros muchos buscaban hierbas gustosas ó caracoles entre las rocas; éste afilaba sus armas, aquel repasaba un tanto el destrozo de sus vestidos, ninguno estaba ocioso en la paz. Y al modo que Aznar había previsto, veíanse ya llegar, ora por éste, ora por el otro lado, turbas de almogábares no menos desarrapados que los que allí había, trayendo algunos sus mujeres, y éstas sus pequeñuelos consigo. Mujeres haraposas y tostadas por el sol y la lluvia, que apenas habían dejado en ellas belleza alguna; hijos que en la robustez y dureza de sus formas, ya indicaban estar criados para el mismo ejercicio de sus padres.

Y á la verdad, gavilla de foragidos, aduar de gitanos, tropel de mendigos, todo parecía aquella gente menos ejército ó corte del poderoso Rey de Aragón. Y sin embargo, Dios cifraba en tal corte mayores y más gloriosos destinos que en la espléndida de Huesca. En aquellos desnudos campeones ya descansaba, como sabemos, una grande idea y una gran causa.

Echábase de menos una cosa, y era que la idea comenzase á ser probable, que viniese á ser cuando menos un hecho verosímil. Por-

que, á la verdad, ¿quién era Maniferro para ofrecer á la Princesa de Aragón la mano y la espada del Conde de Barcelona? ¿Qué esperanzas podía haber aún de verdadero pacto cuando ninguno de los contratantes había mostrado autoridad ó poder para ajustarlo, y hasta allí no tenía otra consistencia sino la palabra de dos caballeros particulares, por más que fuesen ellos resueltos y valerosos á maravilla? ¿No se ha dicho en todos los siglos que hay siempre menor distancia del comienzo al fin de una obra que del propósito al principio?

Muchos eran los almogábares viejos que tal decían ó pensaban, siendo cierto que la edad suple siempre á la malicia, ya que la malicia no supla á la edad siempre. Y corriendo la desconsolada voz de unos en otros, dudaban ya los más que hubiese nada de verdad en lo acordado la noche anterior, cuando D. Ramiro, que breve rato había que estaba departiendo con Maniferro y Aznar, dijo en voz alta:

—¿Recordáis todo eso? Pues sabed que no soy lo que pensáis, que os he engañado y he engañado á todos estos fieles almogábares contra lo que ordena la ley de Cristo. Bien

podéis perdonarme, porque yo no soy un caballero particular como he dicho, sino que soy D. Ramiro, D. Ramiro II, Rey de Aragón.

—Y yo D. Berenguer IV, Conde y señor de Barcelona—contestó al punto Maniferro con jovial acento y continente.—No nos debemos nada, supuesto que los dos nos estábamos engañando. Ahora falta sólo que juremos nuestro pacto sobre la cruz de esta espada, que es nada menos que la misma con que el bendito San Martín partió su capa. Y ambos hicieron á la par, y muy devotamente el juramento.

Al oír y ver esto, los almogábares prorrumpieron en inauditos vivas, señalándose principalmente Aznar y el buen escudero Pedro de Fivallé, que, puesto á un lado el laúd, gritaba, saltaba y ofrecía en toda su persona grandísimas muestras de entusiasmo. En todos era igual la esperanza. Ninguno dudaba que fuese verdadero pacto el de la noche anterior, y que hiciesen una sola nación en adelante los poderosos Estados de Aragón y Cataluña.

Y ya en esto un rayo de sol vino á posarse en el pico más alto de la sierra. Era completamente de día.

Fivallé, Yussuf y Assaleh, enjaezaban el caballo de D. Berenguer y los suyos propios, que habían pasado la noche sueltos, á su placer, por el monte; Aznar enjaezó en un momento el de D. Ramiro. Todo indicaba que fuesen á partir juntos en aquel instante. Y era tiempo, en verdad, si no había de rendir al más paciente de los lectores la larga y varia relación de los últimos capítulos.





CAPÍTULO XXI

Donde se ve que el cronista no echaba en olvido
las cosas de la nobilísima ciudad de Huesca

Quantos la ir assi viren
grand piadad' ende auian,
e muy más polo mennino,
a que todos ben querian;
e yan con ela gentes.
Cherando miuto changian.

(Romance de San Fernando.)



VATURAL era, dice ahora aquí el muzárabe, que fuere ocasión de grandísimo alboroto y ruido en el Alcázar de los Reyes de Aragón, la falta del prisionero D. Ramiro, y más viendo cadáveres á los guardas y forzadas las puertas, sin hallar rastro alguno ni indicio que denotase cómo y cuándo había podido

ejecutarse tan arriesgada fuga. Al punto ardieron antorchas, relumbraron espadas, sonaron clarines, alzáronse pendones, y cundió la alarma por toda la ciudad y los lugares comarcanos.

No hubo rico-hombre de cuenta que no saliese con un numeroso escuadrón al campo, en demanda de los fugitivos; quier por un camino, quier por otro, por acá y por acullá, con el agujijón cada cual de hacer suya la presa, y todos con el deseo de que no se fuera el Rey á tierra extranjera, porque, notorio era, que de ello podía seguirseles gran daño.

Vano empeño. Pasaron horas y horas, y fueron volviendo los ricos-hombres, cansados de caminar noche y día, sin hallar, á sol ni á sombra, á D. Ramiro. Todos decían y relataban lo mismo: que habían corrido la hoya y las montañas vecinas, sin tropezar siquiera con sus huellas; que no era difícil que se hubiera despeñado por los montes, ó que hubiera sido comido de lobos. Sólo á Roldán se echaba de menos; Roldán, el más activo y determinado de los ricos-hombres, andaba aún por no se sabía dónde, cuando ya estaban de vuelta en Huesca todos los otros.

Viendo que alcanzar al Rey no parecía po-

sible, los ricos-hombres comenzaron á proveer y determinar, acudiendo á las turbulencias que amanecían en el reino, y á gobernar las cosas, no sin atender al seguro de doña Petronila, á la cual guardaban, separada de su madre, en casa del buen Almirante Miguel de Azlor.

Y no descuidaron los ricos-hombres, ni era cosa de descuidar, el fortalecer la ciudad, y buscar armas, y levantar soldados, y prepararse para la guerra, si llegaba á ser necesaria; antes bien, en el propio día que faltó el Rey de Huesca, comenzaron á ocuparse en ello sin tregua.

Oyó el pueblo con asombro la desaparición del Rey, sabiendo unos la prisión después de la fuga, ignorando otros aquélla, y no dándose de ésta cuenta por consiguiente. Y los ricos-hombres, sin curarse de lo que pensaran los ciudadanos, quitaban y ponían, hacían y deshacían, y ejercitaban todos los atributos de la corona. Comenzaron á murmurar los jurados de la ciudad, celosos de sus privilegios; quejéronse luego en altas voces los hidalgos y menestrales ricos que había en ella, con los cuales no se contaba; y, antes de mucho, el justo orgullo de los unos, y la injusta envidia

de los otros, proporcionaron á los ricos-hombres numerosos enemigos, convirtiéndose en otro campo de Agramante la noble y sosegadísima ciudad de Huesca. A punto llegaron las cosas, que casi nadie se acordaba ya del Rey ni de su fuga: todo era ya en éstos afanarse por retener el mando, en aquéllos desvivirse porque éstos no recogieran de él la menor parte. Parece, según eran ya las cosas, que no pasa tiempo por el mundo.

No faltó, sin embargo, quien, en tanta confusión y hervidero de pasiones, se acordase de una persona, á quien hemos dejado, capítulos antes, muy dolorida; no faltó, no, quien averiguase sus pasos, y tomase parte en sus duelos. El cronista muzárabe, que á éste, y no á otro nos referimos, se portó en esta ocasión como bueno y leal; que cierto, á no ser así, habría aquí que interrumpir el hilo de esta historia, por falta de verdícas noticias.

Difícil era recogerlas, sin embargo, porque la Reina D.^a Inés, retraída en su aposento, sin más compañía que la de Castana, apenas se dejaba ver ni oír de nadie. El resto de la noche en que se escapó D. Ramiro del Alcázar, la emplearon ambas en rezar ó gemir:

la esposa no podía olvidar al esposo; Castana no sabía apartar de su memoria la perdida cita, y el buen parecer, y el amor del almogábar.

No bien rayó el día, D.^a Inés dijo á Castana:

—Es preciso que busquemos á mi hija.

—¿Creéis que los ricos-hombres os la darán?—contestó Castana.

—Dénmela ó no, iré á buscarla ahora mismo, porque yo no sé vivir sin ella. Es un trasunto de su padre, Castana; ¿no has reparado eso? Vamos á buscar á mi hija.

Las observaciones justas de Castana lograron contenerla: era evidente que iba á exponerse á un desaire, que iba á comprometer su dignidad sin fruto alguno. Aguardó por aquel día, pero al siguiente se levantó del lecho diciendo de nuevo:

—Castana, vamos á buscar á mi hija.

No se atrevió ya Castana á replicarla, y salió D.^a Inés como una simple dueña del lugar, seguida de su fiel doncella. En cuanto se mostró en público, apesar de que cuidadosamente se cubría rostro y talle con su largo manto y capa de *preset* bermejo, ó de escarlata, forrada y guarnecida con pieles de

buitre, las gentes se alborotaron y comenzaron á murmurar entre sí, no tan bajo que no llegase á sus oídos:

—Es la Reina D.^a Inés; ¡qué afligida val ¡Pobre madre! ¡Le han quitado á su hija!—decían los más indiferentes.

Otros, si no más leales, más descontentos exclamaban:

—¿No es vergüenza que la Reina de Aragón vaya de esa manera, sin escuderos que la sirvan, sin alabardas que la defiendan? ¿No sería mejor que nos pusiésemos de su parte que no de parte de esos codiciosos y altivos ricos-hombres?

Pero todo quedó en estas murmuraciones; y aquel día andaba Huesca tan llena de soldados y caballeros, que, aunque muchos hubieran compadecido á la Reina, ninguno habría osado darle ayuda, ni ponerse verdaderamente de su parte.

Al fin, paso entre paso, llegó la Reina en casa de Ferriz de Lizana.

—Este es el más viejo y más autorizado de los ricos-hombres: sin duda sabrá de mi hija, y aún acaso recuerde, al verme, su lealtad antigua y me la devuelva—decía la Reina.

—¡Que no conozcáis aún á estos señores!

—respondió Castana.—Haced por seguro que no os la devolverán.

Hallábase á la sazón la plazoleta, donde se levantaba la casa de Lizana, obstruída de gente que hablaba entre sí acaloradamente, como si tratase de una cosa extraordinaria; y, á duras penas, pudieron llegar al zaguán D.^a Inés y Castana.

El gentío se agrupaba principalmente en derredor de un hermoso caballo, ricamente enjaezado, que se miraba muerto, delante de la puerta.

—¡Pobre animal!—decían unos.

—Así debió ser de larga la carrera—añadían otros.

La Reina, sin parar mientes en aquella compasión popular, que, así se empleaba en su persona como en el muerto caballo, rogó á un escudero de la casa que avisase á su señor de cómo había allí una dueña que lo buscaba.

Un instante después Ferriz de Lizana, galante al cabo como todos los caballeros de su tiempo, salía á recibir á D.^a Inés, y dejando fuera á Castana, la introducía á ella en una estancia, que por lo suntuosa, podía competir con las mejores del regio Alcázar.

Allí estaba el valeroso Roldán cubierto de polvo, bañado en sudor, pálido el semblante, denotando, en todo su exterior, hondo cansancio.

Tal parecía, que al verle, al propio Ferriz de Lizana, tan grave y todo como era, se le vinieron á las mientes aquellos versos que el primero de los Roldanes dijo un día al fugitivo Reynaldos:

¡Oh! flor de caballería.

¿Dónde vas tan desmayado?

¿Qué es de tus caballerías?

¿Dónde las has ya dejado?

¿Qué es de las tus fuertes armas?

¿Qué es de tu fuerte caballo?

—¿Queréis, señora, que hablemos en puridad vos y yo solos?—dijo ahora Lizana, sin conocer todavía á la Reina.

—Y si es así, ¿me permitís, noble señora, que me retire á otro aposento?—añadió Roldán con una profunda reverencia.

—No, no os retiréis, Roldán. A los dos vengo á hablaros, y los dos habéis de poner remedio á mi cuita—respondió la Reina apartando de repente el manto de su rostro.

—¡Ahl sois vos, ¡alta y venerada señoral

—exclamó al reconocerla Ferriz de Lizana, no poco embarazado.

Roldán hizo también un movimiento de sorpresa y una cortesía mucho más profunda que antes.

—Vengo, Lizana—dijo D.^a Inés,—á que me deis la hija mía. ¿Dónde estará mejor guardada que en mis manos? ¿Quién es más digna de tenerla que yo?

—Nadie, señora; pero de nosotros y no de vos es el cuidar de la seguridad del reino. Esa niña augusta pertenece, más que á vos, á sus vasallos. Los ricos-hombres del reino la custodian, ¿qué podéis temer?

—Temo no poder vivir sin ella, Lizana; es un retrato de su padre; es lo único que me queda ya en el mundo.

—Su padre—replicó entonces con ronca voz Lizana—anda mal aconsejado de algunos días á esta parte. ¿Sabéis, señora, que ha levantado pendones contra Aragón? ¿Sabéis que ha empuñado las armas en la montaña, como si fuera un salteador? Aquí tenéis al buen caballero Roldán, que os dará larga noticia de lo que ha hecho su padre. Cincuenta hombres de armas escogidos; cincuenta valientes de aquellos que conmigo pelearon con-

tra moros; cincuenta guerreros, la flor de Aragón, han sido hechos pedazos por hueste de bandoleros. El mismo Roldán no debe la vida sino á un milagro. Mirad el buen caballero cómo vuelve solo, sin bandera ni escuderos, abolladas las armas, después de haber errado solo un día entero por los precipicios de la sierra, con singular peligro de su vida, gloriosamente empleada hasta aquí en defensa del reino. ¿No os parece que es digno de muchos respetos ahora D. Ramiro?

—¡Conque es vencedor! ¿Conque él está á salvo y sus enemigos son los fugitivos?—dijo la Reina sin poder ocultar el júbilo.

—Vencedor es, señora—repondió fríamente Lizana;—pero con gente se las há que no se deja vencer dos veces. El Rey sabrá pronto cómo está sobre él el reino.

Y al decir esto, comenzó á dar paseos por la sala, con una agilidad que hacía olvidar sus años.

—Lizana—repuso D.^a Inés;—á mí no me toca hablar en esas cosas, ni sé más sino que amo á mi esposo con toda mi alma, y que no puedo vivir sin mi hija. Pero ¿no os parece que si el Rey ha levantado pendón contra vosotros, aún es más criminal que vosotros lo

levantéis contra él, siendo sus vasallos, y sobre todo, que osarais ponerlo preso?

Férriz de Lizana apenas pudo ya reprimir una exclamación de cólera; las palabras no acertaban á modularse dentro de sus labios; su ceñudo gesto denotaba que hervía su sangre en ira como en los tiempos de su juventud.

—Bien decís, señora—respondió al cabo, —que no pueden tratarse con vos estas cosas; y aun por eso, os ruego que las dejemos aparte, y que me perdonéis si no os devuelvo á vuestra hija, hoy, con más razón que nunca, deben custodiarla los ricos-hombres del reino.

—¿No habrá piedad para una madre, Lizana? Mirad que es mucho rogaros una Reina.

—No puede haberla en esto, señora; disponed de mi sangre, mas no me mandéis que deje de atender al bien del reino.

—Está bien, Lizana—dijo la Reina.—Preferid á la lealtad el interés, que eso es lo que ahora nombráis bien del reino; preferidlo en buen hora, que Dios ayudará más por eso á D. Ramiro, para que castigue á los rebeldes, y á mí me acrecentará más en fuerzas para aguardar el rescate de mi hija.

Y sin decir más, se salió de la estancia; en

la antesala la aguardaba Castana, y juntas tomaron de nuevo el camino del Alcázar.

Roldán, al verla salir, se quedó un tanto pensativo; la compasión le hizo olvidar por un momento los graves cuidados que traía en la mente.

—Pobre mujer—dijo al cabo de un rato.—Las lágrimas la inundaban apesar suyo; y, flaqueza será, pero, en verdad os digo, que no puedo ver llorar á las mujeres. Sus lágrimas me desarman, me confunden; de ser yo vos, le habría devuelto quizás su hija.

—¿Estáis en vos?—dijo Lizana.—¡Devolverle su hija! Hay hartos descontentos en el reino, para que no acudiese en derredor suyo gente dispuesta á sostener sus derechos al trono. El Rey solo podrá verse abandonado, aunque todavía temo que nos dé qué hacer su temeridad; pero con la Infanta, y la esperanza de una minoridad larga y provechosa, sería terrible enemigo. ¿No oísteis al buen Arzobispo de Zaragoza? Aun siendo tan nuestro, opinaba por que reconociésemos á la Infanta como Reina, con escándalo del mundo, que tal nación vería gobernada por manos femeniles; con notorio menoscabo y perjuicio de los fueros y costumbres venerables que, á la par de

la lanza y el caballo de batalla, nos dejaran por herencia nuestros padres. No falta quien opine de la misma manera, sin ser tan nuestro ni tan dócil como el Arzobispo. Vos mismo acabáis de ser buen testigo.

—Por Dios, Lizana—dijo Roldán,—que es mengua de vuestro grande valor y copiosa doctrina exagerar así las cosas. Yo no soy testigo, sino de que unos cuantos foragidos, de esos que llaman almogábares, se han puesto de su parte. Y por San Jorge y Santiago y todos los buenos caballeros que han ido al cielo hasta ahora, que á venir á campo raso, en sitio donde hubiera podido manejar bien mi caballo, media docena de tales malsines fueran pocos para encontrarse solos conmigo.

—Valor tenéis—dijo Lizana; - y sobran los fieros, en cosa que tan bien acreditada está sin eso. Pero en cuanto al menosprecio que os inspiran los almogábares, júroos, á fe de viejo, que es gran yerro. Si yo aborrezco á esa gente miserable, tanto es por lo audaz como por lo desalmada; cualquiera de ellos es capaz de medirse, de solo á solo, con un caballero, y tan en vano esperaríais que el temor ocupase sus pechos, como que refrenase el respeto sus lenguas. De vos para mí,

Roldán; esos almogábares son temible gente, aunque digna de aborrecimiento, y cuando Dios quiera que echemos á los agarenos de esta tierra, tendremos que emprenderla con ellos, y no dejar el hierro hasta no esterminarlos. Yo no podré alcanzar tales tiempos; pero aquí donde me veis, le tengo enviados, á buena cuenta, más de ciento á Satanás, el cual, sobre haberles prestado su misma aparición y figura, debe de andar emparentado con ellos, según son de semejantes en gustos y en obras. Y á vos, que sois mozo, os aconsejo, para que se lo enseñéis á vuestros hijos, si los tenéis, que en pudiendo, no den paz ni tregua á estos tales almogábares...

Dijo esto Lizana con voz tan solemne, que Roldán, que era dócil de suyo, y respetaba sobre manera, como todos los caballeros de su edad, los juicios de aquel experto anciano, no pudo menos de prestar atención profunda á sus palabras. Lizana, estimulado por ella, y por el calor mismo de la improvisación, continuó diciendo:

—Tengo en vos ciega confianza, porque sois discreto, aunque mozo, y no quiero ocultaros nada. Dos peligros corre y correrá en adelante el legítimo influjo que nosotros los

bien nacidos ejercemos en el gobierno del reino; dos peligros corre, os digo, nuestra autoridad, que hoy está sobre la del trono, según determinaron nuestros padres que estuviere, entre las nieves del monte Pano. Uno es, que los clérigos se junten con el Rey para quitarnos esta autoridad; otro es, no lo olvidéis, que los villanos se junten para el mismo propósito con el Rey. En cuanto á los clérigos, no es imposible mantenerlos á nuestra devoción, haciendo suyos nuestros intereses, por más que alguna vez nos falten, como nos han faltado el de Tomeras y ese de Mont-Aragón, que Dios perdone. Pero con los villanos, sí lo es, porque nunca puede haber entre nosotros y ellos algunos intereses comunes, sino, por el contrario, muy opuestos intereses.

—¿Opuestos?—dijo Roldán.—¿Qué ventaja les habría de traer el que nosotros fuésemos esclavos, como vienen ellos á serlo?

—Mal conocéis á los humanos cuando eso decís, Roldán amigo. Pero la gravedad de las cosas es tal, que no puedo detenerme mucho en estos consejos y lecciones; sabed sólo que son hijos de setenta años de vida, que no hay libro ni misal que pueda enseñar tanto como

enseñan ellos. Ahora es fuerza que nos reunamos en Cortes de cualquier modo con los ricos-hombres y prelados que puedan acudir á Huesca; no hay tiempo que perder, ni en ocasiones como esta pueden llenarse todos los requisitos, ni satisfacerse todos los escrúpulos. Idos á descansar hoy, que harto necesitáis de reposo; y contad con mi prudencia, como yo cuento con vuestro valor á todo trance.

Calló luego Lizana, y permaneció un rato inmóvil, como hombre que lleva sobre sí alguna idea que oprime su entendimiento. Roldán no se apartó, en tanto, de su lado.

—¿No os vais? —dijo al fin Lizana.

—No me iré—respondió Roldán,—sin que vuestra sabiduría acabe de iluminar mi ignorancia. He comenzado á comprender algo de lo que decís, y no es razón que hoy me dejéis en este crepúsculo la verdad.

—Los viejos—dijo Lizana,—antevén algunos males; pero no es sino á costa de predecir mil males por uno, y de llorar mil fantásticas desdichas por una verdadera. ¡Quizás me engañe!

—Que ahora me digáis, os ruego, lo que estáis previendo, haya ó no de confirmarse en lo futuro.

—Preveo que puedan adelantarse los tiempos y las cosas de que antes hablamos; y que, una vez unido el Rey con los villanos, nos hayan de dar que entender sobrado desde ahora. En cosas como esta, todo es empezar, Roldán amigo.

—Pero si no se ha unido más que con los de la montaña, con esos desalmados almogábares...

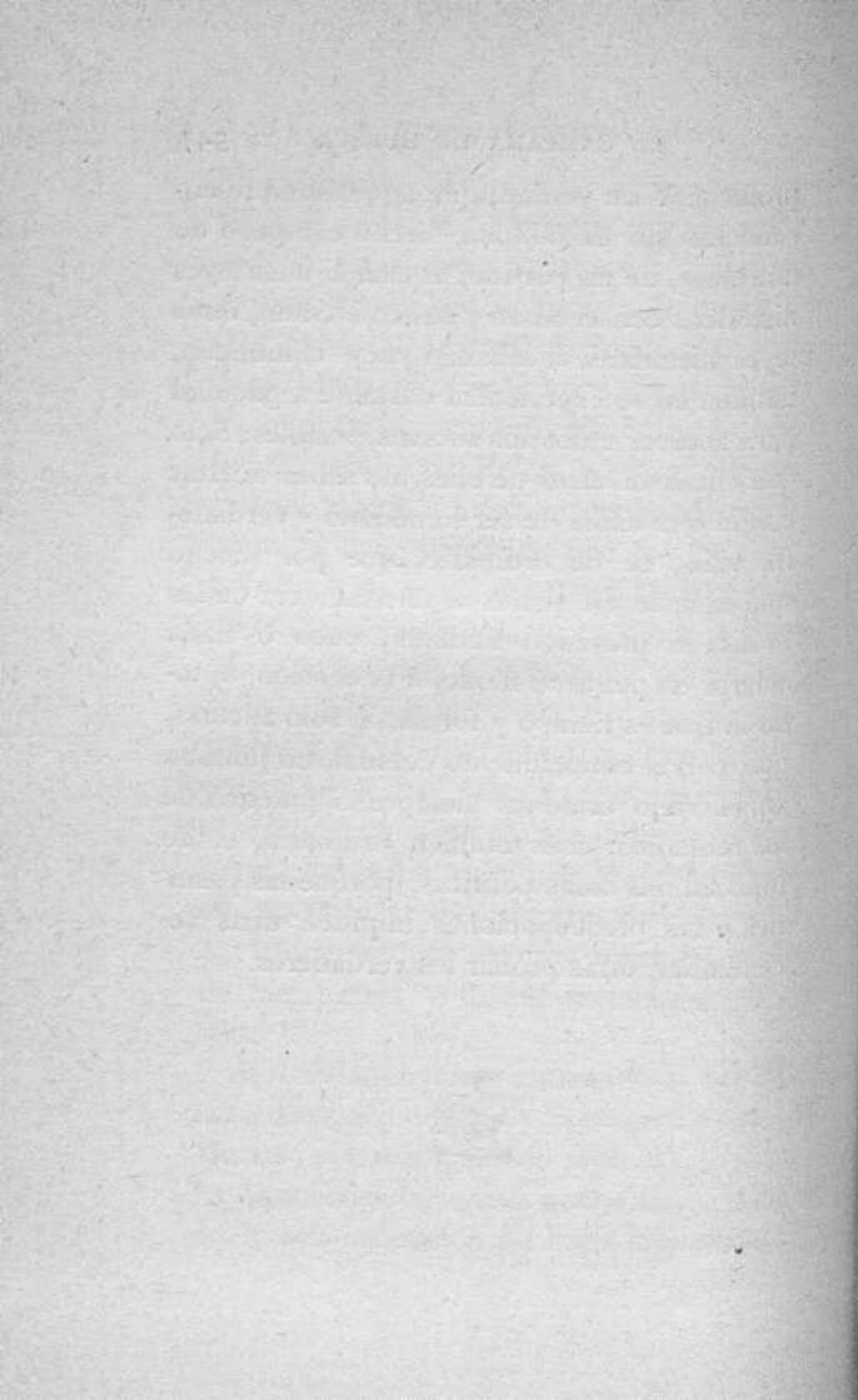
—Dicho os tengo que esos son los temibles; y ahora he de añadir, que no lo son tanto por sí solos, como por el mal ejemplo de desobediencia y desacato que de ellos venir puede. A estos menestrales de Huesca que hablan y murmuran por calles y plazas, no los estimo ahora en un ardite; pero si aquellos salvajes de almogábares, que no hablan sino con las puntas de sus dardos, les enseñan el ejercicio y profesión de la desobediencia, todos serán unos, y con aquéllos y con éstos tendremos que habérmolas á un tiempo. A Dios pido no sea en mis días semejante desgracia, ni antes que con el exterminio de los almogábares, quede desterrada tan mala cizaña del reino; pero como Dios no ajusta su providencia á los deseos humanos, bien pudiera suceder que el combate de

donde habéis escapado tan milagrosamente, fuese el principio, el principio, que repito, es todo en estas cosas, de largos y sangrientos sucesos, fatales quizás para nosotros. Y esto que en duda os digo, tuviéralo por seguro desde ahora, si oyendo los consejos de vuestra compasión inconsiderada, entregásemos la Infanta niña á la Reina, al Rey que es lo mismo, dando á nuestros enemigos, no sólo bandera más simpática que les da con su persona y derechos el imbécil D. Ramiro, sino también ayuda y favor en muchos que no son almogábares y villanos, y opinan como el buen Arzobispo Luesia. En muchos, eclesiásticos unos, legos otros, que gustarían de tener una Reina niña, á cuyo nombre regir el reino, aunque les costase destruir nuestros fueros y costumbres; y más gustarían aún, de ocupar el lugar que nosotros ocupamos y tener el influjo que nosotros tenemos, por ser de mejor cuna y de más merecimientos que ellos.

Si Roldán hubiese alcanzado á oír todas las conversaciones que á la sazón corrían por Huesca, si hubiera sabido todo lo que acababa de suceder la pasada noche en la montaña, habría concedido á Lizana cierto don de

profecía. Y en verdad, que aquel hombre encanecido en la política, hecho campeón de una clase, de un partido, al cual si unas leyes históricas conservaban y sostenían aún, otras leyes históricas socababan ya y combatían, hallaba en su experiencia bastante sagacidad para antever todos los sucesos posibles. Sólo que entre diversos de ellos, no sabía acertar con el que había de ser inmediato y verdadero; viéndose de ordinario, que por mucho que acierte en punto á la sustancia de las cosas la previsión humana, poco ó nada acierta en punto al modo, á la ocasión, á todo lo que es tiempo y forma. Y sólo además, que, con el conocimiento del mal, no juntaba aquel viejo estadista siempre la práctica de los remedios: cosa también ordinaria, sobre todo en las cosas políticas, porque las pasiones y las preocupaciones impiden unas veces hallar, otras probar los verdaderos.







CAPÍTULO XXII

Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas

Manténgavos Dios, señor;
—adalides bien vengades:
pues ¿qué nuevas me traedes
del campo de Palomares?

—Buenas las traemos, señor,
pues que venimos acá...
que nos pesó ó que nos plugo
hobimos de pelear:
los cuatro de ellos matamos
los tres traemos acá.

(Romance viejo.)



LA crónica no dice, al fin, cómo ni cuándo se acabó esta plática de Roldán con Ferriz de Lizana. Pero es natural que se acabase pronto, porque la fatiga de Roldán era grande, de modo que apenas podía tener sobre sí

el peso de la armadura; y es también natural que no se separasen los dos, sin quedar satisfecho y agradecido el mozo con las sabias lecciones del viejo, por más que á él le costase algún trabajo participar de sus recelos y temores.

Como era galán, aunque viejo, y compasivo, aunque hijo de edad muy sangrienta, cóncese que el cronista estaba impaciente por seguir á D.^a Inés, que quedaba en tan justo y amargo duelo; y aun por eso, hizo en este punto una cosa que no suele, que es dejar interrumpida la conversación de los personajes que ponen voz y mano en los sucesos, obligándonos á presumir ó dar por probable lo que debiéramos saber de seguro. Donde vuelve á su ordinaria minuciosidad, es al referir lo que hizo D.^a Inés, cuando de vuelta de ver á Lizana, entró en su Alcázar.

No pudo traer alivio á su espíritu en todo el día. Pronunciaba de continuo un nombre, que era, por lo común, el de su hija Petronila; pero, sin ser maliciosa Castana, le parecía oír de cuando en cuando sílabas, que más que á Petronila, sonaban á Ramiro. Y vagaba de acá para allá, sin decir, ni pensar ella misma dónde iba: ya asomándose al patio

del Alcázar, donde sonaba continuo rumor de hombres y caballos; ya á los ajimeces, desde donde se descubrían los árboles de la hoya y las crestas, nevadas aún, de la vecina sierra.

A la noche, en tanto, la honrada doncella, que dormía á pocos pasos de su señora, se desveló un tanto, recordando aquellas horas alegres que solía pasar con Aznar, y saboreando de antemano las que había de disfrutar en lo futuro. Imaginábaselo ya á su lado, rico y glorioso, y en amante consorcio con ella; y la pobre muchacha temblaba de placer y contento. Todo lo tenía discurrido: los vestidos con que ella había de engalanarse los días de labor y los días festivos para enamorar á su Aznar: las horas que había de consagrar á verlo y acariciarlo: la cuna en que había de mecer al primer fruto de sus amores. Sólo dudaba y vacilaba en el ejercicio á que había de dedicarse su esposo futuro, dado que los Reyes se lo diesen á elegir, como, por estar tan deseosos de hacerla merced, parecía.

—¿Caballero?—decía.—No por cierto. No le quisiera yo tan galán y tan llano como es ahora, metido en esos tabiques de hierro que

llevan los caballeros, y tan tieso y tan falso, como ellos son de ordinario. ¿Paje? No en mis días; que no son para hombres como mi Aznar, robusto y bizarro, las ropillas de colores, salpicadas de orillo y seda, que llevan los de esta profesión. Y aun paje de lanza le estaría mal, que más propio es él para blandir la propia que no para llevar la ajena. ¿Escudero? No lo consiente su altivez. ¿Qué será, qué no será Aznar? ¿Qué es lo que más podrá ajustarse con sus ímpetus valerosos, y darme orgullo y felicidad, á mí que seré su mujer y su amante?

Fatigada de ver que no acertaba con lo que debía de ser él en lo futuro, venía á parar en su estado presente, inclinándose á creer que lo mejor de todo sería dejarle de almogábar, como era, y como fueron sus padres.

—¡Oh! los almogábares—decía entonces—son lo más noble y lo más bizarro del mundo. ¿Qué caballeros tienen su valor? ¿Qué galanes su galanura? ¿Qué leales su lealtad?

De tales meditaciones arrancóla al fin la voz de su señora, que ora dejaba oír profundos suspiros, ora aquel nombre confuso que sonaba á Ramiro y Petronila. Y aun

hubo momentos en que sorprendió Castana claras palabras, como las que siguen:

—¿No? ¿No estáis ahí, D. Ramiro? ¡Ay de mí, que no os siento respirar como otras veces! ¡Y estoy sola! ¡Y no puedo ya tocar vuestra frente acalorada con mi mano! ¡Ah! ¿Dónde sois ido, señor y dueño mío? ¡Tengo miedo ahora! Si he de morir ya, ¿por qué hasta el último momento no he de sentir al menos que vos vivís y estáis aquí á mi lado?

Y otras veces, éstas, más inconexas.

—¿Vence?... ¿cae?... ¡Dios de las batallas!... Ya triunfa, triunfa... ¡Ay! ¡Ay de mí!... ¿Por qué he nacido tan desdichada?

Entonces Castana, afligida, solía llamarla, para que aquellos sueños agitados no destruyesen su salud; y hablando D.^a Inés de don Ramiro ó de D.^a Petronila, y por su parte del almogábar Castana, vieron ambas entrar los primeros rayos de luz, por las rendijas de los ajimeces moriscos del aposento, y sintieron los primeros gorjeos de las aves que bajan de la montaña á apagar la sed en la corriente de la Isuela, y á regocijarse entre las hojas de sus álamos.

La del alba sería ya la hora que iba corriendo, cuando Castana oyó que la llamaban

en voz baja de la parte afuera del aposento. Pronto conoció la voz de Ruderico, el paje-cillo de la Reina, con quien trabamos conocimiento, muy en los principios de esta crónica. Castana, harto escarmentada de las impertinencias del rapaz, no se apresuró por eso á levantarse, ni salió del aposento hasta ordenar sus trenzas y entretejer en ellas algunas hojas verdes de encina, que eran su ordinario tocado.

—Buenos días, señora Castana—dijo al verla el muchacho.

—Buenos días te dé Dios, mal paje—respondió Castana.—¿Qué picardigüela te trae por aquí á estas horas? ¿Te viene persiguiendo el mayordomo del Rey por hurtos en la despensa ó en la cocina? ¿Has robado la fruta de algún huerto de monjas? Vamos, tú quieres que la Reina te tome bajo su protección; y acaso te la otorgará por mediación mía, aunque cierto, no la mereces.

—No vengo, señora Castana—respondió pausadamente Ruderico, —sino á que me déis cuarenta sueldos en buena moneda jaquesa, que me estáis debiendo de mis mandados.

—¿Cuarenta sueldos? ¿Piensas tú, rapaz, que tengo yo para ti mi salario entero?

—¿Y piensa la señora Castana que yo dé de balde las buenas noticias que cazo?

—¿Tienes buenas noticias, Ruderico?—dijo entonces Castana un tanto turbada.—Por el alma de tu madre que no me engañes: dime si las tienes y si son buenas. ¿Se dice algo por Huesca de la vuelta del Rey? Oye, óyeme—añadió acercándose á su oído,—¿se cuenta alguna hazaña de aquel... aquel almogábar á quien diste un recado de mi parte?

—No diré palabra, por vida mía, antes de sentir en las palmas de mis manos los dichos cuarenta sueldos.

—Cincuenta te daré yo con tal que respondas á mis preguntas.

—Pues si es así, palabras y nuevas no han de faltaros: hay más de lo que pensáis.

—Habla.

—Vengan, vengan antes los cincuenta sueldos, que nadie ha perdido nada por cobrar adelantado, hasta ahora.

Castana desesperada, sacó un puñado de monedas de cobre y se las tiró al rostro al muchacho.

—Bien, bien —dijo éste;—aquí hay más de los cincuenta, no me pico porque me los tiréis á la cara; lo mismo me han de servir en

el mercado, que si me los hubieseis dado en mano propia.

—Ruderico—exclamó Castana,—¿hablas ó te quito los sueldos y hago que el mayordomo te encierre en una mazmorra, que pecados tienes ya para ello?

—Todos los tenemos, señora Castana—repuso descaradamente el pajecillo;—y no hay que andarse con amenazas, que yo soy hombre de palabra, y sin ellas, sabré cumplir lo ofrecido. Dígoos, para no hacer rodeos, puesto que los sueldos son colmados y no vale la pena de contarlos; dígoos que el mismo almogábar está aquí en cuerpo y alma, y que hace dos horas que le he visto rondar esas ventanas que dan al río.

Castana, que al oír las primeras palabras del paje se había puesto en extremo colorada, se fué ahora tornando pálida como la cera. La sorpresa y el regocijo la habían trastornado.

—Conque Aznar... Aznar... ¿estás seguro de ello? ¿Dónde le has visto? ¿Junto al río dices? Mira. Esta moneda plateada es tuya, si le conduces aquí al instante.

Y diciendo esto Castana, abrió de par en par una ventana, y dirigió anhelosamente la vista hacia los álamos plantados al pie, los

cuales se extendían en una especie de bosquecillo hasta la corriente del agua. No tardó en distinguir á Aznar, que, apoyado en uno de los árboles, no quitaba ojo de las ventanas. Aznar la vió antes aún, de suerte que cuando se encontraron con él los ojos de ella, ya él tenía puesto un dedo en la boca en señal de silencio. Luego sacó del pecho un pergamino, y clavándolo por la margen en uno de sus dardos, sin advertirle que se apartase á Castana, lo lanzó con su ordinario empuje y desembarazo. El dardo cortó silbando el aire, y fué á clavarse en la puerta de la ventana, oscilando algunos momentos la punta al peso del astil, pero sin caer al suelo.

Castana, que no había adivinado el propósito del almogábar, dió un grito de espanto al sentir el golpe del dardo á pocas pulgadas de su rostro; pero Aznar no tuvo tiempo ya de notarlo. Ruderico, al olor de la moneda de plata volaba, que no corría, y fué obra de un momento recibir el recado, bajar las escaleras, cruzar el patio y la puerta, salir al campo, llegarse al almogábar y traerlo: algunos segundos de tiempo que se hubiese anticipado, habrían excusado á Castana un buen susto.

La pobre muchacha no estaba, sin embargo, para recordarlo mucho tiempo. Al ver que Aznar se venía detrás de Ruderico, corrió á la galería del palacio desalada, y sin dar á sus sentimientos espera alguna, le gritó de lejos:

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? ¡Cuántos deseos tenía de verte!

—No serían mayores—dijo Aznar—que los que yo tenía de ver tus ojuelos, que hieren como mis dardos, y son de sabrosos como la miel de las abejas; pero no es tiempo de pensar en nosotros, Castana. ¿Te has dejado el dardo en la ventana enclavado? Ve y tráemelo al punto, que el dardo falta me hace, pero más falta le hace aún á tu señora aquel pergamino que en él vino...

—¡Ay qué espanto me diste, Aznar!...

—¡Espanto! Por la Virgen de la Huerta, Castana, que temo que no has de servir para mi esposa. ¿Espanto dices? ¿No tienes confianza en mi brazo? Jamás ha marrado el tiro á la luz del día.

Castana calló, y no sin mirarle antes dulcemente, fué y trajo el dardo. No hubo tiempo para más, porque al nombre y la voz de Aznar, la Reina, que se había levantado so-

bresaltada, apareció ya á la puerta de su aposento.

El almogábar, inclinando una rodilla, le entregó con respetuoso desembarazo el pergamino. Desdoblóle D.^a Inés, y leyó para sí las siguientes palabras:

«A la muy poderosa y honrada dueña D.^a Inés, hija de los Condes de Poitiers y...» Aquí había cerca de un renglón muy prolijamente tachado, donde con alguna dificultad se leía: «Reina y señora de Aragón.» Luego continuaba el pergamino de esta manera:

«Dios ha tenido piedad de nosotros, doña
»Inés. El Conde de Barcelona y yo estamos
»ya con hueste bastante para poner en el
»trono á nuestra hija, la cual quedará con el
»dicho Conde deposada. Y dentro de poco
»hemos de regocijarnos los dos: yo con estar
»en el convento, de donde no debí salir, se-
»gún sabéis, y vos con estar libre de pecado
»mortal, porque á fuerza de meditarlo, he ve-
»nido á afirmarme en que también lo estáis
»desde que se consumó nuestro matrimonio.
»Y en verdad os digo que el haberseme con-
»firmado esta sospecha que siempre tuve, me
»aflige mucho, por lo sobradamente que os

»amo, así Dios me lo perdone. Y nunca he
»padecido tanto como ahora, ni hallaré algún
»alivio hasta que os proporcione el bien que
»debo, que será huir para siempre de vuestra
»presencia, de modo que más no me veáis ni
»oigáis en toda vuestra vida. Sírvaos esta
»promesa mía de consuelo; y ella os ayude á
»llevar con paciencia el tiempo que hemos
»de estar juntos, que aunque breve, yo sé
»que os parecerá largo, según es de piadoso
»vuestro ánimo. A mí también me lo parece-
»rá, no menos por vos que por mí, como ya
»os tengo dicho. Pero no hallo medio de im-
»pedir estas vistas que vos y yo hemos de
»celebrar todavía en Huesca, para dar fin
»solemne á mi maldito reinado, aunque bien
»lo pienso. Y lo más que puedo hacer es
»abreviarlas y cuanto antes dejaros, y rezar
»también por vos en el convento, aunque sin
»nombraros, porque no hay para qué me
»acuerde yo más de vuestro nombre, ni vos
»del mío en adelante, y bastará con que diga
»por la pecadora á quien he ayudado á pe-
»car, como vos deberéis decir, por el pecador
»cuyo cómplice he sido en el pecado, si tam-
»bién se os ocurre dedicarme algunos rezos;
»que bien los necesitará mi alma, harto más

»pecadora siempre que la vuestra. Y Dios
»nos ayude, amen.

»De la hueste en buena salud y no más
»que mediana conciencia, fray Ramiro, ma-
»lamente llamado Rey antes de ahora.» Lue-
go debía venir el día, mes y año, pero no se
leía bien, merced al agujero que abriera el
dardo en el pergamino.

Si Castana y Aznar no hubieran estado mirándose muy tiernamente y diciéndose con los ojos todo lo que callaban por fuerza los labios, habrían sido testigos de una extraña cosa, y es, que así como D.^a Inés acabó de leer esta carta placentera, donde tan buenas nuevas le enviaba su marido, se llenaron sus ojos de lágrimas. Y no eran lágrimas de sorpresa y alegría, que esas ya hubieran venido bien en ocasión como aquella, sino lágrimas amargas, gruesas y lentas, que resbalaban por el rostro de la Reina, vuelto pálido de repente, sin que las manos se levantasen á secarlas ó recogerlas. El propio amor impidió á los dos fieles servidores sorprender aquel extraño, pero solemne dolor de la Reina. Y ésta tuvo tiempo de volver en sí, al cabo de algunos instantes, y de decir á Aznar con voz entera:

—¿Sabes, fiel Aznar, que Férriz de Lizana y los ricos-hombres no han querido devolverme á mi hija, y que todos los días vienen á insultarme en este Alcázar, donde asisten á manera de Reyes?

—¡Lizana, Lizana! donde quiera tropiezo con este hombre—dijo Aznar entre dientes. Luego, dirigiéndose á la Reina, dijo en voz alta:—Ya os devolverán á vuestra hija, ó por mejor decir, ya se la quitaremos con harta mengua suya; y lo que es de las salas de este Alcázar, por cierto que han de salir no tan soberbios como entraron.

—Dios lo quiera, Aznar; pero son poderosos los rebeldes.

—¿Y qué importa que lo sean, señora? Como liebres huirán de la hueste del Rey, que entre aragoneses y catalanes, es numerosa y fuerte á maravilla, ó de no, caerán como haces de mies al filo de nuestros hierros. Y harto siento yo que el Rey haya determinado conceder perdón á sus delitos, con tal que no hagan resistencia: resistiéranse ellos en buen hora, y acabara de una vez en Aragón tan mala semilla.

—¿Traes tú el perdón?

—No, sino el honrado Pedro de Fivallé,

que es como escudero del de Barcelona, al cual llaman rey de armas.

—¿Y crees tú que lo admitirán los ricos-hombres?

—Tengo por cierto que no lo admitirán.

—¿Y qué hacer en tal caso?

—¿Qué hacer? El Rey y el Conde llegarán de todas suertes á la ciudad, y si hallan abiertas las puertas, entrarán pacíficamente, y si no, las quebrantarán con los vaivenes que están preparando, ó harán portillos en el adarve. Y si al avistarlos desde los muros, tañimos cierta campana Fivallé y yo, será señal de que han solicitado el perdón los rebeldes, y no se dejará pasar á los montañeses adelante, porque son traviesa gente, y una vez dentro, no habría modo de quitarles de las manos ni las cabezas ni las bolsas de los ricos-hombres. Si la campana no suena, entonces las armas harán su oficio, y San Jorge nos ayudará, y sus casas serán entradas á sangre y fuego, y sus cuerpos hechos pedazos, en pena de encubrir tan traidores ánimos.

—¡Qué horror! Aznar; ¿ha mandado eso D. Ramiro?

—No: mas halo por él dispuesto el Conde de Barcelona, que es hombre de singular es-

fuerzo y dignísimo de llevar corona en la cabeza; de nuestro buen Rey D. Ramiro fué solamente el mandar que primero se les brindara con el perdón.

En este momento sonó una trompeta en el patio del Alcázar.

—¿Qué es eso?—preguntó la Reina.

—Es que Pedro de Fivallé ha terminado su encargo, y tengo que ir á juntarme con él. Mañana, señora, tendréis aquí ya al Rey vuestro esposo, y hallaréis en vuestros brazos á la tierna Princesa.

—¡Mi esposo, mi hijal—repitió la Reina con honda melancolía.

El almogábar hizo una reverencia sencilla, pero respetuosa, y salió. En la galería se halló de nuevo con Castana.

—¿Tan pronto te vas?—le dijo ésta.

—Tan pronto—respondió él;—y á fe que lo siento en el alma, porque has de saber, hechicera muchacha, que lo que hasta que te ví no me había sucedido, ahora más que nunca me sucede, y es el desear tu habla de jilguero, y tus ojos de endrina, y tu andar de venado, y tu talle flexible como el mimbre, y ese tu pie, tan breve, que no parece tuyo, sino de una niña recién nacida. Y en Dios y en mi

ánima, que á no ofenderte, quisiera departir contigo alguna noche como las pasadas; que bien puedes fiar en mí, pues sabes que soy, aunque rudo montañés, fidelísimo en guardar promesas, y porque conmigo estés ó hables, no ha de pararte mal alguno.

—Eso creo yo muy bien, Aznar—dijo Castana;—y si quieres, ven á la media noche al pie de la torre donde están estos aposentos, que por la puerta no será ya posible que entres, y yo te arrojaré escala por donde subas; pues has de saber, que como esta torre cae dentro del muro, y está tan alta, y no hay aún ruido de enemigos, suele quedar sin atalayas.

—No sé si podré venir, Castana; mas haré por no faltar esta noche misma; y queda con Dios, que abajo me esperan.

—Pero, ¿te vas así, Aznar? Ahora veo que me quieres por más que digas, menos que antes.

—Ah, perdona, Castana, perdona. Que aunque no me olvido de tu amor, con estos condenados sucesos, me olvidaba ya de mostrártelo como lo siento.

Y al decir esto Aznar con su ordinaria franqueza y desembarazo, depositó un beso

en los encarnados labios de la muchacha,

Castana los adelantó ya esta vez para hallar más prontamente los de su amante. Sin duda no era ya el primero, bien que se haya olvidado de contar el cronista en qué ocasión y con qué nuevos argumentos logró vencer el almogábar la repugnancia que en ello, al parecer, mostraba al principio su enamorada. ¿Y á qué contarlo, en verdad, tampoco? Sobrado sabido es que no suelen ser inflexibles ó eternos, al cabo, los noes y repulsas primeras de las mujeres de veras enamoradas.

Pero lo que no se olvidó ahora de decir el cronista, es que, en el punto mismo de sonar el ligero estrépito del beso, se oyó súbitamente la primera campanada del convento de monjas, que llamaba á coro á las vírgenes consagradas á Dios. Castana, como si la vibración del bronce hubiera llegado hasta su corazón, se estremeció de repente; y así como maquinalmente se llevó la diestra mano á la frente y se persignó con devoción suma. Aznar se sonrió entonces con malicia mayor que prometía su rudeza.

Mas no pudo decir palabra, porque para mayor tribulación de la amable doncella, se sintieron pasos cercanos que le movieron á

partir en seguida. Era la Reina que, no hallándose sin Castana, se acercó á la puerta del aposento y alcanzó á ver la amorosa caricia de los dos jóvenes. Entonces recordó aquella otra escena que había sorprendido entre los dos, en la cual se negó heroicamente Castana á imprimir sus labios en los de Aznar.

—Castana—le dijo al entrar con ella en su estancia,—veo que adelantan mucho tus amistades con el almogábar. No siempre le has querido tanto.

Castana, que era fácil de color, según sabemos, se puso como unas brasas.

—Es verdad, señora, que cada día le tengo en más; al principio me daba vergüenza de él, pero ya no, y todo lo olvido cuando estoy á su lado.

—Todo, hasta las riñas del confesor. ¿Es verdad, Castana?

—Perdón, perdón, señora; no lo he podido remediar; le amo ya tanto...

Y la vergüenza ahogaba en su garganta los sonidos de la voz.

—Sosiégate, Castana—dijo suspirando doña Inés.—Dios ha de ser benévolo con las muchachas que padecen de amor... Es preci-

so tener más firmeza en el corazón que tú tienes para desoír sus voces. Sé demasiado lo que cuesta sacrificar el amor al deber, para que me ofenda esa tu flaqueza inocente. No haré más, eso sí, que apresurar vuestro matrimonio.

Tras esto desdobló de nuevo el pergamino la Reina, y volvió á leerlo. Entonces fué cuando advirtió aquello del desposorio de su hija, en que no había podido hacer alto á la primera lectura; tanta era la turbación de su ánimo. Y aun ahora tampoco se fijó mucho en ello, pensando sólo en que había de tener pronto en sus brazos á su hija, y cerca de sus brazos á su marido; hablando y hasta alguna vez riendo tristemente con la enamorada Castana.





CAPÍTULO XXIII

Que los de la montaña y los de la ciudad seguían
en sus trece; por donde se ve que ya debían de ser
todos buenos aragoneses

Sonego las campanas é cridego le torrer
«Barós, tots á las armas, quoy vos aura mester.»
Lay sanego armar barós é cavaler...

GUILLELMUS ANELIER DE TOLOSA.



UN cuando nada se hubiera sabido por Aznar, fácil habría sido entender que algo extraordinario y solemne sucedía en el Alcázar de Huesca, al tiempo mismo que tenían lugar las largas pláticas y sucesos que contiene el capítulo antecedente.

En la propia estancia y lugar donde los ricos-hombres dejaron preso á su señor y Rey

D. Ramiro, se hallaban ahora recostados en los blandos cojines, ó paseándose en bulliciosos grupos, catorce de ellos, que es decir, todos menos uno, de cuantos tomaron parte en aquella determinación peligrosa. El que faltaba de ellos, bien claro se veía que era Ferriz de Lizana, porque no era posible confundir con otras, ni por breve instante, su venerable faz y altiva apostura. Los demás, hablando y riendo, como la vez primera que allá los vimos, pudieran hacer creer á cualquiera que todo estaba como entonces; que nada había sucedido de singular ó siniestro.

No obstante, los ojos ejercitados de un político habrían quizás adivinado que no todos los ánimos estaban tranquilos, que no era tan pura la alegría, tan verdadera la satisfacción, tan espontánea y sincera la risa, como ellos, de propósito, aparentaban. La zozobra, durante los peligros, es tan natural en los humanos, que no puede alejarse sin un artificio de la voluntad, y el artificio no es posible confundirlo, si bien se mira, con la naturaleza; la flor de trapo no se equivoca, por hábiles manos que la labren, con la hija lozana de los huertos.

Estaban los ricos-hombres oprimidos, sin

duda; sentían sobre sí la pesadumbre de un gran cuidado, acaso de un peligro notorio. Y aunque todos eran valientes, ocultamente luchaba en sus ánimos la ira con el honor, la ambición con el miedo; y aunque eran todos resueltos, dudaban y vacilaban por fuerza, en cuanto á sus propósitos y determinaciones.

Corrían, de uno en otro grupo, los más curiosos, sedientos de palabras, de razones; revolviáanse, bullían, no paraban un punto en ninguna parte los noticieros, poco desemejantes, en verdad, á los noticieros de nuestros días; gente de lengua larga y cortísima conciencia, que hace de las sílabas palabras enteras, de las palabras, discursos; de los discursos, sucesos; de los sucesos, más que Dios podría, que es hacer que nazcan antilógicos imposibles.

De pronto, un silencio profundo interrumpió todas las conversaciones. Los ricos-hombres tomaron asiento á uno y otro lado del salón. Ferriz de Lizana, que acababa de entrar, se sentó en cierto sillón colocado en un testero, delante del dosel, donde en las ceremonias solían asistir los Monarcas aragoneses. En un momento, aquella reunión tumultuosa cobró el aspecto de un tribunal, de

un senado, de una corporación venerable.

—Nobles y valerosos caballeros— dijo Lizana;—¿persistís todos en el buen propósito que tenéis hecho de defender los fueros del reino?

—Sí persistimos—dijeron todos los ricos-hombres á un tiempo.

Y á la par oyóse un sonido espantable de armas; era que los ricos-hombres habían dejado caer sobre el pavimento las pesadas vainas de hierro que ocultaban los filos de sus espadas, señal de asentimiento, no por primera vez notada por el autor en su crónica.

—¿Y persistís—continuó Lizana,—en no admitir ni jurar, de conformidad con lo que disponen nuestros fueros, por Rey y señor de Aragón á una mujer, sea la Infanta doña Petronila, por quien ahora se pretende, sea otra cualquiera?

—Sí persistimos—volvieron á decir los ricos-hombres, sonando de nuevo las espadas; y cierto, que al Arzobispo le vino bien no usarla, porque de esa suerte no tuvo que mostrar, más claro que lo mostró en la expresión del rostro, cuánto se apartaba su dictamen del de los demás presentes.

—Pues siendo así—dijo Lizana,—preparaos á contestar á un mensaje del Rey, y sea tal la respuesta como merezca el mensaje; teniendo en cuenta lo que ordenan nuestros fueros y lo que habéis prometido y jurado antes y ahora.

Dicho esto, llamó á dos escuderos, que se hallaban apostados á uno y otro lado de la puerta, y les dijo:

—Id por los mensajeros, cuya venida me habéis anunciado, y no olvidéis el recordarles cuánto debe ser su respeto y moderación hablando con los ricos-hombres de Aragón, que, en representación del Rey y del reino, están aquí presentes.

Algunos de los noticieros que habían, hasta allí, acertado, pasearon sus ojos triunfantes por el concurso; otros, no tan felices, los clavaron en el suelo. Pocos momentos después del mandato de Lizana, los dos escuderos volvieron, guiando al buen Fillavé, que, como había Aznar anunciado, era quien traía el mensaje; y á los dos hombres, que por toda comitiva lo acompañaban, los cuales no eran otros sino Yussuf y Assaleh, aquellos dos esclavos mudos en cuya discreción el Conde D. Berenguer, no sin motivo, confiaba tanto.

El traje de Fivallé había cambiado completamente; ya no colgaba de sus espaldas el laúd; ya no vestía las modestas ropas que en la montaña. Su corta túnica, con angostos galones de plata, su capa de escarlata guarnecida de plumas de halcones, su gorra de piel de conejo, con broches también de plata, y un anillo de oro que traía en la mano diestra, con vivísimos rubíes, aunque no muy grande por cierto, le daban, no ya sólo por persona principal, sino por verdadero rey de armas, como Aznar había dicho que era. Los dos esclavos no habían variado de traje más que de condición, y se ofrecían á los ojos, tal como siempre, con su siniestro y sencillo atavío.

Que D. Berenguer hubiese elegido para tal mensaje á su rey de armas, que era al propio tiempo su compañero de aventuras, nada tiene de extraño; pero el haberle dado á éste por compañeros dos mudos, no parece que debiera tener otro objeto sino evitar que el dinero de los ricos-hombres aragoneses pudiera penetrar sus secretos propósitos; siendo notorio, que no hay mayor sagacidad que la del bolso para enterarse de las cosas más ocultas, y poner á luz del día los más profun-

dos misterios. Y recordando que Lizana sabía muy bien emplear todas las gracias y habilidades del dinero, no parece descaminada esta previsión de D. Berenguer, si verdaderamente la tuvo, y no fué mera casualidad el que asistiesen con Fivallé los dos africanos.

Fivallé se adelantó con paso firme hacia el centro del salón, y allí, haciendo una profunda reverencia, aguardó á que Lizana, como persona que hacía cabeza en el concurso, le diese licencia de hablar.

Lizana, á fuer de viejo y prudente, le miró muy bien primero, para ver con qué género de hombre se las había. Luego, con la ordinaria autoridad de sus palabras, le dijo:

—Mensajero, hánme referido que te has presentado á las puertas de esta ciudad con caballo, lanza y escuderos, solicitando ver y hablar al que fuese alcaide de sus fortalezas, ó señor de sus armas, ó guardador de sus haciendas, ó dispensador de su justicia. No ignoro que tal es la fórmula con que suelen acercarse los heraldos de los Príncipes y Reyes enemigos á las plazas que amenazan con sus armas; pero como Aragón no tiene enemigos á la presente hora, si no son los perros mahometanos, y de esos no solemos ni que-

remos merecer cortesías, mándote que digas, antes de todo, cuál es tu nombre y el de tu señor, y de qué hueste ó reino vienes, que por tu voz quiera declararnos la guerra.

—Vengo—contestó Fivallé con firme acento, como quien ejercita un oficio ó deber ordinario, y no recela que el cumplirlo puede traerle daño alguno,—vengo de parte del muy poderoso D. Ramiro, por la divina merced de Nuestro Señor Jesucristo, y la intercesión de su Santa Madre, Rey de Aragón, á ordenaros á vos, D. Férriz de Lizana, y á todos los ricos-hombres, prelados y caballeros aquí presentes, si sois en verdad los que señoreáis estas fortalezas, y gobernáis estas armas, y guardáis estas haciendas, y dispensáis aquí la justicia, que le entreguéis las fortalezas, que no os pertenecen, y rindáis las armas ante vuestro señor natural, y á él le dejéis el encargo de guardar las dichas haciendas, y dispensar la dicha justicia, por ser todos derechos y deberes suyos, no vuestros, supuesto que él es el Rey, y vosotros sois no más que sus vasallos.

—Deslenguado malsín, vil escudero—dijo levantándose Lizana.—¿Cómo te atreves á hablar en tales términos á los ricos-hombres del

reino? ¿Quién eres tú para deslindar los derechos del Rey y los nuestros? ¿Piensas, por ventura, que haya de amparte ó valerte el hábito que vistes? Por San Jorge que he de enseñarte cuánto va de un verdadero rey de armas que viene de poder á poder, con el seguro que le dan las leyes de caballería, á un villano que osa insultar en su propio Alcázar al trono y la nación aragonesa, en nosotros representados. Hola, escuderos; no hay más que oír; llevaos á este villano, y echadlo al río desde una torre.

—Ahora conozco al valeroso Lizana—dijo Roldán por lo bajo.—Parecíame á mí que la edad iba enfriando su sangre y que tenía ya más de sabio que de ardido y determinado; pero he aquí que echa tanto fuego por los ojos, como pudo el día del Alcoraz.

—Ya verás—le contestó García de Vidaura—cómo sabe hermanar la ferocidad del león con la prudencia del raposo; yo, como le conozco de más tiempo, entiendo sus cosas mejor que tú.

En esto, Fivallé, confundido por el inopinado arranque del caballero, no acertaba á decir palabra. Pero al ver que los escuderos iban á apoderarse de su persona para cum-

plir la orden de Lizana, en alta, aunque no ya segura voz, dijo estas palabras:

—Yo sé tan bien como quien más las leyes de las naciones y de la caballería, señores caballeros, y sé por lo mismo que no osaréis cumplir tal amenaza. Queréis intimidar me, pero no lo lograréis; y aunque hubiese de morir verdaderamente, no sería antes de cumplir con mi obligación del todo. Dígoos que el Rey D. Ramiro os ordena dejar esta ciudad con todas sus fuerzas y gobierno, retirándoos al punto á vuestros castillos, y de lo contrario, os declara por mi voz alevos y traidores y reos de lesa majestad en lo divino y humano, condenándoos...

—Infames escuderos—gritó ya fuera de sí Lizana.—¿Qué hacéis que aquí mismo no le arrancáis la lengua al desalmado? Por Cristo, que he de mandar que á vosotros también os desuellen vivos.

Todos los caballeros participaban de su indignación, y estaban puestos de pie, acariciando cada cual la empuñadura de su daga. Roldán la puso ya fuera de la vaina, y sólo le detuvo el considerar que aquel hombre podía ser muy bien un villano, indigno de morir allí á tan nobles manos como las suyas. El

buen Arzobispo de Zaragoza, como sabemos, presente, pensó interceder por él; pero no tuvo valor para tanto, después que bien miró advirtió la cólera en que hervían sus compañeros. Fivallé, según la palidez de rostro y el temblor de sus rodillas, no daba ya por su vida un ardite; pero la voz del deber le mantenía firme la voluntad y aun todavía tuvo aliento para añadir:

—No me defenderé, los escuderos; podéis matarme á mansalva; pero de este crimen que va á cometerse, no sólo responderán vuestros señores, sino que vosotros también responderéis con la cabeza á vuestro Rey D. Ramiro y á mi señor natural, el muy valeroso y muy excelso D. Ramón Berenguer, Conde de Barcelona.

—¿Por qué mientas al Conde de Barcelona? —dijo al oír esto Lizana.—Habla, villano, y veamos con qué pretendes engañarnos y librarte del merecido castigo. ¿Eres de verdad, como dices, vasallo del Conde de Barcelona?

—Vasallo soy suyo—contestó el mensajero más recobrado.

—Tu nombre.

—Pedro de Fivallé.

—Tu profesión.

—Rey de armas del Conde de Barcelona.

—¿Tienes algún documento ó testimonio que lo acredite?

—Sí tengo—contestó Fivallé:—bien podéis ver cómo los rubíes de este anillo trazan sobre el oro las barras de sus armas: no han llevado tal anillo y barras nunca sino sus mensajeros, según es sabido en todo el mundo.

—Cierto es—dijo Lizana;—pero trae acá el anillo, que no te las has con quien no sepa descifrar cualquier engaño.

El anillo corrió de mano en mano, y todos convinieron en que era y debía ser su dueño el Conde de Barcelona, y no otro. La sorpresa de todos fué tan grande ahora, como había sido antes la ira.

—Ahora bien, Pedro de Fivallé—dijo Lizana,—bien puedes hablar cuanto te plazca; pero no más que en nombre del Conde de Barcelona.

—El Conde de Barcelona, mi señor—continuó entonces Fivallé,—no tiene más que decirnos, sino lo propio que de parte del Rey D. Ramiro tengo dicho, supuesto que los dichos Rey y Conde son, de hoy más, no sólo

aliados, sino deudos estrechos, con los esponsales y matrimonio concertados, entre el Conde D. Berenguer, de una parte, y de otra la Infanta D.^a Petronila, hija de D. Ramiro, y legítima heredera de este reino. A la cual mi señora y Reina os exijo y ordeno también, que dejéis libre en el instante.

En este punto llegó al último extremo el asombro de los concurrentes. Sólo el viejo Lizana, á gran maravilla de todos, conservó, en su apostura y acento de voz, serenidad completa. Paseó los ojos alrededor, examinando qué efecto hubiesen hecho tales nuevas en sus compañeros, y luego dijo:

—¿Has acabado?

—Acabado he, poderoso señor—contestó Fivallé.

—Pues ve y dile á tu amo, el Conde de Barcelona, que aceptamos el reto y desafío que nos hace, y que de hoy más Aragón le tendrá por enemigo, y nuestros gerreros buscarán á los suyos para pelear cuantas veces quiera él ponerlos en campo. Y añádele, que aunque es injusta la guerra que nos declara y odioso además que entre sí se destrocen las armas cristianas, de eso él, que no nosotros, habrá de dar á Dios cuenta en el otro

mundo. Por lo que toca al Rey D. Ramiro y su hija, nosotros nos entenderemos con ellos como ordenan los fueros del reino, y como mejor nos cumpla y parezca, declarando traidores y rebeldes, desde ahora, á cuantos coadyuven á abanderizar el reino, con el fin de privarlo de sus antiquísimas y bien adquiridas libertades. ¿Oíste bien lo que dije?

—Sí oí—respondió Fivallé;—y en nombre de mi señor, el Conde, dejo aquí este guante en señal del reto y desafío.—Dijo esto quitándose uno de los de delgadas escamas de acero que llevaba.

—Tomadlo, y dadle el vuestro, valeroso Roldán—repuso Lizana.—Y tú, Fivallé, sábetete, que si á título de rey de armas del Conde de Barcelona te he perdonado tus insolencias, como el día de mañana te encuentre en Huesca, ó nombres en su recinto al Rey don Ramiro, te he de colgar, á título de rebelde, de una almena. Hoy vence en ti lo de mensajero del Conde á lo de emisario de la rebeldía: mañana será al contrario, y repítote por el santo del Alcoraz, que si no me crees, ha de dar un buen día tu cabeza á los cuervos del contorno. Vete al punto.

Fivallé no se hizo segundar la intimación,

y tomando el guante de Roldán, se salió de la estancia, seguido de sus negros compañeros, que aunque no habían comprendido bien las palabras, habían interpretado harto bien los hechos para dejar de requerir sus armas, á medida que veían que las suyas acariciaban los ricos-hombres.

Cuando Lizana se vió á solas con los suyos, tomó la palabra, y dijo:

—Los tiempos que yo temía están aquí, Roldán amigo: no daréis ahora por sobrados mis temores. Extraña es esa alianza, extraños son esos esponsales, extraño es todo lo que está pasando; pero no importa, lo esencial es que conozcamos el riesgo que nos amenaza. Quizás á estas horas tienen junta, entre el Rey y el Conde, bastante hueste para que no podamos mantener el campo; quizás osen sitiarnos dentro de estos muros, por más que, según son ellos de fuertes, sea empresa de muchos años rendirlos; quizás los salvajes montañeses acudan ya de todas las partes del reino en ayuda del Rey, con el intento de humillar nuestro justo orgullo y despoblar nuestros cotos, y hacer leña de nuestros bosques, y anidarse en nuestros castillos; quizás el hierro de los almogábares esté ya despier-

to: hora es de que despertemos también nosotros y nos preparemos á lidiar y vencer, á vencer ó morir en esta demanda.

—Sea así—dijeron levantándose los caballeros.

—Pero esto de los esponsales—añadió Roldán—no cesa de admirarme; ¿cómo puede habersele ocurrido á ese buen Conde de Barcelona contraerlos con una niña de dos años?

—Legítima cosa es—contestó suspirando el Arzobispo, que aún no había movido siquiera los labios para responder á la arenga pasada,—legítima, según los sagrados cánones.

—Antes habéis de decir que pérfida y malvada—repuso Lizana.—¿Por ventura, no adivináis cuál sea el objeto? Pues no es otro sino sujetarnos á la potencia de los extranjeros. Cuando nosotros buscamos á D. Ramiro en el monasterio y quisimos ser suyos, y le defendimos con tantos afanes, fué por no reconocer sino á Rey muy natural. ¿Y ahora toleraríamos que nos viniese á gobernar un extranjero? ¿Qué sería del honor del reino? ¿Qué de nuestros nombres? ¿Qué de nuestros fueros? Bien sabéis que nuestros padres ordenaron

para eso sólo, que no sucediesen hembras en el reino; bien sabéis que por eso sólo nos negamos á jurar por Reina á la Princesa, cuando lo pretendió el Rey.

—Fuerza es que reunamos en Cortes el reino, y les propongamos negocio tan arduo, —dijo uno de los caballeros.

—Ese es mi propósito—dijo Lizana;—y aun despachada está la convocatoria á las ciudades que tienen voto en Cortes, y á los nobles y prelados ausentes para que se junten con los que ya estamos y deliberamos en Huesca. Ni penséis que desisto de esto para en adelante; porque si bien no podremos llenar todas las formalidades y requisitos, los tiempos nos excusan de ellas, y harto será que no reunamos bastantes votos en los diversos brazos, para sacar triunfante nuestra causa, puesto que en suma es la causa del reino, y todo él está interesado como nosotros mismos en el triunfo. Mas no hay que pensar en tal por lo pronto. Los sucesos se han adelantado mucho con esta desdichada alianza del Rey y el Conde de Barcelona. Mañana mismo podemos tenerlos delante de estos muros, y es preciso, ante todo, acudir á la defensa.

—¿Pero creéis—dijo Roldán—que todos los Reyes y Condes y villanos del mundo deban darnos temor detrás de estos muros fortísimos, á nosotros con nuestras fieles mesnadas?

—Siempre — contestó Lizana — es ciego vuestro valor, Roldán amigo. Recordad que no me he equivocado hasta ahora en ninguna de mis sospechas, más de lo que humanamente es inevitable. Desde aquella ausencia que hizo D. Ramiro en una noche de festejos, véngoos diciendo de antemano cuanto ha sucedido. Y ya habéis visto hasta qué punto, con voluntad ó sin ella, pueden perjudicarnos los clérigos; ya habéis visto que el Rey, tan manso como parecía, sabe derramar sangre, y es capaz de disponer de la nuestra como de las sobras de unas vinajeras, y separar de los cuerpos nuestras cabezas como él ha mudado de hábito. También advertiréis cómo no le faltan aliados y defensores á D. Ramiro contra vuestra lanza y la mía, á pesar de ser tan recia la vuestra y haber ganado alguna prez la mía en el Alcoraz y en otras mil ocasiones; y no dejaréis de reconocer asimismo, cuál locura habría sido dejar libre á la Princesa en poder de su

madre, de donde habría pasado á manos del Conde de Barcelona, realizándose esos esponsales, que, en idea sólo, con razón os espantan ahora. Deos todo esto prudencia y confianza en mí para atender y seguir en adelante mis consejos.

—Tenéis razón—dijo Roldán convencido.

—Hablad, sabio Lizana, hablad, que ni estos caballeros ni yo haremos más que lo que vos ordenéis. Hablad y decidnos lo que receláis ahora.

—Ahora recelo del pueblo, de los ciudadanos, de estos menestrales que vosotros despreciáis mientras yo los vigilo y sé, á precio de oro, sus más íntimas conversaciones. Cuando advirtieron la prisión del Rey, manifestaron sólo incredulidad ó extrañeza, porque veían que todo lo podíamos; mas no bien se nos escapó el Rey, adelantáronse ya á compadecerle y á murmurar muchos de que no compartiésemos con ellos el Gobierno. Si ahora ven que no podemos sostenernos, sino dentro de estos muros, y que nos asedian turbas de villanos almogábares, son capaces de fraguar alguna traición por dentro que cara y muy cara nos cueste.

—¿Eso más?—dijo Roldán.

—Eso más—contestó Lizana;—el cuándo ni el cómo, no sabré decíroslo; pero cualquier cosa debemos temer cuando la hueste enemiga se presente delante de estos muros.

—Vos sois nuestro natural caudillo, Lizana. Decidnos qué hemos de hacer, pues, para precavernos y para defendernos y ofender á nuestros enemigos.

—Decidlo, decidlo—repitieron los demás caballeros puestos ya de pie alrededor del sillón donde estaba sentado Lizana.

—Oíd—dijo el viejo.—Es preciso que por ahora tratemos moderadamente á los villanos, aun á esos perros de almogábares, si por ventura quedan algunos en Huesca. Hacer por que entiendan, si es tiempo todavía, la justicia de nuestra causa. Y al propio tiempo es preciso tener muy bien guardadas por nuestros mesnaderos las puertas y torres de la ciudad, y poner atalayas que nos anuncien la vecindad del enemigo. En cuanto á nosotros, ya lo sabéis; hoy, mañana, todos los días nos reuniremos para deliberar, en este Alcázar, como hasta aquí, y ya iremos determinando conforme nazcan las ocasiones.





CAPÍTULO XXIV

Donde se preparan y entrevén los sucesos, que
andando capítulos, han de poner fin á esta
historia

F'orte d'armi apparecchio s'a
duna di Tolosa pei campi é pel
vallo, che far tristo un ribelle
vassallo il signor di Provenza
giuró!...

TOMMASO GROSSI.

(Canto di un Trovatore.)



POCOS momentos después de llegar al
patio del Alcázar, se encontró Pe-
dro de Fivallé con su buen compa-
ñero Aznar.

El rey de armas y sus dos extraños escú-
deros, estaban rodeados de soldados con an-
torchas encendidas.

—¿Qué sucede?—preguntó Aznar.

—Que los ricos-hombres de Aragón, reunidos por su propia autoridad y convocatoria en este Alcázar, se niegan á reconocer por Reina á D.^a Petronila, y han dado á entender muy claramente que no dejarán entrar en Huesca, ni al Rey de Aragón, ni al Conde de Barcelona.—Esto contestó Fivallé.

—Pues si eso pasa —repuso Aznar,—no hay más sino que me salí con la mía, porque nunca pensé que el mandato y perdón del Rey lo aceptasen los ricos-hombres.

—Vamos á nuestro alojamiento, y allí hablaremos despacio—repuso Fivallé.

—Sea como decís—añadió Aznar.

Y entrambos echaron á andar para la calle nombrada del *Salvador*, á donde, en casa grande para los tiempos, estaban aposentados.

No bien llegaron allá y se despidieron los de la comitiva, dijo Aznar á Pedro de Fivallé:

—¿Nada se os ocurre que hacer ahora?

—A mí nada—respondió el otro,—si no es que nos vayamos cuanto antes, porque el viejo Lizana, sin oírme apenas, juró por San Jorge, el que está en la ermita del Alcoraz, que si nos halla aquí el día de mañana, han

de servir de espanta-pájaros nuestras cabezas en lo alto del muro. Ni me atreví á hablarle de su perdón, no fuera que por menosprecio adelantase ese mal propósito que tiene.

—De eso será lo que Dios quiera, Fivallé —replicó Aznar,— pero oíd: D. Ramiro y don Berenguer nos enviaron acá para que allanásemos la entrada, de suerte que no tuvieran que poner cerco á la ciudad. Con tal objeto concedieron el perdón que con vos traéis. Y porque los ricos-hombres, empedernidos en su traición, no lo acepten, ¿no hemos de allanarles nosotros la entrada de la ciudad evitando un largo cerco?

—No se me ocurre cómo lo habríamos de conseguir—respondió Fivallé,— según que yo los he visto de soberbios; ni me parece que podamos hacer más que salir ahora de aquí cuanto antes, y dar parte de todo á nuestros Príncipes, para que los traten con todo el rigor de la guerra.

—Ni por pienso, Fivallé; no es eso lo que conviene—repuso Aznar.—Al abrigo de tales muros y tan recios, y de las noventa torres que circuyen la ciudad, los ricos-hombres podrán mantenerse en su rebelión por mucho tiempo, y aun no les sería imposible levantar

el reino y desbaratar los intentos del buen Rey D. Ramiro, y de su aliado.

—Así es la verdad, Aznar—dijo el rey de armas;—pero ¿cómo hemos de remediarlo?

—El cómo ya lo buscaremos—continuó Aznar.—Lo que importa es que convengamos en buscarlo. Ni D. Ramiro, ni D. Berenguer nos mandaron que saliésemos de aquí: «Id—dijeron—y anticipadles nuestro perdón mientras llegamos á la ciudad. Si al entrar en ella oímos que repica sola la campana de San Pedro el Viejo, entenderemos que sois vosotros quien la tocáis, y que no debemos hacer daño á los ricos-hombres, porque ellos han reconocido ya su culpa, sometiéndose á nuestros mandatos; mas si la campana no suena, ó suenan otras á modo de rebato, entenderemos lo contrario, y haremos por sorprender el lugar y entrarlo á escala vista, ó de no, pondrémosle cerco, y lo combatiremos á hierro y fuego.» Bien se ve, Fivallé, que no previeron el caso de que saliésemos de aquí, puesto que no nos lo dijeron.

—Eso fué, que no previeron tampoco el caso de que los ricos-hombres estuvieran tan determinados y fuesen capaces de plantarnos de espanta-pájaros en el muro.

—O acaso—contestó Aznar—que fiaban en que nosotros no dejaríamos que cuajase el propósito de la resistencia, y descargaríamos en otros el mal oficio de espantar los pájaros con las cabezas.

—¡Imposible!—replicó Fivallé asombrado.
—¿Quién había de imaginar semejante cosa? ¿Qué fuerzas son las nuestras para resistir? ¿Cómo hemos de excusar el peligro si no es fuera de los muros, corriendo, á más correr, según es de prudentes, en tales ocasiones como ésta? Aznar, contad además con lo que habláis; no dejemos por acá las cabezas aun antes que recelamos.

—¿Eso os espanta?—dijo Aznar.

—No me espanta, sino porque ha de ser inútilmente—contestó Fivallé.

—Inútilmente no—continuó Aznar;—y una vez que eso sólo os empece y mortifica, aguardadme aquí, que yo vendré dentro de poco y os daré traza con que logremos nuestro intento. ¿Aguardaréis?

—Sí aguardaré, aunque no espere fruto alguno.

—Pues hasta luego, y confiad en que mayor servicio que este que hemos de hacer ahora, nunca lo han hecho vasallos á Reyes.

Salió Aznar diciendo esto, y, por entre las revueltas callejuelas del contorno, llegó al Coso, ancha calle, que á la sazón comenzaban á formar los vecinos, construyendo casas por en frente de los grandes muros de piedra, en aquel arrabal que, desde el tiempo de los moros, estaba allí fuera encerrado en un robusto paredón de tierra. Caminaba precipitadamente y con un sí es no es de regocijo en el rostro; traslucíasele una satisfacción grande, aunque siniestra, y de cuando en cuando hablaba sólo, en tono tan alto, que era imposible que no lo oyesen los curiosos transeuntes.

—¿No es este el caso?—decía.—¿No basta ya para cumplir mi promesa? Bien sabía yo que él haría de modo que mereciese de nuevo la muerte... Morirá por lo mío y por lo del Rey.

En una de las primeras calles del arrabal se paró delante de cierta casa, más destruída y de más vil aspecto que las otras, y dió diversos golpes.

Abrieron con una larga tomiza desde arriba, subió, y en una sala estrechísima y mal amueblada se encontró manos á boca con Fortuñón, aquel viejo y primer compañero

suyo, que conocen ya nuestros lectores.

—Fortuñón—dijo Aznar:—loado sea Dios, que aquí te encuentro, y ahora feliz vejez la tuya, que así te inclina al regalo de las ciudades, para que puedas continuar hasta en ellas tus esforzados hechos. Dime, Fortuñón, ¿tienes en tus venas todo el valor antiguo? ¿Amas al Rey como le amaron siempre nuestros antepasados? ¿Te fias tú de mí, como te fiabas de mi padre García de Aznar?

—Sí tengo, sí amo, sí fío—respondió compendiosamente Fortuñón por la primera vez de su vida, al notar lo arrebatado de las preguntas.

—Loado sea Dios, que te hallo tal como creía. ¿Y no temerás menear de nuevo las armas en servicio del Rey? ¿Herirás á quien él te mande, sin preguntar su nombre? Recuerda que así obraron siempre los de nuestra raza.

—Dígame que por el Rey y por ti, haré cuanto sea justo.

—¿Qué número de almogábares habrá á estas horas dentro de Huesca?

—No pasarán de cincuenta, Aznar.

—¿Conóceslos tú á todos?

—A todos.

—¿Qué tal gente son?

—Pero Díaz es el uno, aquel hijo del campanero de Oviedo que se vino años atrás con nosotros, y Juan de Sobrarve otro, y está además ese perro de Ramiro Benedrís, que dice que viene de reyes moros, y él es moro en las obras, aunque sea en los pensamientos cristiano, y Men Loharre, y...

—No quería saber los nombres de todos, mas sólo si era gente con la cual se pudiera contar en cualquiera honrado trance.

—No la hay mejor entre los almogábares.

—Basta, Fortuñón; esa gente necesito. Sólo falta que todos te reconozcan por caudillo. ¿Hay entre ellos, por ventura, alguno que sea más viejo que tú?

—¡Más viejo que yo!—contestó al punto Fortuñón, como picado de que tal osara suponer el mancebo.—Somos ya pocos los que quedamos de aquellos tiempos en que se daban batallas como la del Alcoraz, y se tomaban ciudades como esta de Huesca. ¡Mas viejo que yo! A fe, á fe que mis años no los he llevado en cuenta, ni de mis padres pude averiguar los que tenía, porque muy temprano se olvidaron de ellos; mas yo te contaré cosas que presencié y otras en que puse mano, que no haya en todo el reino tres per-

sonas que las recuerden. ¿Ni cómo ha de haberlos más viejos que yo entre los almogábares? La vida se acaba pronto en la montaña, y la lid, antes peleando que comiendo, y antes corriendo tierras que descansando en mullidos lechos; milagro es que el cielo haya conservado tanto la mía.

Aznar escuchó toda esta retahila con su acostumbrada impaciencia; luego, reprimiéndose lo que pudo, habló al viejo almogábar de esta manera:

—Ea, pues, Fortuñón; sirva tu larga edad y el crédito y mando que ella te asegura entre los almogábares, para una grande empresa, la cual ha de ser no menos acepta á Dios que provechosa al Rey.

—Continúa, Aznar—repuso Fortuñón.

—Ya sabrás como los ricos-hombres del reino, aquí reunidos, se han rebelado contra D. Ramiro, hermano del batallador D. Alonso y del glorioso D. Pedro, é hijo del valiente Sancho Ramírez, con quien hiciste las primeras armas.

—¡Y cuán diferente que es este D. Ramiro de su padre y hermanos! ¡Oh, si á aquellos hubiese conocido!—dijo interrumpiéndole Fortuñón.

—Eso no es del caso—replicó con calor Aznar, viendo el contrario efecto que sus citas habían producido.—¿Negarás tú ahora con todo eso, que sean rebeldes y dignos de castigo los ricos-hombres que se han alzado contra el Rey D. Ramiro?

—Cierto es que obraron mal; pero, hijo mío, no te descompongas tanto contra los ricos-hombres; mira que ellos son imagen del Rey, como el Rey es imagen de Dios.

—¡Que no me descomponga con ellos!—exclamó Aznar.—Son traidores, Fortuñón, son traidores, y nosotros los leales no debemos respetarlos ni tenerlos en nada, sino por el contrario, lavar en su sangre las afrentas que hacen al Rey.

—Muy adelante te lleva la cólera; ¿es quizás para algo de eso para lo que requieres mi brazo?

—Precisamente para eso; para que entre tú y yo y esos almogábares, rematemos de una vez á los más soberbios de los ricos-hombres, y demos libre entrada al Rey dentro de estos muros.

—Pues vuélvome de lo dicho, Aznar, y aconséjote que no te metas en tales honduras, que luego los grandes de la tierra entre

sí se acomodan, y solemos nosotros los pequeños pagarlo todo.

—¿Y así cumples la palabra que me diste de servir al Rey, y de herir á quien él te mandase, sin preguntar su nombre? ¿Y así muestras el amor que dices que me tienes? ¿Y así imitas los hechos de tus mayores? Nunca mi padre García de Aznar hubiera temido, como tú temes, ni hubiera faltado, como tú faltas, á tus promesas.

Al decir esto Aznar, sus ojos lanzaban rayos de ira, su voz temblaba, su brazo levantado desafiaba todos los obstáculos.

—¿Mas qué te va ó te viene, locuelo de Aznar, para que tanto fijes tu atención en ello?—respondió Fortuñón sin curarse del gesto indignado de su compañero.—¿Qué tienes tú que ver con las discordias del Rey y de los ricos-hombres? Dígote que al cabo el Rey perdonará á sus rebeldes cortesanos y capitanes, y que éstos no perdonarán jamás por su parte á los que en nombre del Rey los ofendan ó lastimen ahora.

—Por eso mismo no trato yo sino de hacer que su perdón sea imposible; por eso mismo no trato yo sino de penarlos de suerte, que más no puedan vengar ofensas, ni reparar sus

daños—repuso con ronca voz Aznar.—Y tú que sabes la suerte de mi hermano, ¿todavía ósas preguntarme qué es lo que tengo con los ricos-hombres? ¿Sabes que he averiguado ya que fué el viejo de Lizana quien entregó á sus perros de caza el cuerpo de mi Lupo, aquel pobre hermano que mi padre dejó al morir á cargo tuyo y mío?

—¡Fué Lizana!—repuso Fortuñón asombrado.

—Lizana fué... Pero no hablemos de eso, no, no. Has de saber que si quiero matarlo, es porque importa al servicio del Rey, es porque con hacerlo, se evitará mucha sangre y se adelantará muchos días el que reinen en Aragón y Cataluña el buen Príncipe D. Berenguer y la Princesa D.^a Petronila.

—No entiendo lo que me dices, Aznar. ¿De qué D. Berenguer hablas? No le hubo en mis días de ese nombre entre los Príncipes de Aragón. Habla, dime, ¿cómo puede ser novedad tan extraña, y de mí tan poco oída hasta ahora?

—Fortuñón, dejémonos de ociosas palabras. Ó me sigues ó no. Si tú no me acudes, yo solo intentaré la empresa; yo solo iré á las casas de los principales ricos-hombres, tan

temibles capitanes y cortesanos como son, y de algunos de ellos libraré á Aragón á costa de mi sola vida.

—¡Oh! no hagas tal, Aznar—exclamó Fortuñón interrumpiéndole.—No hagas tal, que te perderás sin remedio ni provecho alguno.

—Sí haré—replicó el joven almogábar, más exaltado que nunca;—y lo haré porque no se diga que ha dejado de haber almogábares en Aragón; por no faltar á la memoria de mi padre, que siempre fué leal, y quiso que lo fuese su hijo. ¡Es tan bueno el Rey! ¡Es tan valeroso D. Berenguer! ¡Son tan soberbios los ricos-hombres! No me contradigas, porque estoy resuelto: ó he de morir ó he de salir victorioso de estos rebeldes. Discurre ahora, Fortuñón, si te conviene ayudarme en mi empresa ó dejarme solo á que perezca de cierto en la demanda.

Fortuñón se puso á meditar, apoyando su blanca cabeza entre las manos. Luego, después de un breve rato de meditación, dió dos ó tres vueltas por la estrecha sala, y parándose delante de Aznar, exclamó, no sin exhalar antes un profundo suspiro:

—¡No puede ser! Y Dios sabe cuánto me pesa no complacerte. Pídeme otra cosa; pero

eso de ir contra los ricos-hombres como por acá dicen de *motu proprio*, sin mandamiento ni disposición de nadie, no esperes que lo haga jamás. El deseo de venganza ciega tus ojos, hijo mío; ábrelos á la razón de mis palabras, y verás como no es justo ni conveniente, sobre ser peligrosísimo y de éxito casi imposible.

—¡Oh! Si nace tu resistencia de que á tu parecer no tenemos mandamiento ni disposición de nadie, cuenta con que estás en grande error. Orden tengo del Rey, orden terminante...

—Orden de D. Ramiro, por supuesto, porque de ese D. Berenguer, que no conozco, ni las entiendo, ni las quiero entender, por vida mía. No he oído hablar siquiera de las otras cosas extrañas que me dijistes; y como tú tampoco te has explicado mayormente...

—¡Fortuñón! La orden es de D. Ramiro. ¿A qué meterte hoy en otras honduras?

—Pues ¡acabaras!—repuso á esto Fortuñón.—¿Por qué no mostrarme, desde luego, el pergamino, y no hubiera disputa? Bien sabes que soy entendido en letras, porque en mi niñez, como te he contado algunas veces, me dedicaron mis padres á monaguillo, en

Jaca. Ea, pues, muéstrame ese permamino, y vea yo mandado del propio Rey lo que tú me dices, y harelo, aunque me cueste la vida.

—¿Pergaminos dices?... A fe que pergaminos no faltan, y.....

En lugar de estos puntos suspensivos, puso el almogábar, en voz baja, sendas maldiciones contra los oficiosos padres de Jaca, que habían enseñado á leer al monaguillo.

—¿Lo traes ahí?—continuó, en el ínterin, Fortuñón.—¡Cómo cambian los tiempos! Por cierto que en los días de tu abuelo y de tu padre, aquellos famosos guerreros, de quien tanto te he hablado, nadie habría confiado tan importante mensaje á un hombre que contase diez años más que tú. Y los pergaminos y leyendas que hubo en la conquista de esta fortísima ciudad de Huesca, así los de los moros como los nuestros, fueron llevados ó traídos por hombres de canas y de experiencia, que bien supiesen sortear los tiempos y las ocasiones. Y aun recuerdo que tu abuelo, tu abuelo, Aznar, que era el hombre más forzudo y ágil que haya yo conocido en este mundo, decía muchas veces, que no quería tronco verde para astil de dardo, ni pan todavía caliente para la boca, ni hombre mozo

para estos mensajes. Pero tú lo suples todo, con la discreción maravillosa que tienes para tu edad, y aunque siempre habría sido más acertado que el Rey hubiese acudido á mí ó á otro de más años, como más prudente, no niego que tú puedas sacar fuerzas de flaqueza, y obrar también como hombre de seso. Si tienes el pergamino, dígotte que el traerlo tú, más me servirá de satisfacción que de envidia, y no tienes más que desdoblarlo al punto. Pero acuérdate, Aznar, de tu abuelo...

Al llegar á este punto lo interrumpió Aznar, que, si no, el viejo era hombre de no acabar en diez años. Hacía ya rato que no apartaba los ojos de un sitio, como quien está sumido en grandes meditaciones; pero á la sazón brillaba en ellos la alegría. Parecía satisfecho, como hombre que acabase de salir de un grande apuro.

—Ya te conozco, mi viejo Fortuñón—dijo, poniendo la mano en el hombro de su camarada.—Acuéstate ahora, pues, y el pergamino donde la orden está escrita, yo te lo mostraré á la noche, que, puesto que yo no entienda en leer como tú, para eso viene en mi compañía el honrado Pedro de Fivallé, rey de armas del buen Conde de Barcelona, el cual consigo

trae el tal documento, y sabe muy bien que en él se contiene y reza lo que digo. Mas te of decir que no debíamos los villanos entrometernos en estas reyertas del Rey y de los ricos-hombres; ¿has variado de opinión ya, de todo punto?

—Sin mandato del Rey, debí añadir, que no era otro mi intento; porque lo que él manda, ningún vasallo, pésele ó no, puede excusarse de cumplirlo.

—¿Y temerás todavía las venganzas de los ricos-hombres?

—Ya sabré resignarme á ellas por obedecer al Rey—contestó Fortuñón suspirando.

—¿Es decir, que con esa orden, todo está compuesto, y hallaré en ti ayuda para todo?

—Cabalmente: todo con esa orden; nada sin ella; has comprendido perfectamente mi pensamiento.

—Pues la tendrás. Esta noche te aguardo á las doce en punto en mitad de la plaza de la *Misleida*. Ten apostados á nuestros camaradas por las cercanías de manera que no infundan recelo, ni pongan en alarma á los atalayas del muro.

—Allí estaré, y todo lo tendré dispuesto como tú quieres, que en las ocasiones es

donde han de verse los que son para poco, ó los que tienen grande espíritu en su cuerpo. Y á fe que mi padre, aunque algunos deslenguados murmuran que fué hijo de moros, como los del Benedrís, no fué sino valentísimo cristiano, que mató más moros que árboles hay en las orillas estas de la Isuela y del Flumen. Y aquí, donde me ves á mí, testigo tu padre García de Aznar, á quien Dios tenga en su gloria, porque era también valiente, como ninguno, y...

—¿No acabarás, buen Fortuñón?—le dijo Aznar impaciente.—Otro día oiré el fin de esa historia, que por hoy no puedo más detenerme.—Y echó á correr desalado.

—¡Siempre el mismo!—murmuró tristemente Fortuñón.—Nadie me quita de la cabeza que estos rapaces del día nos tienen envidia, por lo que hemos vivido más que ellos, y porque hemos visto y oído cosas que ellos jamás verán ni oirán de seguro. ¿Cómo han de hallarse ellos ya en cosa tan insigne como fué este cerco de Huesca ó aquella batalla del Alcoraz?

Y poco más que el tiempo que tardó Fortuñón en pensar esto á solas, invirtió el otro almogábar en volver á su casa.



CAPÍTULO XXV

Como es verdad que Dios castiga sin palo ni
piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gau-
frido, que lo que recibió fué una puñada

Hubo mientes como puños,
hubo puños como mientes.

QUEVEDO.



ZNAR subió de un salto la angosta
y revuelta escalera de la casa
donde estaba aposentado, sita
en la calle del *Salvador*, como
en otro lugar queda dicho.

—Pedro de Fivallé—dijo al llegar á lo al-
to:—ya está todo compuesto. Mañana entra-
rán los Príncipes en Huesca sin resistencia
alguna, y haremos sonar tal campana, que
con solo oírla esta vez, desfallezcan todos los

rebeldes del mundo, cuanto más los del reino.

Fivallé lo miró, como asombrado, sin hablar una palabra.

—Traed el pergamino—continuó Aznar—donde se trata del perdón de los ricos-hombres rebeldes.

—Aquí lo tenéis: ¿mas vos sabéis leer, Aznar?

—No entendí en mi vida de tales brujerías; que mi padre no me crió para monje, sino para soldado, y de los almogábares, que son doblemente soldados que los otros.

—Pues ¿para qué queréis entonces el pergamino?

—Vais á oírlo. ¿Recordáis el suceso de aquel mal caballero Castellet que nos refirió el buen Conde D. Berenguer una noche en la montaña?

—Sí recuerdo.

—¿Recordáis cómo dijo que aquel falsario quitó las letras que tenían unos pergaminos, y puso otras que más le convenían?

—Sí recuerdo.

—Pues he aquí la ocasión de aprovechar el cuento. Bien decía D. Berenguer, que de todo había en esto de la escritura, es decir, que unas veces servía para bien y para mal

otras. Ahora le toca servir para bien, porque es fuerza que al punto quitéis lo que reza, y en su lugar pongáis lo que yo os vaya diciendo

—No me atrevería á tanto—respondió Fivallé.—Pero aun cuando me atreviera, es el caso, que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo más que vos mismo.

—¡Diablo!—exclamó Aznar—esta sí que es gran dificultad é inesperada.

Y sin saber qué partido tomar, comenzó á dar vueltas por la sala donde se hallaban, ora asomándose á las ventanas, ora quitándose de ellas, sin discurrir, al parecer, buena salida en el laberinto en que se veía metido.

—¡No lo harán! ¡No, no me obedecerán, si no tengo ese pergamino!—gritaba de cuando en cuando.

Cosas de Aznar. Para aquel hombre, pensar y poner las obras en ejecución, era todo uno, según hemos visto en otros trances: audaz por la edad, por la raza, por el ejercicio, y alentado con el buen éxito de sus empresas, puesto que le habían salido bien hasta entonces las más arriesgadas; diestro, ágil, poderoso en fuerzas y armas, no había obstáculo que le estorbase el comenzar y llevar adelante su intento.

Mas por esta vez, la dificultad que se ofrecía era realmente tan grave, que si no le hizo arrepentirse ó temer, le tuvo por largo espacio confuso.

Si se tratara de derribar á un gigante brazo á brazo, ó de asaltar la torre más levantada, y aunque fuera de lidiar solo con un ejército, Aznar no lo habría meditado tanto, sino que ciegamente se habría arrojado al obstáculo, y ó lo habría vencido, ó habría muerto en la demanda. Pero eran letras lo que había que hacer, letras, y el valeroso almogábar, ni de vista apenas las conocía. Hubo momento en que deseó ya que sus padres le hubieran criado para monje, y no para tan soldado como era.

Otras veces abandonando el proyecto fundado en aquel pergamino, se ponía á maldecir á Fortuñón á grandes voces, afeándole su cobardía en no querer emprender nada contra los ricos-hombres, sin mandato escrito del Rey, y jurando que tomaría de él notable venganza, con haber sido tan amigo de su padre y todo, cuando la ocasión le viniera á cuento.

Yendo, y viniendo, y revolviendo cosas en su cabeza, hasta llegó á fijarse en la idea de

dejar aparte á Fortuñón, é ir por sí á buscar á los almogábares que había en Huesca, y persuadirlos de que acometiesen tamaña empresa. Pero ni él sabía donde podría hallarlos, en ciudad que le era aún poco conocida, ni dado que los hallase, razonablemente podía confiar en que le siguieran.

La empresa era arriesgadísima y espantosa de imaginar: el número y fama y riqueza de los ricos-hombres, era para poner respeto en los más osados.

Y como Aznar no tenía aún la autoridad de los años, si viéndole en peligro de su persona, no habría almogábar que no le acudiese por amor, y algo de eso que hoy llamamos espíritu de cuerpo, no era posible que tal lograrse, cuando apenas podía él explicar, ni comprender ellos, los móviles de tan sangriento y arriesgado propósito.

Y á todo esto comenzaba á anochecer, y no parecía sino que la proximidad de las nieblas aumentase más el desasosiego del almogábar. Paseaba el aposento, miraba por las ventanas, increpaba á Fortuñón y á los padres de Jaca, maldecía á los que tan incompletas letras dieron á Fivallé, y todo en vano.

Por fin, entre la turba de escuderos y me-

nestrales que cruzaba en bullicio la calle, vió moverse los hábitos de un monje.

—Ese monje, ese monje debe saber escribir—exclamó.—Nada me falta:—y de un salto se puso en la calle.

Aquello fué una dichostísima inspiración.

—Padre mío—le dijo sin más ni menos, y como si le hubiese conocido toda la vida;—por ventura, ¿sabéis vos escribir?

—No habéis de llamarme padre, que no soy sino lego, hermano—respondió el monje.—Mas ¿cómo si sé escribir? No hay en toda la comarca otro convento donde tan buenas letras se hagan como en ese glorioso de Mont-Aragón, ni hay allí otra mano como la mía para toda clase de escrituras.

—Pues el caso es, buen lego, ó buen diablo, ó lo que seáis—dijo Aznar,—que yo necesito de vuestra habilidad maravillosa para que me escribáis un pergamino importante.

—Eso no puedo yo ahora, que tengo que recoger limosna, hermano. Y hable con más reverencia, que si no soy padre de almas, todavía paso por lego de autoridad en el convento.

—De reverencia no se trate—replicó Aznar,—porque haré cuanto os plazca y parez-

ca. Mas en lo de no escribir, será fuerza que amanséis el ánimo, porque lo propio que si escribís habrá para vos buenos sueldos jaqueses de Aragón, si en ello no consentís, me temo que hayan de desaparecer por de pronto vuestras narices de una puñada, padre lego.

—Hablaras antes lo de los sueldos, y no hubiera en mí la dificultad más pequeña, que aunque es verdad lo del quehacer, no es tal que no dé algún espacio. Y más que, lo que tú me ofreces, limosna es, aunque para mí, que tanto las he menester como el convento. Pero en eso de la puñada habría mucho que decir; que si quieres probar estos míos luego que gane los sueldos ofrecidos, á tu costa sabrás cómo el lego Gaufrido se pinta solo para andar en carnes ajenas, ni más ni menos que para trazar letras y ringorrangos en un pergamino.

—Todo será como os cumpla, Gaufrido; que con que escribáis lo que dicte, me doy yo por mi parte por contento—respondió alegremente el almogábar.

Entraron sin más en la casa, y cerrando cuidadosamente las puertas del aposento, recogió Aznar, de manos de Fivallé, el pergamino que contenía el perdón, y lo puso

en manos del buen Gaufrido, diciéndole:

—Quitad primero esas letras, menos lo que haya sobre el nombre, autoridad, y sello del Rey, que por ahí debe de andar, no sé si á los principios ó á los fines.

—Un momento...—dijo Fivallé, que estaba presente.

—Y ¿para qué, Fivallé?—dijo Aznar.—Quitad eso, digo, padre lego.

El monje recordó que éste era el de los sueldos ofrecidos, y no hizo caso del otro. Y sacando del pecho una cajita con ciertos instrumentos é ingredientes, comenzó lentamente á borrar lo escrito del pergamino.

Así que hubo terminado esta tarea, dijo:

—Dictad.

—Vos, Fivallé, le dictaréis todo lo que se necesite y sea de costumbre en una sentencia de muerte contra varias personas, que yo no sé tampoco de esas cosas—dijo entonces, por su parte, Aznar.

—Pero ¿estáis loco, amigo? ¿Qué pensáis hacer?—repuso Fivallé.

—Ayudadme en esto—continuó Aznar,—que para lo demás me daré yo solo trazas, y haré de modo que ambos ganemos prez en este mundo y el otro.

El rey de armas se encogió de hombros, y sin atreverse ya á contrarrestar la voluntad poderosa del almogábar, comenzó á dictar la sentencia, aunque no sin dudar y balbucir, y detenerse como quien obra de mala gana.

—Reparad que son nobles—dijo Aznar como á la mitad.—Tratadlos ahí según su condición merece.

Pedro de Fivallé se paró entonces, más que nunca dudoso; luego continuó dictando.

—¿Y los nombres?—preguntó embarazado cuando hubo llegado al punto de ponerlos.

—Eso me toca á mí, que bien los sé todos—contestó Aznar.—Miguel de Azlor es uno.

Y el lego escribió sin decir una palabra; no así Fivallé, que sintió estremecerse todo su cuerpo.

—Otro, Gil de Atrosillo—contiuó el almogábar.

Y volvió el lego á escribir y á temblar el rey de armas.

Aznar dictaba con la indiferencia más grande. Los pliegues que había levantado en su frente la pasada incertidumbre habían desaparecido del todo, y en su fisonomía, varonilmente hermosa, más bien se leía la satisfacción que ningún otro sentimiento.

Después de Gil de Atrosillo, dijo:

—Pedro de Vergues;—y luego:

—García de Vidaura.

Pedro de Fivallé no pudo contenerse por más tiempo y exclamó:

—Si no miente la fama, esos son de los más esforzados y famosos ricos-hombres de Aragón. ¿Pensáis de veras que se les pueda quitar la vida con esta falsa sentencia que mandáis escribir, ó qué género de intriga y mogiganga es ésta?

Aznar prosiguió sin contestarle:

—Férriz de Lizana.

—¿El héroe del Alcoraz?—prorrumpió Fivallé.—El nombre de ese guerrero ha llegado hasta nosotros los catalanes, todo resplandeciente de gloria: allá en Barcelona os lo hemos envidiado muchas veces.

Aznar se sonrió siniestramente. Y sin cuidarse de las palabras del atribulado rey de armas, continuó:

—Roldán.

—¿También Roldán?—exclamó estupefacto Fivallé.—¿También Roldán? Eso es imposible, Aznar; os estáis burlando de mí, y acaso de vos mismo si tal pensáis. Ni debe ser que se acabe en un día con la flor de Ara-

gón, ni puede ser que se consiga eso. ¿Con qué medios contáis para acometer tal empresa? ¿Dónde están las gentes que han de segueros? ¿Dónde las armas? ¿Dónde los capitanes?

Aznar le miró entonces fijamente, y con entera voz le dijo:

—Buen escudero, yo defendiendo á mi Rey, y sé cómo debo defenderlo; cuidad vos de defender á vuestro Conde y de lo que convenga á su servicio. Yo, acabando en un día con estos soberbios ricos-hombres, hago libre á Aragón y libre al trono. Pues que el Conde de Barcelona viene á ocupar este trono y á reinar en Aragón, ved vos si os conviene impedirlo. Sin estas muertes que deploráis, ni D. Berenguer dejará de ser Conde, ni Aragón y Cataluña se verán unidos jamás.

El almogábar discurría como el mejor político de su tiempo; sus palabras, rudas en la forma, estaban llenas de inteligencia, de verdad. Fivallé sintió suspensa su razón. Pero no bastaba; era preciso que se convenciese también su corazón acobardado por la magnitud de la empresa.

—Todo ello será cierto—respondió.—Y no parece, al oíros, sino que anduvisteis en

cortes de Reyes antes que en riscos y cuevas de la montaña. Pero es imposible, sin embargo, que lo ejecutemos nosotros solos.

—Si acaso no lo conseguimos, á bien que nosotros cumpliremos con dejar nuestras vidas en el trance.

—Con todo, con todo—murmuró el rey de armas, más temeroso de parecer cobarde, que decidido á dejar pronto la vida.

—Apresurémonos, que es tarde—dijo á la sazón Gaufrido.

—Hermano—respondió Aznar; — ¿quién son los que van apuntados hasta ahora?

El lego leyó:

—Miguel de Azlor, Gil de Atrosillo, Pedro de Vergues, García de Vidaura, Férriz de Lizana, Roldán.

—Pedro de Luesia—continuó Aznar.

—¡El Arzobispo!—exclamó ya el monje, tan indiferente hasta entonces.—¡El Arzobispo! No, yo no escribo eso, no puedo, no quiero escribirlo. Págame mi trabajo, y quédate con el diablo, que no con Dios, porque esto no puede ser cosa buena.

—Proseguid, buen lego, escribiendo—le contestó Aznar,—que más cuenta os ha de traer que el resistiros.

—No, en mis días—repuso Gaufrido.

—¡Que no, don lego! Pues tomad eso á cuenta de lo que os espera, y ved luego si os convendrá mediros conmigo.

Y al decir esto, descargó Aznar una puñada en el carrillo derecho del pobre Gaufrido, con tal brío, que lo derribó cuan largo era en el suelo. Alzóse el lego gimiendo, y bañada en sangre la boca.

—¡Santo Dios; me ha dejado el muy perro sin un diente sano! Hijo de Lucifer, ¿así te atreves á poner las manos en un lego de mis campanillas? He de hacer que te desuellen vivo. — Tales fueron las exclamaciones de Gaufrido.

—Aún habrá más—dijo Aznar moviendo el puño...

—No, por vida de tu madre—respondió el monje, olvidando sus vengativos propósitos.

—Me basta, me basta.

—Pues aún he de hacer que os sobre, si otra vez osáis resistir á lo que yo diga.

—No resistiré, pero no puedo con el dolor del carrillo; me lo has hecho cecina; si eres cristiano, deja que me repare un momento siquiera.

—No, no, escribid, escribid lo que ya os

dije—respondió Aznar.—Tiempo habrá para todo.

El lego volvió á sentarse, y puso temblando: «Pedro de Luesia.»

Y en seguida Aznar dictó otros y otros, hasta quince, de los mejores ricos-hombres del reino, aquellos que, como sabemos, ejercían entonces el gobierno de las cosas públicas.

No bien se hubo acabado la tarea, Aznar cogió el pergamino y le dijo á Fivallé:

—Leed esto, no sea que el don leguillo nos haya engañado. Y vos, Gaufrido, venid acá: los sueldos se os darán colmados, pero no será hasta mañana. Por esta noche habéis de quedar encerrado aquí abajo, porque no conviene que hombre que sabe lo que vos, salga esta noche á la calle.

—¿Eso más?—exclamó el lego.—Déjame ir, que ya se me hace tarde para volver á mi convento; déjame ir, y te perdono los sueldos que me debes, con ser tanta la necesidad en que nos hallamos yo y el convento.

—No permita Dios, Gaufrido, que yo os quite el fruto de vuestro trabajo. Pasad acá abajo la noche, y amanecerá Dios, y medraréis, y medraremos todos.

Y cogiéndole de un brazo Aznar, no bien dijo esto, lo arrastró á un zaquizami muy oscuro, lleno de polvo y de muebles rotos, y cerró cuidadosamente la puerta, sin que el lego osara más oponer resistencia. Vuelto á la sala, preguntó á Pedro de Fivallé:

—¿Está bien puesto cuanto le hemos dictado?

—Bien puesto está—respondió el otro.

—Ea, pues, seguidme si bien os place, Fivallé: os aseguro que hemos de salir triunfantes en esta empresa.

—Pero, Aznar, ¿estáis loco? Mientras más pienso en ello, más me confundo—respondió el rey de armas.—Paréceme—dijo—que os andáis en burlas, porque lo que es en sana razón, nadie es capaz de imaginar lo que imagináis.

—¿Y en esas estáis todavía?—contestó Aznar.—Vive el cielo que no he de contar con vos para nada: quedaos, Fivallé, puesto que tanto miedo os asiste; quedaos, y servid á vuestro señor con cobardes palabras, que yo con las armas he de servir ahora al vuestro y al mío.

—¿Me insultáis? Por la Virgen del Mar, que he de probaros que hay valor en mí de so-

bra, y que si no os sigo á esa empresa, es porque en ella no os asiste la menor cordura. Aquí mismo ha de ser: en este aposento.

Y el ultrajado rey de armas, lleno el rostro de vergüenza y de cólera los ojos, desnudó la espada.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato. Dos ó tres veces, así como á su pesar, llevó la mano al astil de uno de sus dardos, mas volvió á retirarla al punto.

—¿No os atrevéis?—dijo Fivallé, alentado con aquel silencio, y queriendo devolver al almogábar la afrenta que le había hecho.

—No, no me atrevo, buen Fivallé—contestó el almogábar con aparente calma.

Y en tanto sus ojos saltaban dentro de sus órbitas, estremecíanse sus rodillas y sus brazos, y su voz temblaba.

Nunca el almogábar había hecho tanto sobre sí mismo; nunca había reprimido de tal suerte sus sentimientos.

—No hablarais mal—repuso Fivallé—y os ahorraríais esto de que yo tuviera que mostraros quién soy.

Dijo tal con tono desdeñoso y vano, como de persona que muestra moderación en la victoria; aunque, á decir verdad, no estuviese

muy descontento en su interior de hallar al almogábar tan tímido.

Este, al oírlo ahora, lanzó un rugido de cólera; toda su sangre se le agolpó á la cabeza.

—¡Oh! no puede ser...—exclamó.—D. Ramiro... Lizana... lo perderíamos quizás todo... ¡paciencia!

Y sin decir más que estas palabras entrecortadas, se salió de la estancia corriendo, y en un vuelo se puso en la calle.

Allí, junto á la puerta de la casa, se encontró con Yussuf y Assaleh, que dormían á pierna suelta sobre el polvo de las no empedradas calles.

—Yussuf, Assaleh — dijo, acompañando con un puntapié cada una de estas exclamaciones;—seguidme.

—No le sigáis—gritó desde el balcón Fivallé.

Pero los siniestros africanos se levantaron y echaron á andar detrás del almogábar. No entendían apenas las lenguas de los cristianos, y siguieron á Aznar, porque en sus gestos y movimiento del brazo le conocieron la voluntad de que se fuesen con él, que no porque de sus palabras la hubiesen deducido.

Por eso, ni entendieron ni obedecieron al rey de armas. Parece que á la manera de ciertos animales domésticos, entendían sólo por la costumbre de oír sus mandatos á su amo el Conde de Barcelona.





CAPÍTULO XXVI

Que Aznar no dejaba de acudir á las citas
de amor

Aún la media noche
no era llegada,
ya subía Hernando
por una escala.

Y entra muy feroz
por la ventana
un arnés vestido
y espada sacada.

—Caballeros malos,
¿qué hacéis aquí?

CANCIONERO.



AZNAR tomó el camino de la *Mislei-*
da, colocándose á la parte de
Oriente de la plaza donde esta-
ba situada. Los gallos de la ve-
cindad cantaron la media noche; un instante
después llegó Fortuñón con algunos almogá-

bares, y luego, unos tras otros, fueron apareciendo los demás.

—¿Fortuñón?—dijo Aznar.

—El mismo—respondió éste.—¿Tienes el pergamino que me dijiste? Porque conmigo traigo una linterna, á cuya luz podré muy bien leerlo.

—Prevenido y receloso eres, por vida mía.

—No en balde pasan años, y se padecen trabajos y se ven reinar Reyes.

Aznar sacó de la faltriquera el pergamino que acababa de escribir Gaufrido, y lo puso en manos de Fortuñón. Este dió una vuelta á su linterna: la luz escondida hasta allí apareció de pronto, y se puso á leer el pergamino, muy lentamente sin duda, porque tardó largo rato en separar de él los ojos.

—¿Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero?—dijo Aznar al cabo de un rato.

—Mira que el tiempo se pasa.

—Sí acabé—respondió Fortuñón;—mas cosas son estas, que no deben leerse una vez sola.—Y de nuevo dió comienzo á su tarea.

Aznar dió una patada en el suelo: su cólera iba á estallar, pero se detuvo instantáneamente: á pique estuvo una vez más de echarlo todo á perder en aquel trance.

Mas el tiempo corría, Aznar contenía ya, muy á duras penas, su impaciencia, y Fortuñón en tanto, seguía leyendo tranquilamente.

—¿No acabarás?—le dijo Aznar al fin.

—Acabé por segunda vez—respondió Fortuñón,—y veo que el escrito está bien, y tal como pienso que debe estar; de suerte, que no habrá más, sino hacer lo que tú ordenas.

—Pues vamos en nombre de Dios—dijo Aznar.

—Deja, deja—replicó el viejo almogábar—que le dé al escrito el último repaso.

Y tornó á la tarea.

De cuantas empresas había llevado á cabo Aznar, ninguna le había costado tanto trabajo como ésta de contener la ira que, contra Fortuñón, le rebosaba en el ánimo, si exceptuamos aquella de negarse al reto que Fivallé le dirigiera momentos antes. Ahora acabó de agotar su paciencia; pero calló y aguardó, tranquilo al parecer, á que se terminase la tercera lectura.

—¡Si vieras—dijo luego Fortuñón—la dificultad que me cuesta entender una endiablada abreviatura que hay! No puedo con ella apesar de los muchos y buenos cachetes

que me costó el que me enseñasen á leer los reverendos padres de Jaca.

—¡Por los santos del cielo!—prorrumpió ya Aznar.—Acaba, Fortuñón, acaba, ó harás que carguen conmigo todos los diablos.

—¡Siempre con tus impaciencias, muchachol—respondió el otro devolviéndole el pergamino y cerrando la linterna.—Quédome sin entender esa abreviatura, y lo siento á fe mía, porque pudiera ser que en ella se contuviese alguna cosa en contrario de lo que rezan las demás letras.

—¡Satanás confunda al abreviador y la abreviatura!

—No jures tanto, hijo, mira que faltas con ello al respeto y autoridad de mis años.

—¿Vamos?

—Vamos—respondió Fortuñón.—Pero á todo esto no hemos caído en lo principal ¿qué vamos á hacer? ¿De qué manera han de cumplirse nuestros propósitos, digo, los propósitos del Rey?

—Iremos—respondió Aznar—á los alojamientos de los ricos-hombres; yo sé ya de algunos, tú sabrás de muchos, y entre unos y otros lograremos dar con todos. No hay más que romper las puertas, ó asaltar las ventanas,

y pasar luego á hierro á cuantos hallemos.

—Aznar—contestó Fortuñón,—Aznar, no pasemos de aquí sin inventar otro mejor plan, porque ese es de todo punto impracticable. He ahí de lo que sirve el ser viejo: he ahí de lo que vale el conocer á los ricos-hombres desde los tiempos gloriosos en que se dió aquella batalla famosa del Alcoraz, y haber visto esta ciudad de Huesca desde que se ganó. No puede ser eso así, no puede ser.

—Callaras lo del Alcoraz, que es la milésima vez que me lo dices en la vida, ó dieras algún mejor consejo, y fueran cosas ambas más dignas que eso de agradecimiento—respondió el joven almogábar.

—Cada casa de rico-hombre es un castillo—continuó Fortuñón, sin curarse de la reconvección de su compañero:—en cada una de ellas hay siempre bastante número de hombres armados para acabar con nosotros. Y en cuanto á lo de romper las puertas y escalar las ventanas, ¿sabes lo que te dices, Aznar? Unas y otras están forradas de planchas de hierro, y aun hay puerta defendida con su foso y puente levadizo y su torre como la de cualquier fortaleza.

—Será preciso, pues—replicó Aznar,—que

quebrantemos esas planchas de hierro y ce-
guemos esos fosos, y acabemos con esos hom-
bres armados, aunque tan capaces sean, se-
gún dices, de acabar con nosotros.

—Bueno es eso para hablado; pero de ahí
á ejecutarlo, no deja de haber su distancia.
Dígame, Aznar, que lo que tú propones es de
ejecución imposible.

—¿Sabes de algún mejor consejo?—pre-
guntó secamente Aznar.

—No.

—Pues marchemos á casa de Lizana, que
debe caer el primero de todos—repuso el
joven almogábar; y echó á andar adelante.

Habrían andado poco más de cincuenta
pasos, cuando Fortuñón se paró de repente.

—Aznar, Aznar—dijo,—una cosa se me
ha ocurrido ya mejor que la que tú propones;
para, para, y la oirás.

Paró, con efecto, Aznar, y puso oído á sus
palabras.

Fortuñón continuó:

—Lo mejor será que aguardemos á ma-
ñana...

—¡El diablo te confunda!—exclamó Aznar.

—¿Para eso me hiciste detener el paso?

—Oye, Aznar, hijo mío—repuso Fortuñón:

—mira que es bueno el consejo, óyelo todo y decidirás luego.

—Dílo por tu vida, y acabemos.

—El asaltar en sus casas á los ricos-hombres, ya te he dicho que es difícil, muy difícil, casi imposible para nosotros.

—Prosigue.

—Pues para hacer más fácil el asalto, páreceme á mí que debiéramos aguardar á mañana...

—¡Ira de Dios!

—Paso, paso, hijo mío; dígame que es bueno el consejo, y que no has de condenarlo sin oírle antes todo entero de mis labios. Pues como te decía, lo mejor será aguardar á mañana y acudir al Alcázar, ¿lo entiendes?... Al Alcázar, donde se reúnen de diario los principales de los ricos-hombres del reino á disponer y concertar las cosas. No cabe duda en que se reúnen, porque los han visto mis propios ojos, así como vieron tan grandes hazañas, así como han de comer la tierra antes de mucho, según es de larga mi edad.

Aznar, sin parar mientes en lo demás de la retahíla, se fijó con mucha atención en las primeras palabras; parecióle que el viejo al

mogábar podía tener razón, y con tono más afable que de ordinario, le dijo:

—¿Conque es decir que tú te decidirías á acometer en medio del día á los ricos-hombres dentro de los salones del Alcázar, para acabar con ellos de un golpe?

—Yo... yo... sí, puesto que el Rey lo manda, según reza ese pergamino que tú traes, y á no ser que haya leído mal ó la abreviatura que te digo...

—Tate, tate; que eso bien averiguado está ya: no vengas á levantarme nuevas dificultades, y á quemarme la sangre con nuevas retahilas de palabras.

—Es que, para cosas tales, todo cuidado es poco, Aznar, hijo mío.

—Por eso mismo estoy por aceptar el consejo que tú me das ahora; paréceme más seguro el golpe hallándolos á todos reunidos en el Alcázar, que no en sus casas, y como es poco todo cuidado, según tú dices...

—Es que yo...

—Silencio, Fortuñón, silencio, y no hablemos más en ello: los asaltaremos en el Alcázar. Pero eso de aguardar á mañana... ¿No tendrán sospechas de estos almogábares? ¿Y no temes tú que estén mejor guardadas para

nosotros las puertas del Alcázar, que no las de sus propias casas.

—Eso es cierto—replicó Fortuñón,—porque así como así, no es mucho lo que confían en nosotros, y ya he visto yo algunos pícaros de escuderos que han venido á espiar-nos los días anteriores. Muy bien que saben ellos que no pueden contar con los almogá-bares; y si nos han dejado aquí, no ha sido sino por miedo de que fuera hiciésemos mayor daño. Soy tan viejo como otro cualquiera, y no pueden escapárseme estas agudezas.

—Pues, entonces, ¿qué nos haremos?—preguntó Aznar, titubeando entre varios pensamientos.

—La dificultad está en entrar dentro del Alcázar.

—¡Ah! Pues, entraremos, entraremos, Fortuñón. ¡Que no se me hubiera ocurrido antes! Sígueme y apresura el paso, no se nos haga tarde, que ya es pasada, rato há, la media noche, según leo claramente en las estrellas. Y cierto que sería gran desdicha que hubiésemos perdido tal ocasión. ¡Oh, con tantas dificultades y entorpecimientos como me ponéis todos, tengo la cabeza perdida! Yo no me he visto en ninguna cosa tan enmaraña-

da como esta; y Dios quiera que no me vea en otra. Las cosas quiero yo hacerlas solo, yo solo; sin este lidiar de palabras que tanto me enfada, y este continuo disputar que me abate el ánimo, y me enflaquece las fuerzas.

El almogábar había dado suelta por un instante á los sentimientos que á la sazón lo agitaban: aquel hombre no era para coordinar, era para obrar: no tenía instintos de conjurado, sino de guerrero. Y habría sin duda preferido vencer dobles peligros, que no tener que urdir aquella que para él era tan difícil trama.

Muy cerca debía de estar ya del logro de sus deseos, muy luminoso debió de ser su último pensamiento, porque en su rostro brillaba el regocijo. Regocijo siniestro en verdad, pero sincero, completo.

Y en tanto caminaba á largo paso, seguido de los otros almogábares; y á medida que pasaban los instantes, más apresuraban ellos el andar, hasta que llegaron todos al Alcázar, por la parte que miraba hacia el río, debajo del torreón ochavado.

De lo alto de éste colgaba una escala de cuerda: Aznar, al verla, lanzó una exclamación de júbilo.

—Fortuñón, triunfamos—dijo:—ahora entraremos en el Alcázar, y mañana la justicia del Rey se habrá cumplido.

Y diciendo esto, cogió la escala y empezó á subir el primero. Iria á la mitad, cuando gritó á Fortuñón que se disponía á seguirle:

—¿Tienes reunidos á todos los compañeros?

—Sí tengo—respondió Fortuñón;—y ahora vendrán los que faltan, que quedaron un tanto á la zaga para asegurar nuestra marcha.

—¿Son cincuenta?

—Cincuenta y uno.

—Pues adelante y Dios nos ayude.

Siguió montando la escala Aznar, y detrás de él subieron los dos esclavos negros. Luego, uno tras otro, se fueron encaramando todos los almogábares, silenciosos, indiferentes, sin preguntar á dónde iban, ni qué iban á hacer en el Alcázar. Confiaban mucho en Fortuñón, por ser el más viejo, y bastante ya en Aznar, por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecía de su persona. Y con que ellos les dijesen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los

riesgos, sabido es que nunca tal gente los midió, y que no necesitaba de más cebo y aliento para menear las manos, sino saber que habían de hartarse de sangre.





CAPÍTULO XXVII

Que Aznar Garcés, con ser tan rudo, sabía fundir
campanas de muy gran sonido

Despreciadores de la vida propia, y así señores despiadados de las ajenas... Complaciéndose en herir ó matar.

(Fragmentos de una historia de la infantería española, por el Solitario.)



AZNAR, Aznar, ¿eres tú?—preguntó Castana desde lo alto.

—Yo soy, mi amor—le respondió éste, poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. Cuánto has tardado. Pero ¡Dios mío! ¿Qué es eso, Aznar? ¿No vienes solo?

—Escucha, Castana—dijo Aznar.—La salvación de la Reina, y la tuya, y la mía propia, dependen de tu discreción en este trance. Son amigos nuestros: no temas nada.

En esto saltó uno, y luego otro, y otro de sus compañeros dentro de la azotea.

—¿Qué piensas hacer?—repuso Castana temblando.

—Castana, por mi amor que no temas, que todo será para bien nuestro; ¿no hay algún sitio en esta torre donde pudiéramos pasar la noche sin ser vistos?

—No lo hay, Aznar.

—¿Ninguno?

—Como no sea allá abajo en el gran patio; pero es habitación muy estrecha y húmeda: parece una mazmorra, y hay quien dice que de allí salen duendes y vestiglos, de puro horrenda que es.

—Cabalmente eso es lo que necesitamos, Castana: guáanos allá, y sea sin que lo sienta la tierra.

Castana cogió una pequeña lámpara que había dejado colgada en una almena, y comenzó á bajar las angostas escaleras de caracol por donde se comunicaba la torre con los pisos bajos. Al cabo de un cuarto de hora

de bajar y andar se encontraron junto á una ancha puerta cubierta con planchas de hierro.

—¿Llegamos ya?—dijo Aznar.

—No por cierto—respondió Castana:—antes conviene que no hagáis ruido tú y tus compañeros, porque esta puerta da al campo, y aunque está cerrada por lo que dicen, desde el tiempo de los moros, bien pudiera ser que anduviese cerca alguna ronda ó atalaya.

—¿Una puerta?—dijo Aznar reflexionando un momento.—Y ¿dices que da al campo, muchacha?

—Lo que oyes—respondió Castana,—y el estar siempre cerrada es, según dicen, porque fué por ella por donde entraron los cristianos la vez primera; y el Rey de entonces, que se llamaba D. Sancho, D. Pedro, ó no sé cómo, no quiso que usase de tal entrada quien no lo mereciese tanto como él y los suyos.

—Tanto ó más han de merecer los que mañana entren por ella, Castana—respondió el almogábar.—¡Una puerta! ¡Una puerta! Foso habrá; pero no será difícil cegarlo.

—Foso hay; pero para pasarlo hay una puente todavía entera, que sirvió también, sin duda, en el tiempo de los moros.

—¡Eso más!—dijo Aznar.—Castana, maña-

na se me depara un buen día: tal, que he de dejar contento y satisfecho al Rey, y al reino, y á mí propio.

En esto llegaron al aposento que antes Castana había descrito.

Y en verdad que no pecaba de exagerada su descripción. Dos arcos apuntados, cruzándose en el centro, componían la bóveda del techo, y del punto donde los dos arcos se juntaban, colgaba un garfio de hierro. La bóveda y las paredes eran de grandísimos sillares, mal asentados los unos sobre los otros, por manera que los unos parecían próximos á soltar de por sí la carga, y los otros prontos á rendirse al menor esfuerzo. Y sin embargo, hoy los halla el viajero lo mismo que entonces estaban. El suelo no tenía abrigo alguno, y la arena que lo formaba estaba tan húmeda, que de intento parecía mojada. Tres solas ventanas se contaban allí, y esas abiertas como nuestras modernas aspilleras, de modo que, comenzando por ser anchas hacia la parte de adentro, no mostraban por de fuera sino una línea, una cinta, el espacio indispensable para que se distinguiera la claridad en medio del día. Aznar, al ver este sitio tan lúgubre, soltó una carcajada feroz.

—Mal aposento les preparamos—dijo luego en voz alta.

—¡Aznar!—exclamó Castana;—no pases tú, por Dios, la noche aquí: es un lugar enfermizo, espantoso.

—Sosiégate, Castana—replicó Aznar:—ya te he dicho que todo esto es para nuestro bien, y que mañana saldremos de cuidados. ¿Duerme alguno de los ricos-hombres en el Alcázar?

—No duerme aquí ninguno de ellos—respondió Castana.

—Y ¿á qué hora acuden á celebrar sus concilios, ó cabildos, ó juntas, ó como se llamen?

—A cosa de las doce.

—Bien está, Castana. Hasta la una no avisará los muros el Rey: hay tiempo para todo. Dinos ahora antes de retirarte si está muy apartada de este lugar la sala á donde se reúnen.

—No, aquí mismo—repuso Castana.—Sal por la puerta, y en lugar de tomar la escalera de la derecha que es por donde hemos bajado nosotros, toma la de la izquierda, y á los pocos escalones te hallarás en el magnífico salón donde antes resplandecían nuestros Reyes, y ahora imperan y se ostentan las per-

sonas de esos ricos-hombres que Dios maldiga.

—Malditos están ya sus cuerpos, Castana, y bien puedes rogar, si eres misericordiosa, por sus almas. Mas ya es tiempo de que te retires, y nos dejes aquí á cumplir con lo que el Rey nos tiene mandado.

Castana se dirigió á la puerta, y al pasar por junto á Aznar, le dijo con triste acento:

—¡Y yo que había creído pasar la noche en pláticas contigo! ¿Por qué me engañaste, Aznar? Después de tanto tiempo, y más cuando la última noche que nos vimos, tampoco logré hablarte...

—Así Dios me ayude, Castana—repuso interrumpiéndola el almogábar,—como imaginado no tenía que para tal cosa sirviese nuestra cita. Yo no pensaba sino en verte y gozar á tu lado las alegrías de amante; pero después que te hablé, vinieron de suerte los sucesos, que fué menester aprovecharme de esta coyuntura para mayores cosas.

—¡Ingrato!—exclamó Castana.

—¡Ingrato! Júrote, Castana, que en cuanto el Rey quede victorioso y se apacigüen estas turbulencias que me traen hecha áscuas la cabeza, me he de casar contigo, si es que quieres seguirme á la montaña.

Castana se sonrió y miró á Aznar con dulzura. Y saliendo del aposento, subió precipitadamente á su cuarto, por temor de verse acometida al paso de las sombras encantadas que, al decir de todos, solían vagar durante las noches por el Alzázar.

Y cuenta la crónica que la pobre, aun viendo tan engañadas sus esperanzas en la cita, no pudo pegar los ojos en toda la noche de puro regocijo; y que no paró mientes, ni por un momento siquiera, en los propósitos de Aznar y sus compañeros, ni se puso á considerar si habría hecho bien ó mal en esconderlos debajo de la torre.

Con la nueva promesa de matrimonio, juntaba ella la promesa que ya tenía de la Reina, de que la heredaría de manera que dichosamente pudiera pasar sus días con su esposo; y sin cesar revolvía en su cabeza ilusiones, y esperanzas, y venturas. ¡Dichosa Castana! ¿Qué Emperatriz ni qué Reina pudiera compararse con ella en tales momentos? ¿Qué estado ni qué riquezas, ni qué esplendor han de brindar con más felicidad que aquella que daban á Castana un amor correspondido, y modestos y posibles deseos?

¡Ahl ¡y qué bien se cambiara por Castana la Reina D.^a Inés misma!

Ella tampoco dormía; pero no era de dichosa, por cierto, sino de infeliz. Porque había pasado ya el primer impulso de júbilo que le causó la nueva de la vuelta de su esposo. Y su situación era tan singular, que apenas podía decirse cuándo debiera más padecer, si al estar su esposo ausente, ó al estar presente: si al ver que se dificultaban los deseos de D. Ramiro, ó al ver que finalmente los ponía por obra.

El triunfo de los grandes era la humillación, era la desesperación de su esposo querido: el triunfo de éste era su propia desesperación y su humillación propia. Mientras don Ramiro estuvo fuera, deseó su vuelta, y al saber que estaba cerca, la temió. Porque ¿á qué volvía D. Ramiro sino á abandonarla definitivamente? ¿Por qué peleaba D. Ramiro sino por divorciarse de ella? Y si no volvía, ¿cómo había de recobrar por otra parte á su hija? ¿Cómo había de soportar la afrenta de su marido? ¡Pobre Reinal! ¡Pobre mujer!

Así pasaron la noche, como siempre, á pocos pasos de distancia una de otra, la Reina D.^a Inés y su doncella Castana.

No bien amaneció, se levantaron entrambas.

—¿Oíste por azar á qué hora se espera que llegue ante la ciudad el Rey?—dijo D.^a Inés.

—A cosa de la una—respondió Castana, recordando confusamente lo que había oído la noche anterior. Representósele luego toda la escena, y no pudo evitar que se le demudase el rostro.

D.^a Inés no lo notó, y lentamente comenzó á hacer su tocado, con ayuda, cual siempre, de Castana.

Tocado, no tan espléndido ya como aquel que hacían juntas la tarde que precedió al triste sarao de que dimos cuenta á nuestros lectores en el comienzo de este relato. Mas sin embargo, ó miente el cronista, ó D.^a Inés tuvo más cuenta con su tocado este día que no los otros anteriores. ¿Quería intentar el último esfuerzo? ¿Conservaría en su corazón la esperanza de seducir de nuevo el alma de su esposo?

El respeto religioso que le había inspirado la resolución de éste, parece desmentirlo de todo punto; pero ¿quién sabe? Ello es que D.^a Inés se esmeró, y que halló medio de parecer bella todavía: bella, cuando su tez esta-

ba marchita, decaído su color, apagados sus ojos; cuando el llanto continuo y la continua pena se habían empleado por más de dos años en destruir sus encantos.

¡Oh, la decadencia de las mujeres bellas tiene un mérito singular para las almas sensibles! Es el hechizo del otoño con sus celajes rojizos y sus hojas secas que el viento va dejando caer una por una. Nunca es acaso la mujer tan bella, como cuando está ya á punto de no serlo.

Llegó el sol al mediodía en los relojes pintados en las torres del Alcázar, y D.^a Inés sintió latir su corazón fuertemente; faltaba poco, según Aznar la había dicho, para que estuviese en Huesca su esposo. Verdad es que temía aún que los ricos-hombres le cerrasen las puertas; que tuviese que combatir para abrirlas. Pero acaso porque era más su miedo al triunfo que á la derrota, por el momento no pensaba en ésta, y daba aquél como indudable. No se acordaba ya del poder, ni de las armas de los ricos-hombres; no pensaba más sino en que había llegado la ocasión de separarse de su esposo, y separarse para siempre. El dolor ahogaba su corazón; sus ojos no podían ya guardar el secreto de las

lágrimas, y alguna que otra gruesa y trasparente rodaba con lentitud por sus mejillas. Ni siquiera se acordaba en aquel punto de Castana, y preocupada y sola fué á colocarse en una ventana de la torre, que daba frente á la puerta principal del Alcázar.

Había allí apostados unos cuantos almogábares de tan feroz catadura como todos los de su laya, entretenidos en afilar contra las piedras del muro las puntas de sus dardos, que en verdad no lo necesitaban; pero D.^a Inés no hizo alto en ello, porque ya los había visto en diversas partes, lo mismo recorriendo los caminos, que guarneciendo ciudades y fortalezas. Además, que después de conocer á Aznar, y de medir su gran valor y fidelidad, había también desaparecido de ella el horror que le inspiraban, y aun comenzaba á mirarlos á todos como amigos.

A poco de estar allí asomada, vió llegar á Gil de Atrosillo y á Lizana, muy presurosos, entretenidos en ardiente conversación, de tal suerte, que no pusieron los ojos siquiera en los almogábares.

—Ya lo dejo todo dispuesto—decía Lizana;—y por mi fe, que si tan cerca están como se cuenta, pronto sabrán que corre aún

por nuestras venas la sangre de los guerreros del monte Pano. Juremos, Atrosillo, como juraron allí nuestros padres, perder la vida antes que consentir que los tiranos nos arranquen nuestros fueros santos.

—¿Y no os parece — repuso Atrosillo — que deberíamos haber salido á pelear á campo abierto? ¿No será mengua de nuestro honor defendernos detrás de estos muros inexpugnables?

—Soy más viejo que vos, Atrosillo, y no extrañaréis que me tenga también por más prudente. Muy bueno que sería eso, si á campo raso no pudiera aplastarnos su muchedumbre. Pero siendo tantos, como dicen que son, mejor es que detrás de estos muros demos tiempo á que se disminuyan sus fuerzas, y se reúnan todas las nuestras, y podamos elegir el día y la hora de la batalla, saliendo cuando nos convenga, al campo. No intentarán el asalto; pero si á tanto llegase su locura, al primer sonido de la trompeta, acudirémos al muro, y daremos ración de carne á los cuervos para muchas semanas. Por Jesucristo vivo, que han de aprender á su costa esos mercaderes catalanes lo que es el pendón de Lizana.

Llegaron en esto al pie de la escalera principal, desde donde se descubrían muy bien la puerta y los almogábares, y Gil de Atrosillo dijo á Lizana:

—¡Qué veol! Por las barbas de mi abuelo, Lizana, que aquellos que allí están son almogábares, y no lo había reparado hasta ahora. ¿Quién ha encomendado á esos miserables la guarda del Alcázar?

—Peor sería—dijo Lizana—que estuvieran en las torres ó en las puertas de la ciudad. En punto están donde no pueden hacer mal alguno, ni abrir un rastrillo, ni echar una escala; y con que los muros exteriores del Alcázar estén llenos de gente nuestra, basta para el seguro que necesitamos. Ya dije otra vez delante de vos que no conviene irritarlos ahora: tiempo llegará de que, á nuestro sabor, exterminemos su casta maldita... Sin duda dispuso esto así Roldán, á quien ayer dejé encomendado que cuidase de la guarda del Alcázar.—¡Triste sagacidad humana! Aquel viejo político, que tan lejos veía venir las cosas, no las reconocía luego cuando las tocaba ya quizás con sus propias manos.

¿Quién se fiará más de la previsión de ningún político, aunque sea viejo y sabio, si

ahora le jugasen los almogábares alguna mala pasada á los señores?

Tras de aquella conversación breve, Lizana con sereno semblante, Atrosillo con aire de no ir satisfecho todavía, desaparecieron en las revueltas de la escalera que caía debajo del aposento en donde estaba la Reina; y un instante después, se sintió un espantoso ruido.

—¡A mí, villanos! ¿No me conocéis?—exclamaba uno. Y era sin duda voz de Ferriz de Lizana.

Sintióse también otra voz que parecía de Gil de Atrosillo, la cual gritaba ó hablaba muy alto; pero no pudo entenderse lo que decía. Hubo fragor de armas y voces sordas, y luego no se oyó más rumor alguno.

La Reina, que no podía dudar de quién eran las voces, quedó aterrada, inmóvil, sin osar apartarse del alfeizar de la ventana.

Pasados algunos momentos, entró Roldán.

—¿Qué hacéis aquí, almogábares?—preguntó más con desprecio que cólera á los que guardaban la puerta.

Mas ellos no contestaron.

—¿Qué hacéis, digo, cuando debiera de custodiar esta puerta mi buena mesnada?—

tornó á preguntarles con voz ya alterada y fiera.

Nadie le contestó tampoco; pero cuatro de los almogábares saltaron instantáneamente sobre el caballero: el uno le puso la mano en la espada, el otro le tapó la boca con un pedazo de malla, y alzándole á un tiempo en alto comenzaron á subir con él las escaleras. Momentos después bajaron como si tal cosa, como si nada hubiera acontecido. La Reina, agitada con sus sentimientos contradictorios, con la conversación de Lizana y Atrosillo, y con los siniestros sonidos que había escuchado después, estaba ya aterrada; y esta escena de Roldán llevó al último punto su espanto.

Y en seguida vió llegar unos tras otros á los principales señores de la corte: muchos no repararon en los almogábares: otros los miraron con extrañeza; pero no dijeron palabra. Y cada vez que subía alguno, se oía el mismo estruendo que la vez primera.

—¡Traidores!—decía este.

—¡Villanos!—clamaba otro.

Y luego se sentían sordas voces y algunos gemidos; y poco después, nada, nada absolutamente.

—¡Castanal ¡Castanal!—gritó D.^a Inés qui-

tándose de la ventana, y al cabo de un rato que vió que más no subían, ni se sentía rumor ninguno.

Castana acudió al punto alegre, lozana, más linda y más graciosa que nunca. Pero al ver á D.^a Inés desencajada y llena de espanto, desapareció de su rostro toda muestra de alegría, y exclamó:

—¿Qué tenéis, señora mía? ¿Qué sucede?

—Castana—dijo la Reina;—aquí debajo de nosotros están pasando horribles escenas: he sentido el son del hierro contra el hierro, y he oído muchos ayes de moribundos.

—¡Ay!—prorrumpió Castana, recordando que abajo estaban con Aznar otros muchos almogábares, y las palabras vagas, siniestras de la noche anterior.—¿Conque ha habido lid? ¿Conque ha habido moribundos ó muertos? Dios tenga piedad de Aznar, señora.

—¡De Aznar! ¿Qué dices, Castana?

Y la pobre doncella, bañada en llanto, contó á su señora cuanto había hecho, y visto y oído.

—¡Han asesinado, pues, á los ricos-hombres!—exclamó la Reina, con tanto horror como asombro.

—¿Creéis que habrán sido ellos los muer-

tos? ¿Estáis segura de que no habrá perecido Aznar?—dijo sencillamente Castana.

—Bien decía yo—continuó la Reina sin prestarla atención, y sin pensar ya en sus propios agravios—que esos almogábares son de raza de lobos: ¡han asesinado, Dios se los perdone, soberbios y todo, á los mejores varones de Aragón!

Pero al propio tiempo se oyó ya lejano ruido de trompetas y clarines, y confuso estruendo y vocería. Por la puerta misma del Alcázar entró un soldado de las mesnadas corriendo á más correr, y gritando:

—Alarma, alarma, estamos perdidos; ¿no hay quién defienda la puerta cerrada del Alcázar que da al campo? Por allí están entrando los almogábares en la ciudad. Bien podéis verlo desde el muro.

Al punto los almogábares quisieron apoderarse de su persona; pero el fugitivo, mudando de camino al verlos venir hacia él, volvió á salirse á la calle gritando. Y, aunque ellos le dispararon algunos dardos, no debieron acertarle, porque volvieron á recogerse pronto en el patio, no sin algunos votos é imprecaciones.

El estruendo y las voces en el ínterin se

fueron poco á poco acercando; y luego el concertado son de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos, llegó ya á los oídos de D.^a Inés y de Castana.

—¡Viva el Rey D. Ramiro!—clamaba la muchedumbre.

D.^a Inés cayó desfallecida, sin poder más sufrir en su corazón tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente: ni una ni otra hablaron palabra por muy largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose, hasta inundar con su eco inmenso el Alcázar; sonaron dentro del mismo patio los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban. No era posible dudar más; oíase la voz misma del Rey, que venía entonando el *Te-Deum* muy devotamente.

D.^a Inés no pudo contenerse más entonces, y se asomó de nuevo á la ventana. El Rey D. Ramiro y el Conde de Barcelona, ricamente armados ambos, acababan con efecto ya de apearse, y comenzaban á subir las escaleras: el patio del Alcázar era un mar de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vaga-

ban, rotos y espantosos, multitud de almogábares.

—¡Qué airoso está!— exclamó, olvidada ya, al parecer, de los difuntos ricos-hombres D.^a Inés.—¡Qué bien le caen ya las armas!

Y después de dudar un momento sobre si debiera ó no bajar al patio mismo á recibir al Rey, se encaminó á esperar á sus aposentos, precipitadamente, y, como siempre, seguida de la fiel Castana.

Notábase que no entraba el gentío por la puerta principal que daba á la ciudad, sino por un pasadizo opuesto que debía comunicarse con alguna otra, acaso aquella misma de que hablaron Aznar y Castana. Debía de ser por allí mismo, por donde ya tardíamente había advertido que entraban uno de los mesnaderos, puesto sin duda de atalaya en el muro.

Y en verdad, que todos estos rápidos, y dudosos y varios sucesos son de lo menos verosímil que el muzárabe apunta en este libro; pero no por eso parece que sea menos cierto. Cualquier azar contrario, cualquier mayor previsión, cualquier más grave tropiezo, habría hecho imposible, sin duda alguna, la sorpresa del Alcázar, la prisión de los ri-

cos-hombres, la fácil entrada en aquella ciudad de tantos cubos y adarves; pero ¿cuándo empresas tales se han llevado á término de otra suerte que por mera casualidad en el mundo? Lo que hay es que, como dice un clásico, suele siempre ponerse del lado de los más audaces la fortuna.



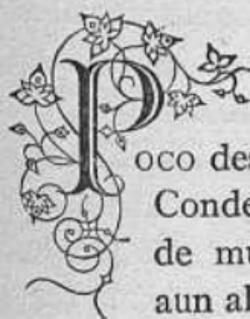


CAPÍTULO XXVIII

Donde se continúa en algo la materia del anterior, y, así como al descuido, se aclaran sucesos no bien explicados hasta ahora

Y así fué temido el monje
con el son de esta campana.

(Romance viejo.)



Poco después el Rey D. Ramiro y el Conde D. Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y aun algunos aragoneses, que habían estado esperando á juntarse con el más poderoso, llegaron al gran salón donde solían darse las regias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

—Pensé—dijo el Rey—hallarle ocupado por los ricos-hombres, y que me disputasen

desde aquí todavía el poder que heredé de mis abuelos, ya que no osaron disputarme las puertas.

—No me coge de sorpresa—dijo Berenguer. —Harto os dije antes de avistar estas torres de Huesca, lo que luego punto por punto ha acontecido. Ya os anuncié yo que los ricos-hombres, al vernos en armas, no osarían aguardar un momento, y la plebe y gente menuda, entregada á sí misma, abriría, como sin duda ha abierto las puertas, y os aplaudiría con entusiasmo. Conozco á los magnates y al vulgo, que son iguales en todas partes; sobre todo al vulgo, que aplaude siempre al que triunfa, y que si ayer os menospreciaba porque os veía humilde y bueno, hoy ha de adoraros si os ve robusto y terrible.

—Tales lecciones—respondió D. Ramiro —podéis vos aprovecharlas, que habéis de ser Rey de Aragón en adelante, porque lo que es á mí, buen Conde, pocos días me restan, por divina merced, de serlo.

El Conde hizo una afectuosa reverencia al Rey; y en aquel momento mismo abrióse cierta portezuela que había en el fondo del salón, y apareció Aznar seguido de Fortuñón y de otros almogábares.

—¡Aznar!—gritó al momento el Rey.—
¿Qué fué de los ricos-hombres? ¿Se han sali-
do de Huesca? ¿Piensan hacer resistencia en
sus castillos? ¿Huyeron cobardemente? ¿Y la
Reina? ¿Y mi hija?

—Los ricos-hombres, señor —respondió Az-
nar gravemente,—no os molestarán más en
esta vida, ni más levantarán contra vos las
cabezas.

—¿Se han allanado, Aznar?—repuso el
Rey.—¿Pues cómo no me avisaste de ello,
según lo convenido? Corred al punto y dis-
poned que nadie sea osado de tocar á uno
solo de los ricos-hombres, donde quiera que
se hallen—dijo volviéndose á los de su comi-
tiva. Luego añadió:

—Y ¿cómo no cumplistes mi encargo, Az-
nar? Creí que, allanados los ricos-hombres, lo
primero que oiría en Huesca, sería el son de
esa campana de San Pedro, que con su soni-
do me llamase á mí al monasterio, ya que á
ellos los había llamado á la sumisión y leal-
tad que me deben. Y aun ha estado en poco
que no entrase á hierro y saco en esta ciudad
fidelísima, que, lejos de ofrecerme resisten-
cia, me ha abierto esa puerta del Alcázar, y
me está colmando de bendiciones. Sobre to-

do, á tus hermanos los almogábares, que conmigo vienen, Aznar, no sé cómo he podido contenerlos. Todavía me temo que hagan algún agravio; y cierto que sería para mí nueva desdicha—añadió suspirando.

—En cuanto á lo de la campana—respondió Aznar sin levantar los ojos del suelo, pero con grande aplomo,—no habéis de echarla de menos; porque si vos no la habéis sentido, sentida será en todo Aragón, y aun en todo el mundo. Venid, señor, y veréis qué tal campana he dispuesto.

Y echó á andar hacia la portezuela que había quedado abierta. El Rey y el Conde le siguieron sin darse cuenta de aquellas extrañas palabras: bajaron algunos escalones, y se encontraron en el aposento que ya conocen nuestros lectores, allí, donde la noche anterior dejó Castana á los almogábares.

La escasa luz de mediodía que alumbraba aquella lóbrega habitación puso delante de los ojos del Rey y del Conde un inesperado y horrorosísimo espectáculo. Ambos, Rey y Conde, prorrumpieron en una exclamación terrible, no bien lo alcanzaron sus ojos. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la bóveda, mirábanse catorce ca-

bezas recién cortadas imitando en su colocación la figura de una campana: en lo interior de aquella extraña campana colgaba otra cabeza que hacía como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del Arzobispo Pedro de Luesia; las demás eran de Lizana, de Roldán, de Vidaura, de Gil de Atrosillo y del resto de los ricos-hombres rebeldes.

Debajo había una enorme piedra que debía servir de tajo para partir las gargantas; y de pie, junto á ella, se miraban dos negros de infernal catadura, con los alfanges desnudos y goteando sangre: eran Yussuf y Assaleh, los esclavos del Conde de Barcelona.

Más lejos, estaban los troncos descabezados, y llenos de heridas algunos: entre los cuales se veían los cadáveres de no pocos almogábares que debieron sucumbir en lid, porque estaban también acribillados de heridas.

D. Ramiro y D. Belenguer, retrocedieron desde luego involutariamente; y no pudiendo sufrir por mucho tiempo la vista de aquel espectáculo, lleno el primero de horror y de miedo, con repugnante gesto el segundo, salieron de allí al punto volviéndose al salón donde antes estaban.

—¿Quién ha ejecutado estas muertes? ¿Por orden de quién se han ejecutado?—preguntó en tanto, por tres ó cuatro veces, D. Ramiro, con acento que señalaba al mismo tiempo horror y cólera.

Fortuñón, comprendiendo el engaño, maldijo de nuevo la abreviatura á que lo atribuía. Aznar se dejó caer al fin á los pies de su Rey, y le puso en las manos el pergamino, diciéndole con voz casi desfallecida:

—Aquí está esto, señor, firmado al parecer de vuestra propia mano: yo forjé falsamente tal escrito, y engañé con él á estos leales servidores vuestros: yo soy, pues, el único autor de la justicia que acabáis de ver. Mi corazón me dice que he hecho bien; que eso y no otra cosa merecían los traidores; que de ese modo y no de otro, podía servirlos. Mas si me equivoqué, castigadme; que con haber quitado tantas cabezas rebeldes y haber librado de ellas al reino, moriré yo por mi parte contento.

—Levántate, Aznar—le contestó sollozando el Rey;—levántate, y Dios te perdone como yo los nuevos remordimientos que tu mal hecho va á causarme, y el triste nombre con que he de pasar á la posteridad por tu

culpa. Y Dios quiera no dártelos á ti muy grandes, porque al cabo has cumplido aquí hoy también aquella tu negra venganza. Pero ahora recuerdo que yo principalmente tengo la culpa, por haberte dicho que fué Lizana el matador de tu hermano. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á ser de mí con tantos pecados á un tiempo?

En aquel momento apareció á la puerta Castana.

—¡Oh, Castana, Castana!—continuó sin dejar de gemir el Rey.—¿Dónde está la Reina, tu señora? ¿Dónde la Princesa, mi hija?—Y añadió, acertando apenas á hablar:—Soy más infeliz cada día, cada momento que pasa... La corona está maldita en mí... ¿Dónde, dónde se halla la Princesa?

—La Princesa está depositada en casa de Azlor—respondieron á un tiempo varias voces, sin dar tiempo á que hablase Castana.

—La Reina—dijo por su lado ésta—me envía á deciros que os aguarda en sus aposentos.

—Ea, pues—repuso sin atender ya á Castana D. Ramiro,—Aznar y todos vosotros, vos Alqueizar, y vos, y vos—y al propio tiempo señalaba á los caballeros de su comi-

tiva,—id á la casa de Azlor y traed acá á a Princesa, á fin de que la vea y reconozca su tutor y futuro esposo el Conde de Barcelona. Saludad desde ahora, aragoneses, á vuestro nuevo Rey el buen D. Berenguer y á vuestra nueva Reina D.^a Petronila.

Siguióse á estas palabras una aclamación inmensa.

El continente del Conde, marcial y generoso, prevenía en su favor, de una parte, y de otra el deseo de agradar en aquellos momentos al Rey, ponía más aliento en todos los labios.

Y ninguno imaginó que con aquel entusiasmo hacia los nuevos Reyes, insultaba á los que entonces bajaban del trono; quizás la Reina D.^a Inés, con su delicado instinto, hubiera comprendido este insulto.

Pero en tanto, las personas señaladas para traer á la Princesa de casa de Azlor, se reunieron todas alrededor del Rey, menos una: Aznar.

Ya hacía rato que Castana le buscaba con ojos inquietos entre la muchedumbre sin acertar con él.

Al ver ahora cuánto tardaba en reunirse con sus compañeros, el Rey preguntó por él

en voz alta, y nadie le respondió. Aznar se había hecho en un momento tan famoso, que su extraña ausencia excitó entre la multitud no poca curiosidad y sorpresa.

Por tres veces le llamó el Rey; mas en ninguna de ellas respondió, ni dió cuenta de su persona.

Y ¡oh facilidad prodigiosa del vulgo para forjar sucesos maravillosos! Cuando sonó la segunda pregunta del Rey, ya dice el verídico cronista que corrían por la espaciosa sala varias versiones absurdas de su desaparición, sosteniendo éstos que alados demonios lo habían arrebatado de allí mismo para llevarlo á pagar en los infiernos la muerte que había dado á los ricos-hombres; opinando aquéllos que, arrepentido y asombrado de su propio hecho, se había retirado de la concurrencia, manifestando á algunos, en confianza, que iba á consagrar al servicio de Dios lo que le quedase de vida.

Pero ni Aznar era para monje, ni el diablo se había tomado la molestia de pensar en él todavía.

La verdad era, que el almogábar se miraba reclinado en la pared al un extremo de la sala, exánime, y, al parecer, sin vida.

Castana fué quien lo descubrió primero: ¿ni quién había de descubrir al amante primero que la mujer enamorada?

La pobre muchacha no pudo contener sus sentimientos, y sin respeto á los Príncipes ni á la magnífica corte que allí estaba, se lanzó hacia el lugar donde descubrió al almogábar, gritando:

—¡Aznar! ¡Aznar!

La gente que había en el salón era tanta, que la doncella halló muchísimos obstáculos para abrirse camino.

Pero todos los ojos se fijaron en el punto hacia donde ella señalaba con las manos, y vieron á Aznar inmóvil, doblada la cabeza sobre el pecho, y apoyadas las espaldas en el muro.

El Rey, aunque tan preocupado, no tardó en advertir el caso, y no recordando en aquel momento sino los grandes servicios que le debía, se adelantó hacia él presurosamente: todos los circunstantes le abrieron fácilmente el paso.

Entonces notaron muchos de los que miraban al almogábar á un tiempo, que por debajo del grosero capuchón de malla que vestía, brotaba un torrente de sangre.

Castana se abrazó con él, exhalando profundos gemidos; el Rey mandó llamar al punto á su físico, que era un hombre atezado y de sombrío semblante, el cual, con venir vestido á la cristiana, bien aparentaba haber nacido en las márgenes del Muluya, y haber estudiado en alguna de las escuelas famosas de Fez ó de Córdoba.

El físico declaró que Aznar no estaba muerto, sino que se había desvanecido á causa de la mucha sangre que estaba perdiendo largo rato había, según las señales.

Tenía dos grandes heridas, en el pecho la una, y la otra en la cabeza, sin otros rasguños en diversas partes; su estado era verdaderamente grave, y el docto africano no se atrevió á responder de que sanase.

Al punto mandó D. Ramiro, en el colmo ya del desconsuelo, que se le trasladase á una de las mejores habitaciones del Alcázar; y dejando allí á todos sus caballeros y cortesanos, se entró por los aposentos solitarios á desahogar su corazón, más verdaderamente oprimido que nunca.

En tanto Castana, separándose también de la corte, y olvidada de toda otra cosa, siguió al herido hasta su aposento; y allí pasó lo

que quedaba de día y la noche entera, atendiendo á su respiración, á su voz, á sus más pequeños movimientos.

La pobre muchacha había forjado tales castillos en el aire, que apenas acertaba á comprender ahora cómo estuviesen á punto de desplomarse ó desvanecerse con su amor y ventura.

Mas el físico era implacable.

Cada vez que entraba á ver al herido, exclamaba, sin tener por nada en cuenta la presencia de Castana:

—Será difícil que sobreviva.

Y Castana prorrumpía en copioso llanto.

Sólo Fortuñón, el viejo Fortuñón, era quien la consolaba: aunque más de lo que de hombre como él podía esperarse, mostrábase también cuidadoso y afligido por su parte.

De cuando en cuando Castana y Fortuñón se apartaban del lecho, y en un rincón del aposento se comunicaban sus temores y esperanzas.

Castana no hablaba más que de la curación del herido, ó de su pérdida, que sólo el imaginarla le desgarraba las entrañas. Fortuñón mezclaba con estas conversaciones ciertos pormenores sobre el suceso, que la senci-

lla doncella, sin curiosidad de saberlos, veíase forzada á escuchar hartas veces.

—Esa herida que tiene en la cabeza—decía aquél—debió recibirla de manos de alguno de los hombres de armas que guardaban el Alcázar. Figúrate que al alborear el día salimos del zaquizamí donde nos metiste, muy sigilosamente, y bajamos al patio. Las puertas estaban cerradas todavía, y aquí y allí tendidos en el suelo dormían algunos mesnaderos de los más osados. Uno sólo había quedado de atalaya, y ese, con el cansancio y la proximidad del nuevo día, malamente peleaba con el sueño, como que tenía ya los ojos cerrados y la cabeza inclinada en el muro. Dispárale tu dardo, le dije yo á Aznar, señalando al atalaya; mas no quiso creerme, antes haciendo ascos de matarle dormido, se acercó á él silenciosamente y le echó mano á la partesana para desarmarlo. Pero el condenado del hombre no estaba más que traspuesto un poco, y despertó en aquel momento, y le dió un golpe con la partesana, que el valiente Aznar no pudo evitar desde tan cerca. Y bien que lo pagó el de la atalaya, porque sentirse herido y derribarlo muerto de un solo tajo de su espada fué todo

uno para Aznar. A los otros pobretes los sorprendimos durmiendo como lirones, y los pusimos á buen recaudo en ciertos sótanos del Alcázar; y desde el patio recorrimos los demás puestos, y á los que los guardaban, que bien serían en todo seis docenas, los cerramos con sus compañeros, de suerte que quedamos por dueños del recinto. Y luego, como si tal cosa, á la hora acostumbrada, abrimos la puerta que da á la ciudad y la que da al campo, y aguardamos así á los ricos-hombres y al Rey. ¡Buena jornada fué, por vida mía! Pero créeme, Castana, que bien que sea por todo extremo valeroso Aznar, fué mi saber y prudencia y larga práctica de asaltos y sorpresas, quien trazó y guió bien la de esta real fortaleza. A mí me debe el Rey lo más del triunfo.

Castana, en vez de contestarle, como que acaso ni siquiera le oía, de cuando en cuando suspiraba tristemente, ó iba á visitar el lecho del herido; y luego tornaba á dar cuenta de sus observaciones á Fortuñón.

El viejo almogábar se obstinaba, no obstante, en consolarla á su manera, con sus eternas relaciones.

—Él moribundo está, Castana—le decía;

—pero júrote que con haber peleado en el Alcoraz, y haber asistido en el cerco de esta ciudad de Huesca, que fué de moros, como tú sabes; júrote, digo, que no ví en mi vida mayor valentía que la de Aznar, ni corazón más determinado. ¡Cuenta que eran valientes los ricos-hombres! Así no fueran ellos contra el Rey, ni parecieran tan soberbios como eran animosos y diestros. Tengo para mí que eran de los mejores caballeros del mundo. Sábeta que con estar más de treinta de los nuestros apostados en la gran sala á donde ellos iban entrando, hubo algunos á quienes no pudimos rendir, sino rindiendo ellos antes la vida. ¡Qué Roldán! ¡Qué Roldán! Él solo despachó á dos de los nuestros en un santiamén. Pues ¿y el viejo Lizana? Lastimábame el verle, á mí que le conocí en el Alcoraz, y no quise poner mano en la pelea. Tres almogábares se lanzaron sobre él, y Lizana, como si no le embargasen los años, supo deshacerse de ellos sin daño alguno. Entonces Aznar se arrojó á él, y por largo rato lidiaron cuerpo á cuerpo, y cierto que era cosa muy de ver aquella lucha. Aznar, como más joven, era más ágil; pero no estaba tan bien armado, ni con mucho, como Lizana, ni era tan diestro como él

en manejar la daga. Ninguno de nosotros ayudó á Aznar porque él lo prohibió expresamente; pero éste tuvo á Dios de su parte, y derribó á su contrario, aunque á costa de esa herida del pecho que tanto mal le causa. Aún me parece oír á Lizana, cuando en el momento de espirar dijo, alzando los ojos al cielo: «Dios mío, tú que me dejaste ver el peligro, ¿por qué me cegaste tanto los ojos cuando lo tenía cerca, para que no lo viese ni pudiese evitarlo? ¿Qué vale esta prudencia de los años si no ha de servir más que para ante-ter el mal, sin acertar casi nunca á remediarlo? ¡Dios mío, Dios mío, conserva para mis hijos la libertad de Aragón!» No pudo decir más, porque yo, que muy atentamente le estaba oyendo, por no verle más padecer, ya que había de morir de todos modos, tomé sobre mí el doloroso encargo de acabarlo de un golpe.

—¡Qué horror!—exclamó al oír este rasgo de compasión guerrera Castana.

Pero, sin embargo, en otra ocasión habría sentido su alma llena de orgullo al oír tales relaciones; porque son pocas las mujeres que no estimen el valor sobre todas las cosas, y en el siglo XII, bien pudiera decirse que era

la mayor de las virtudes para enamorar corazones femeniles.

En el trance en que estaba Aznar, tales relaciones, más bien afligían naturalmente, que no daban consuelo alguno á la sensible amante.

Y según dice el cronista, así pasaron dos, cuatro, seis días sin notarse al parecer grande alivio en el almogábar; siempre Castana suspirando y Fortuñón relatando, sin otra esperanza ni compañía que la del físico renegado, el cual, ó no respondía, ó respondía mal á las preguntas que le hacían los vigilantes enfermeros, y á las de cualquier paje ó caballero que por sí, ó de parte del Rey, venía á enterarse de la salud de Aznar.

Pero al cabo, el alivio del enfermo fué ya incesante y claro. Y el médico mismo declaró que antes de mucho podría darle otra vez por sano.

Un día en que se mostraba ya muy animado, Castana salió por un momento, el viejo Fortuñón se durmió profundamente, y cuando volvió ella, y cuando él despertó, se hallaron vacío el lecho del enfermo; Aznar había desaparecido.

Castana y Fortuñón se devanaban los se-

sos por acertar las causas de aquella extraña desaparición; pero sólo pudieron saber, por el pronto, que uno de los escuderos que solían acudir á visitarle, había entrado en el aposento, y que no bien se marchó éste, se levantó detrás de él Aznar, aunque descolorido y tan flaco, que no parecía que pudiese dar un paso. Sin embargo de lo cual, supieron también, á ciencia cierta, que salió muy apresuradamente de la estancia.





CAPÍTULO XXIX

El cual sería de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si más ducho en ciertas cosas el que escribe, hubiera acertado á pintarlas mejor

Proia et plora tendrement
mais ce ne li valut noient;
por son proier et son plorer
ne li laissa-il pas entrer.

(*La Feme en une tor.*)—FABLIAU.



ASTA del almogábar y de su querida, y volvamos atrás con nuestro asunto.

Así como así, aunque tan humildes, han llenado ya casi aquéllos lo mejor de la historia. ¿No será justo que dejemos algún capítulo para D.^a Inés, algunas páginas ya para D. Ramiro?

Pues á fe que bien lo merece la extra-

ña situación en que ambos se encuentran.

Ya ha llegado D. Ramiro, y, aunque de lejos, se ha cumplido el deseo de verle que tenía D.^a Inés: ya ha vuelto D. Ramiro, y se han realizado los temores y las penas que D.^a Inés presentía.

Vino el trance de la separación, la hora de que D. Ramiro entrase en aquel claustro de San Pedro el Viejo, tan lúgubre y tan sombrío, que había hecho levantar para ello: vino la ocasión de que D.^a Inés se hallase sola en el mundo, sin poder más llamarse esposa ni amante.

Por cierto que la historia se reanuda, y de suerte que no parece que haya trascurrido tiempo alguno, ni algunos sucesos. Ni parece que los ricos-hombres se rebelaran, ni que el Rey huyera, ni que D. Ramiro fuese guerrero por ser monje, ni que D.^a Inés llorara aquella ausencia que apartaba un tanto de ella la ausencia eterna de su amado. Todo vuelve al ser que tenía cuando se puso la última piedra en San Pedro el Viejo.

Pero no: hay una cosa de más, que son los nuevos remordimientos, que los sucesos últimos debían de engendrar por fuerza en don Ramiro.

Pálido, desencajadas las facciones del rostro, dejó por eso, como queda dicho, el gran concurso que había acudido á recibirle, y se retiró á lo interior del Alcázar.

No se había enterado, sin duda, del mensaje de Castana, ni contaba con que lo esperase la Reina, ni le dejaban sus remordimientos siquiera que en ella ó en su hija parase por un momento entonces la memoria.

Vagando por aquí y por allí, veníasele la noche encima á tiempo que, montando casi á tientas cierta estrecha escalera, se halló en medio de un salón espacioso, mal alumbrado ya por los últimos reflejos del sol, que se hundía en aquel punto en el horizonte. Dos grandes ventanas situadas á uno y otro extremo del salón, daban entrada á la puerta de una alcoba por algunos momentos casi oscura, y dudó largo rato si había ó no de entrar en ella: parecía que una esperanza le impulsaba, al propio tiempo que un presentimiento le apartaba de allí. Estaba en el aposento de su mujer: veía delante la alcoba nupcial.

Entró al cabo. Entró, llevando consigo el tropel de sus remordimientos, que no le daban descanso alguno; buscando no sabía qué, una cosa imposible: la calma de los años de

su infancia, el reposo de los días serenos de su monasterio.

Y entró mirando en los oscuros ojos que no le miraban; distinguiendo rostros que no había; ojos amenazadores, rostros ensangrentados.

Era el Arzobispo Pedro de Luesia, con sus hábitos pontificales, segada la cabeza por la garganta, y destilando sangre; era Ferriz de Lizana, revueltas y manchadas las venerables canas, azotadas las gloriosas cicatrices del rostro, maldiciendo aun después de muerto á sus asesinos; era Roldán, era García de Vidaura, eran todos los ricos-hombres degollados. Era aquel valeroso joven Aznar, muerto quizás por él y en su defensa.

¡Ay de D. Ramiro! ¡Ay del monje apóstata, por quien se habían hecho tantas muertes, aunque fuera sin orden suya, aunque de sus labios no hubiera salido otra palabra que la palabra perdón!

La sangre derramada debía caer sobre él gota á gota; aquel delito espantoso podía para él ser nueva causa de condenación eterna; con él, y el quebrantamiento de sus votos, su perdición debía quizás ya reputarse como irremediable.

¡Ay, ay de D. Ramiro! ¡Ay, ay del Rey de Aragón!

Tal decía ó pensaba él al entrar en la alcoba nupcial; y estas ideas, amontonándose en su fantasía, le arrastraban no sabía ya adónde, al través de tinieblas y tinieblas, por en medio de multiformes y horrendos fantasmas. Su exaltación religiosa había llegado á un punto tan extremo, que confinaba con el delirio, con la insania.

Y si al entrar en aquella alcoba, donde pasara tan venturosas horas, se hubiese hallado á solas por mucho tiempo con la noche y consigo mismo, otro habría sido, por ventura, el fin que señalasen las historias al Rey D. Ramiro: habría acabado por estar loco.

Pero al mirar desatentado por todas partes, sus ojos se fijaron sin querer en una sombra apacible que delante de él se fué levantando, la cual le pareció un rayo de luz en noche cerrada, un manantial en el desierto, un ángel del cielo que venía á templar su exaltación horrible.

¿Qué era aquella sombra? ¿Quién era aquella visión inesperada? D. Ramiro se paró, sin osar acercarse á ella, conteniendo aún la respiración como si temiera espantarla, como si

pensara verla desaparecer, al modo que la niebla desaparece cuando se levanta el viento, y la paloma al sentir el son del torrente, y la espuma del mar al tocar con la arena en las playas.

Suspense, inmóvil, puesto su ánimo entre los remordimientos y la esperanza, miraba D. Ramiro y tornaba á mirar la aparición, sin comprenderla más por eso.

Parecíale que sus ojos comenzaban á acostumbrarse á las tinieblas, ó que alguna antorcha misteriosa y celeste venía por especial encargo de Dios á alumbrarle. Lo cierto es que sus ojos distinguían ya claramente en lo oscuro; y á creerlos á los ojos, lo que había allí era una mujer arrodillada y de espaldas á la puerta por donde había entrado D. Ramiro. Y era, dice el cronista, que en aquel instante mismo la luna había descubierto de repente, por entre las nubes que hasta entonces la celaban, su redondo disco de color de plata, y, algunos de sus rayos, serenos, espléndidos, penetraban hasta allí por una octógona claraboya abierta junto al techo de la alcoba. Vió, pues, real y verdaderamente D. Ramiro, que la mujer aquella tenía sueltos los cabellos, y derramados en una garganta blanca

como el cuello de un cisne: cabellos por cierto de color de oro.

De cuando en cuando levantaba ella los brazos al cielo, y flotaban las anchas mangas de su blanca túnica; y, al hacer aquel movimiento, no parecía sino que iba á tomar vuelo para levantarse en seguida al empíreo mismo.

Si era un ángel, las formas las tenía de mujer. Mas en verdad, ¿qué otra forma podrían tomar de ordinario los ángeles si bajaran con frecuencia á la tierra?

Mentira parece; pero el cronista asegura, y, no hay por qué negarle crédito, que, grandes como eran los combates que sostenía en su cabeza D. Ramiro, se disiparon del todo en un punto; y su frente se serenó, y sus ojos se pusieron claros. Y la desatada rueda de sus pensamientos, calmó de súbito sus incansables giros; y en el momento mismo en que iba á estallar la locura en su mente, sintiéndola llena de inefable esperanza.

¿Será que Dios se compadezca al fin de sus cuitas? ¿Será que su justicia esté satisfecha con los tormentos que han desgarrado ya su alma, y envíe un ángel á que ponga término á ellos?

No lo sabe D. Ramiro. Pero el caso es que sin querer, al iluminarle aquella idea de esperanza, dió algunos pasos hacia la visión dichosa de quien la recibía. Tornóse, al oírlos, un rostro de mujer, y lanzó un grito indefinible; y levantóse la sombra al punto. D. Ramiro reconoció en ella á la Reina.

Su ilusión se había desvanecido, pero no la calma de su frente, no ya el reposo inefable de su corazón.

Porque, á la verdad, si D.^a Inés no era un ángel, era hermosísima, verdaderamente celestial, y no había medio de echar de menos junto á ella criatura alguna. Y luego el amor que dentro de su alma la profesaba D. Ramiro; y luego la ausencia, y el recuerdo de que era madre de su hija, bien disculpan que el Rey se contentase con verla, y no echase de menos al pronto la divina ilusión que había perdido.

—¡D.^a Inés!

—¡D. Ramiro!

Fueron, al verse, las primeras exclamaciones de los esposos. D. Ramiro dió tres pasos adelante para recibir á su esposa, y ésta se precipitó á él con los brazos levantados. Pero al llegar uno junto á otro, D. Ramiro volvió

á echar atrás los mismos tres pasos que había dado hacia adelante, y D.^a Inés quedó parada, incierta, indicando en su actitud un abrazo, quizás un ósculo imposible: derramando gruesas lágrimas, que lentamente resbalaban por sus mejillas.

Al cabo D. Ramiro rompió el silencio.

—¡Ah! D.^a Inés—dijo;—á punto estamos ya de cumplir nuestros votos, y hoy más que nunca debemos abstenernos de faltar á ellos. Mirad cómo nos protege Dios: cómo á vos os ha sacado de un género de cautiverio, y á mí de tantas humillaciones, á fin, sin duda, de que uno y otro podamos salvar nuestras pecadoras almas.

La Reina no lloraba á la sazón: en sus ojos se leía esa resignación infinita, indefinible, que sólo saben y pueden tener las mujeres.

D. Ramiro continuó:

—¿Sabéis que me alegro de hallaros á solas antes de retirarme al monasterio? ¿Sabéis que es dichoso azar que yo aquí os encuentre? Por cierto que pensé al divisar á Huesca que saldríais á esperarme y...

—¡Ah! ¿No os han dicho, mi señor, que os aguardaba yo aquí?—respondió la Reina tí-

midamente al ver que su esposo no acababa la frase.

—Si he de deciros la verdad, no sé, no sé: mi cabeza ha estado tan revuelta, que acaso no debí oírlo... Puede ser que Castana... Mas ahora que recuerdo... ¿no sabéis lo de Aznar? ¡Ah, señora! ¿No sabéis el negro fin de los ricos-hombres?

Y al decir esto su frente comenzaba á nublarse de nuevo.

—¡Ah! sí. Todo lo sé, D. Ramiro —repuso la Reina acompañando las palabras con un dulce suspiro.

—¡Oh! pues entonces—dijo el Rey acercándose á D.^a Inés,—entonces ya sabréis cuánta sea mi desdicha: ya sabréis que nuevos remordimientos pesan sobre mí: yo no puedo, no puedo ya con ellos: no hay penitencia ya que baste á rescatar mis culpas enormes.

—Y ¿cuáles tenéis vos, D. Ramiro, en esas muertes? ¡Oh, esposo mío, no os atormentéis así voluntariamente! Cuando entrasteis, vuestro rostro estaba sereno, alegre, tal como debe de estar el rostro del hermano cuando ve á la hermana querida tras de una tan peligrosa ausencia. Y ya veis que he aprendido á

daros nombre de hermano... ¡Y eso que me ha costado tanto, tanto! Porque, mientras más esfuerzos hacía mi cabeza para enseñármelo, más me recordaban ó ella ó el corazón otro nombre de mayor ternura todavía. Pero hermano, hermano mío, ¿cuál es la causa de que al verme os hayáis de nuevo entristecido? Ya sé yo que no puedo serviros de consuelo; pero pesar, ¿por qué tampoco había de causároslo? ¡Ah! Yo no quiero nada, no os pido nada, sino que no me queráis nunca mal.

—¡Quereros mal!—exclamó D. Ramiro.— ¡Ay! Ojalá que pudiese siquiera dejar de amaros... Porque la verdad es que yo... os adoro... que yo... te adoro, Inés, te adoro; sábete por si no te veo... por si jamás te hablo ya más de esto en adelante.

—¿Conque me queréis bien todavía?—dijo D.^a Inés llena de júbilo; pero sin atreverse á repetir las palabras mismas de D. Ramiro, bien que le supiesen á pocas.

—¿Que si te quiero bien, dices? ¡Ah! No, no por cierto—replicó espantado de sus propias palabras D. Ramiro.—Dije que os amaba y os adoraba, y no debí decir sino que deseaba dejar pronto de veros...

—¡Pues qué! ¿Eso, eso de verdad deseáis?

—repuso entonces D.^a Inés, saltándosele súbitamente las lágrimas.

—Eso deseo, sí, por el bien de vuestra alma y la mía.

—Entonces, ¿por qué decís ni una vez sola que me amáis? ¿Por qué no confesar que me aborrecéis claramente? Ya comprendo bien por qué no prestasteis atención á Castana cuando os dijo que yo os aguardaba en este aposento; no hay que buscar otra causa. Comprendo también ya que maldigáis la casualidad que nos ha reunido y que tanto os entristezca el verme, después de una ausencia que me ha costado ríos de lágrimas. ¿No os basta, pues, con que yo renuncie al nombre de esposa? Porque mis derechos bien podríais quitármelos; pero el nombre no, á no ser que, por complaceros, yo misma lo dejara. ¿No os basta eso, sino que á más habéis de deplorar y sentir estos pocos momentos en que me veis? ¿Qué diferencia hay entre pensar y obrar de tal suerte, y aborrecerme tal como digo?

Tras de estas extrañas mudanzas de dolor y de júbilo, de aspereza y cariño, hubo un instante entre los dos de silencio. D.^a Inés lloraba á lágrima viva; D. Ramiro procuraba

poner algún orden en sus pensamientos. Al fin rompió éste de nuevo á hablar, diciendo:

—Quizá estéis engañada, D.^a Inés: no me ha entristecido el veros: me ha entristecido el recordar, sin querer, aquellos sucesos horribles, espantosos, que me hacen tanto peso en la cabeza y me oprimen tanto el corazón. El veros, ¿cómo había de entristecerme? ¡Si yo os contara todo lo que há un momento me ha sucedido! ¡Si yo os dijera que me habéis hecho feliz por un instante, feliz como el día de nuestras bodas, como apenas lo he sido sino entonces, desde el punto en que solté los cilicios y vestí este malhadado traje de Rey!

—¿Yo haceros feliz? ¿Tanto bueno me decís, D. Ramiro? ¿Sabéis que no habría para mí felicidad como esa de poder haceros feliz, aunque fuera por instantes muy breves?

—Sí, sí; feliz y muy feliz me habéis hecho. Figuraos que yo venía cargado de remordimientos, loco, sin esperanza, y que al llegar aquí veo una sombra celestial, veo una mujer arrodillada que levantaba al cielo los brazos, como pidiendo misericordia para sí.

—¡Oh! no, no —le interrumpió D.^a Inés,— no la pedía para mí, pedíala para vos sólo.

—Gracias, gracias—continuó D. Ramiro,

acercándose ya á su mujer como si en algo le hubiese perdido el miedo.—Gracias, porque sin duda os oyó el cielo, y la tuvo de mí en aquel momento. Ya sentía yo romperse dentro de mí alguna cosa: no sé si era el corazón, no sé si era la frente, sólo sé que era parte del sér mío lo que iba á estallar entonces, que era esta vida terrena en que puede dar frutos todavía el arrepentimiento, lo que se me escapaba, dejando en mí solamente el aliento indispensable para padecer sin esperanza en el infierno.

—¡Oh! esposo mío. Calmaos, calmaos—le contestó dulcemente D.^a Ines, acercándose algo también por su parte, y mirándole con infinita dulzura.

—Sí, sí, me calmaré; dígoos que ya estoy bueno; antes de veros sí que deliraba, y aun creo que iba á volverme loco... Los locos no pueden ya tener arrepentimiento ¿no es verdad?... ¿No es verdad que ya no saben ellos implorar para sí el perdón de sus culpas? ¿No es verdad que si me hubiera vuelto loco, mi espíritu habría quedado con la mancha que tiene, sin poder lavarla con la penitencia jamás? Pues á vos debo el poder esperar salvación todavía: el poder trabajar por conseguirla.

—Dichosa yo si tal hice, D. Ramiro—repuso D.^a Inés con una sonrisa no menos tierna y dulce que sus miradas.

—Sí que lo hicisteis—continuó D. Ramiro con mayor exaltación aún que antes;—os ví tan hermosa, con esos cabellos rubios derramados por la garganta, y ese vestido blanco, que parece tejido con aire y con luz; os ví, digo, tan celestial en todo, que no acerté á conoceros, y no me parecisteis ya vos misma, sino un ángel que bajaba del cielo á darme consuelos, trayéndome el perdón del Señor.

—¡Ahl—exclamó D.^a Inés, cubriéndose con las manos los ojos por un movimiento involuntario.

—¿Suspiráis?

—Suspiro, porque me habíais hecho creer que fué de mí propia de quien os viniera el consuelo, y no fué sino de una ilusión mentirosa de vuestros sentidos. ¿Qué comparación cabe entre un ángel del cielo y la triste y marchita esposa, ó si no esposa, hermana, que ya tenéis?

—¡Oh! no digáis eso, D.^a Inés; no hay ángeles más bellos que vos... que tú... que tú, esposa mía; no puede haberlos... me harás decir blasfemias...

Era de ver la satisfacción interior, el puro regocijo que se asomó de pronto en el rostro de D.^a Inés al oír estas amorosas palabras.

D. Ramiro, en tanto, sin reparar en ello, continuó de esta suerte:

—Yo no sé si habré cometido con esto un nuevo pecado; mas sabed, D.^a Inés, que si pensando que erais un ángel me acerqué á vos, cuando supe que erais vos misma, que era D.^a Inés á quien veía, no eché al ángel de menos. ¡Tan grata me iba siendo y me fué, al fin, vuestra vista!

D.^a Inés, sin poder contener ya más la emoción de su pecho, lanzó un grito de alegría, y vacilando y sin pensar, fué á apoyar sus manos cruzadas en uno de los hombros de D. Ramiro; mas éste retrocedió todavía con espanto algunos pasos, huyendo el cuerpo. Rendido, sin embargo, al propio tiempo, de su exaltación misma, se dejó caer en una de las grandes almohadas ó cogines árabes que decoraban el aposento.

No halló allí, por cierto, reposo, si lo buscaba. Ideas, por el contrario, de dolor y de esperanza, de temor y de alegría, pasaron á un tiempo por su cabeza. Pero poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas; sus ojos,

cerrados, se abrieron de súbito, y al ver á D.^a Inés que suave y silenciosamente se había sentado á su lado y espiaba, al parecer, con tierno anhelo sus movimientos, una sola y nueva idea parece como que comenzó á arder en su mirada y á arrugar su frente; una que se conoció que lo arrastraba apesar suyo, como solían arrastrar su débil y vacilante espíritu todas las impresiones imprevistas y extrañas. No de otra suerte, en la apariencia, los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió ánimo en el combate. ¿Qué idea le asaltaré ahora? ¿Qué idea nueva, ardiente, poderosa, será ésta que le infunde la vista de aquella hermosa D.^a Inés, que tan cerca de sí tenía en aquel momento?

Sin duda no es melancólica, puesto que sus ojos, generalmente apagados, brillan ahora con vívido fuego; sin duda no es de despecho, ya que se ve que una sonrisa de placer pasea fugitiva por sus labios.

Pero ¿quién que no conozca ya á fondo á los humanos habrá de comprender, á primera vista, tan oscuro y nunca visto enigma como éste parece?





CAPÍTULO XXX

Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne,
es lección de un Santo Padre, que halla aquí
alguna demostración y ejemplo

¿Qui es lo foll, quin contramor se yguala?
Segurs son dell, los morts...

AUSIAS MARCH.—(*Obres de Amors.*)

.....
Morir me conviene
pues grosero fui:
¡Ay, que Ingalaterra
ya no es para mí!

ANÓNIMO.

(*Cancionero general.*)



ARGO iba ya siendo el capítulo anterior; tan largo, que ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentimentales de D.^a Inés y de D. Ramiro.

Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la Reina dió aquel grito de alegría de que hablamos á lo último del capítulo anterior, y D. Ramiro se quedó como postrado en uno de los cogines del aposento, dice el cronista que hubo entre ambos ciertos instantes de silencio.

Miraba D.^a Inés á D. Ramiro con amor, con curiosidad, con ansia, como deseando leer en su rostro los menores pensamientos. No quitaba sus ojos del suelo entretanto don Ramiro, como si tuviese miedo de mirarla cara á cara. Y ni él ni ella se atrevían á reanudar una conversación, quién sabe para cuál de los dos más difícil entonces.

Un pretexto faltaba; un pequeño incidente ó motivo, insignificante en otra ocasión cualquiera, bastaba ahora para que la conversación nuevamente comenzara y dieran suelta entrambos á los indefinibles y vagos pensamientos de que estaban poseídos.

Ese pretexto, ese incidente, ese motivo, se puso á buscarle D.^a Inés, y, como era natural, no tardó en encontrarlo.

—Veo, mi señor, que traéis aún atada al brazo la cinta blanca que os dí por divisa— dijo.

—¿No veis que ella ha sido mi compañera desde entonces?—respondió D. Ramiro.— En verdad que, cuanto yo he podido, he hecho por sacarla con honra del trance de armas en que, mal de mi grado, me he visto.

—¡Oh! quitádosla, quitádosla ya.

—¿Por qué, D.^a Inés?—preguntó el Rey algún tanto sorprendido.—¿Pues no es vuestra divisa misma?

—Lo fué.

—Lo fué... Lo fué... ¿Y no lo es ya? Así Dios me ayude como no acierto...

—¿No veis—repuso graciosamente la Reina—que dice la letra *sin esperanza*?

Bajó aquí la vista D.^a Inés, como si temiese haber dicho demasiado; y las rosas del rubor se abrieron incontinenti en sus mejillas. D. Ramiro en cambio abrió impensadamente sus ojos al oír aquellas inocentes, pero sin duda, peligrosas palabras; y halló á doña Inés tan bella, tan lánguida, tan dulce, tan cerca de sí, que tornó á clavar impetuosamente la vista en el suelo, no sin que se notase antes en su persona cierto estremecimiento general, aunque pasajero.

—¿Y de qué tenéis esperanza, D.^a Inés? ¿No

sabéis que á mí no me es posible tenerla ya en este mundo?

Tal dijo D. Ramiro, después de otra larga pausa: su voz comenzaba á bajar de tono, y su lengua parecía más trábada que otras veces. La de D.^a Inés parecía en cambio cada vez más expedita y más dulce.

—No digo yo que vos la tengáis; hablo de que yo comienzo á tenerla—respondió ella.

—¿Vos? ¿Y por qué?

—¿Por qué? Yo os lo diré, puesto que sólo de vos depende ya el que se cumpla, ó no, mi esperanza.

—Pues hablad, que si es cosa que yo pueda hacer, bien podéis contar con ella desde ahora... á no ser que sea contrario á mis votos.

Muy débilmente debió de decir estas últimas palabras, porque la Reina exclamó alegremente y como si no hubieran ellas llegado á sus oídos:

—¿De veras? ¿Me dais palabra, pues, de concederme cuanto os pida?

—Con tal digo, D.^a Inés, que no se oponga á mis votos—replicó D. Ramiro, alzando la cabeza de nuevo para dirigir á su esposa una mirada que parecía como de súplica.

—No, no se opone, según creo—respondió D.^a Inés, mirándole á su vez con vivos y alegres ojos y pronunciando estas palabras, por lo que da á entender el muzárabe, con sabrosa, y en ella desusada coquetería.

—Pues hablad —dijo el Rey, tornando otra vez los ojos medio cerrados hacia el suelo.

Aquí ya D.^a Inés estuvo vacilando por algunos instantes, y tartamudeando luego, sin atreverse á decir de un golpe lo que quería; pero al fin, comenzó á hablar de esta manera:

—Es el caso, D. Ramiro, que yo quisiera que... ya veis que con esto en nada faltáis á vuestros votos... quisiera, digo... ¿No me hicisteis ya un favor muy grande con quedaros á amparar á nuestra hija? ¿No dilatasteis ya un tal intento por dos años, á fin de ser piadoso con el fruto de nuestros amores? Pues sedlo conmigo ahora, señor, y no penséis más en la soledad del monasterio, sino venfos á vivir conmigo, ó más bien dejad que yo vaya con vos á habitar en alguna ermita y retiro oculto, donde podamos los dos á un tiempo servir á Dios como hermanos.

—¡D.^a Inés!—exclamó D. Ramiro entre

asombrado y confuso; pero también al parecer un poco distraído.

—¿Qué? ¿No os place contentar mi súplica? ¿Queréis, por ventura, que no desaparezca más de mi divisa esa letra impía que dice *sin esperanza?*

—Pero es el caso, D.^a Inés, que aún no ácierto yo á entender bien qué cosa sea esa que meditáis.

—Oh! yo os lo explicaré claramente—respondió la Reina más alentada, y sentando una de sus manos en el hombro de D. Ramiro, sin que éste huyese ya el cuerpo como antes.—Figuraos que en lugar de meteros en el sombrío y húmedo claustro de *San Pedro el Viejo*, os vinieseis conmigo á una de las mil ermitas que en tiempo de moros fundaron los cristianos por la montaña, menos habitadas hoy ya desde que se ganó á Huesca, que antes. Allí podríamos estar separados del mundo para siempre, y haciendo juntos vida ascética y devota. Dios os manda, sin duda, que os apartéis de una esposa, mas no de esta hermana y sierva D.^a Inés, que no desea otra cosa sino pasar el resto de sus años haciendo penitencia en vuestra compañía. Sí, por Dios, señor y antes esposo mío; yo labra-

ré allí con mis propias manos el huerto, y prepararé por mí misma nuestras pobres colaciones; yo hilaré la lana de los corderos y haré por mí propia los sayales; vos leeréis en tanto los pergaminos que soléis leer, y oraremos y viviremos así constantemente como eremitas, ya que no nos es dado vivir y gozar como Reyes.

Hemos descrito tantas veces las gracias de D.^a Inés, que por fuerza había de parecer importuno el describirlas de nuevo. Pero crean nuestros buenos lectores que, según lo que aquí indica el cronista, jamás había estado tan bella. Y el peso blando de su mano, y lo tierno de sus ojos, y las lágrimas que se dejaban entrever ahora en ellos, por miedo de no ser atendida, y su actitud entera suplicante, anhelosa, abandonada, hacían de ella un sér temible en la seducción para un alma de roca, que no para la del infeliz don Ramiro.

El monje tomó entonces entre sus dos manos la que le quedaba libre á D.^a Inés, y comenzó á acariciársela con suavidad suma.

Y aun quiso el azar que mientras D.^a Inés más suplicaba, se fuese más acercando é inclinándose involuntariamente más hacia don

Ramiro, de manera, que al dejar de hablar ella, se hallaban los dos ya tan juntos, que sus alientos se confundían, y se tocaban todos sus vestidos, y, al mirarse, recíprocamente en los ojos se retrataban.

Y en esta disposición se mantuvo D.^a Inés embebecida por largo rato, y esperando favorable respuesta. Y D. Ramiro estaba en el interin sin acertar á responder palabra, sintiendo que un fuego intenso le quemaba las entrañas, y sin que un solo pensamiento devoto pareciese ya por su mente; diríase al verle, que los sentidos le arrastraban ya á su pesar, sin que más pudiese la razón contenerlos. Nada era tan peligroso como el silencio, entonces; pero no había cosa más difícil tampoco que el hablar en ocasión como aquella.

A D. Ramiro no se le ocurrieron al fin otras palabras que las siguientes:

—¡Qué hermosa estáis, D.^a Inés! ¡Qué hermosa estáis!

Y ¡oh fatalidad! Fatalidad la de D. Ramiro entonces, nada menos encaminada que á inutilizar todas sus penitencias en un punto. No bien dijo estas palabras, que envolvían en sí tan manifiesto amor, los flotantes cabe-

llos de D.^a Inés vinieron á herir por casualidad su rostro; y Dios nos perdone, pero cualquiera habría dicho que cuando él los sintió pasar cerca, puso en ellos muy anhelosamente los labios.

—¡Ah, D. Ramiro, D. Ramiro!—dijo la Reina, no ya sin alguna turbación al ver aquellas demostraciones inesperadas.—Si me amáis todavía, ¿qué dificultad habéis de tener en concederme lo que os pido?

—Esposa mía, esposa mía—respondió tartamudeando D. Ramiro;—no entiendo aún lo que decís: mas dejad que estreche esta vuestra mano entre las mías; yo necesito sentir algo vuestro en mí, y conmigo.

—Toda yo estaré con vos siempre—le dijo loca de júbilo D.^a Inés, al mismo tiempo que le estrechaba también por su parte una mano.

—¡Cómo te adoro, Inés!—dijo en esto, y fijando ya en ella sus ojos sin más titubear, D. Ramiro.

—¡Oh, gracias, mi señor! ¿Queréis que dé ahora mismo las órdenes para que juntos nos marchemos á una ermita de la montaña? Veréis allá cómo pasamos la vida en penitencia y soy toda vuestra, orando yo por vos, y vos

por mí, sin otra idea que la de nuestro común y eterno reposo.

—No, no me has entendido, Inés—repuso ya arrebatado D. Ramiro con voz ronca; y asiéndola de un brazo con todas sus fuerzas, le dió entonces un verdadero ósculo de amor en los labios.

D.^a Inés le miró á la sazón conmovida, y vió que sus ojos brotaban llamas, que sus labios estaban cárdenos, que todo su semblante denotaba los impulsos mal reprimidos de una pasión desatentada, ciega, al parecer irresistible.

Miróle y tembló, y en aquel punto mismo, tornó á desaparecer su alegría, y sin saber por qué prorrumpió de repente en un copiosísimo llanto.

—¿Qué, lloras, mi amor, lloras?—dijo don Ramiro, recogiendo las primeras lágrimas que rodaron por las mejillas de D.^a Inés, con sus propios labios.

—Lloro —respondió la Reina,— porque claramente veo ya que es imposible que vivamos más juntos.

—¡Imposible!

—¡Imposible, ay de mí! Sí, imposible; este arrebató de pasión que estáis sintiendo pasa-

rá pronto, y en el propio punto que pase, os arrepentiréis, y aunque sea tan sin culpa mía, llegaréis á aborrecerme del todo, por haberlo excitado en vos.

Un verdadero torrente de lágrimas descendía en tanto por las mejillas de D.^a Inés, que se había levantado ya y tendía los brazos trémulos hacia el cielo.

La luz de la razón alumbró entonces de repente á D. Ramiro, y exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Infeliz, infeliz! ¿Qué hago? ¡Mujer fatal! ¡Ah triste de mí!...—Y saltando también del asiento se alejó largo trecho.

—Quería—continuó D.^a Inés entre sollozos—que viviésemos ya siempre como hermanos, como verdaderos hermanos; yo tengo ¡ay! valor para eso, ¿por qué no habéis de tenerlo también vos, esposo mío?

—Porque yo soy un miserable, y vos un ángel—gritó D. Ramiro dándose á la par fuertes golpes de pecho.—Porque yo estoy condenado irremisiblemente; porque mi carne es flaca de tal suerte, que no basta el espíritu para refrenarla; porque yo no sé mantenerme en mi deber; porque yo no merezco sino tormentos eternos.

—¡Oh, calmaos, calmaos, D. Ramiro!—dijo D.^a Inés, enjugándose con las manos las lágrimas y dirigiéndose á él de nuevo afectuosamente.

—No, no hay calma para mí, ni puede haberla en este mundo; pero... no os acerqueis, D.^a Inés; vuestra funesta hermosura ciega los ojos de mi entendimiento, y me pone á merced del infierno... Si es verdad que me amáis, si no me aborrecéis de veras, huid para siempre de mí... que no os vuelva yo más á ver en esta vida.

—Pero es—replicó la Reina—que yo no tengo fuerzas para tamaño sacrificio: téngolas para vivir con vos, como con un hermano, fuera del mundo y sus pompas: téngolas para morir en un desierto, y aun para no deciros que os amo; y no las tengo para perderos de vista, para dejar de oír vuestra voz, de sentir vuestro aliento, de respirar el mismo aire que vos respiráis, y al cabo morir con vos.

—D.^a Inés, D.^a Inés, ¿queréis volverme loco?—exclamó desesperado el Rey.—¿No veis que necesito en esto de vuestra ayuda? ¿por qué me la negáis?

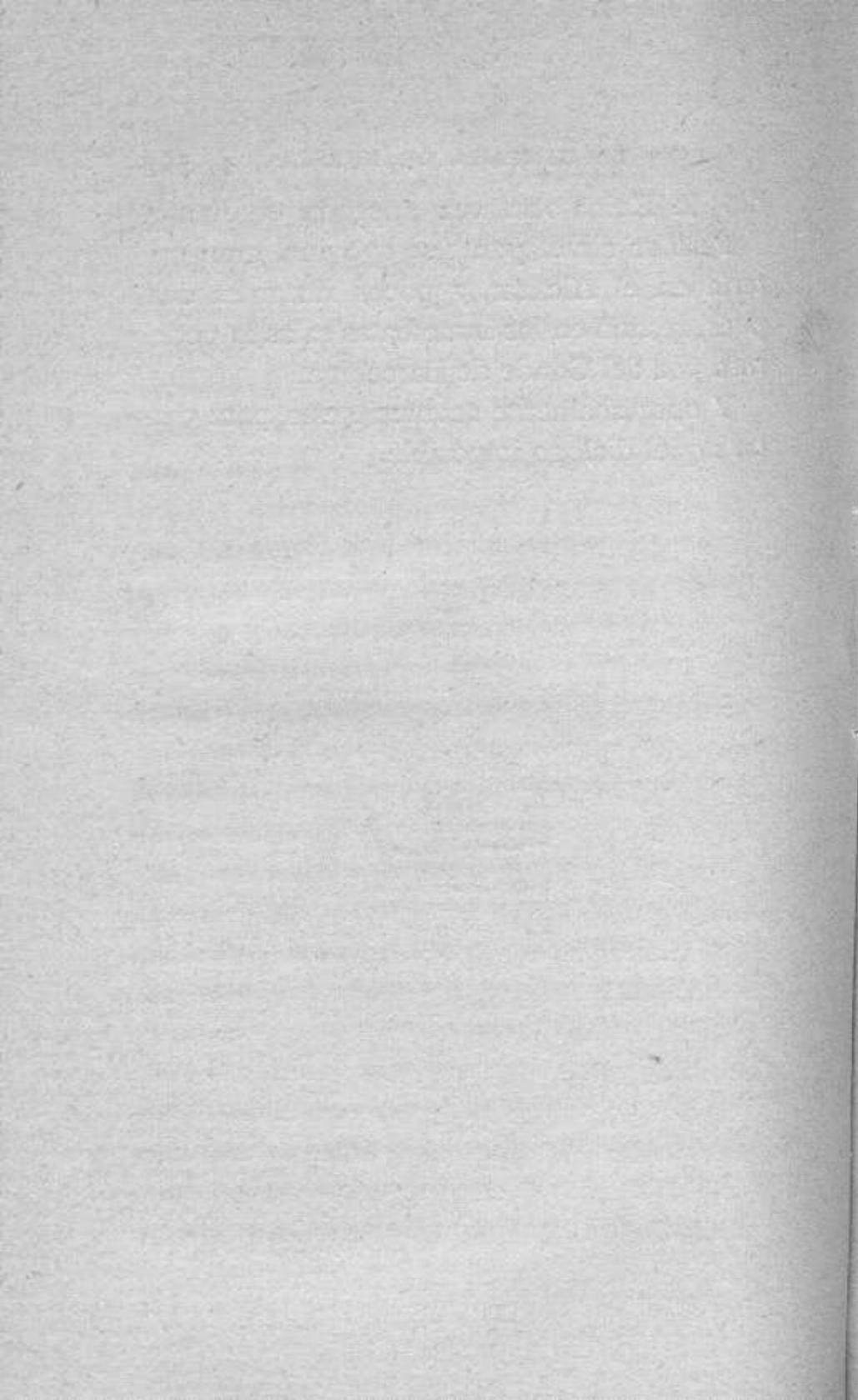
—Y ¿quién me la dará á mí?—respon-

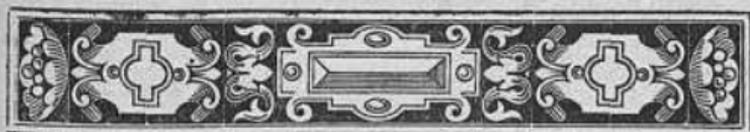
dió la Reina otra vez anegada en llanto.

Pero en aquel punto se oyó una gran gritería en el Alcázar, y pocos instantes después, resonó en las inmediatas salas la poderosa voz del Conde de Barcelona.

Y oportunamente aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.







CAPÍTULO XXXI

Donde se relata un famoso riepto y desafío, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca

Por eso fueron traidores
en consejo, hecho y dicho:
por eso riepto á los viejos,
por eso riepto á los niños...
Riepto el pan, riepto las carnes,
riepto las aguas y el vino,
desde las hojas del monte
hasta las piedras del río.

(Reto á los de Zamora.)

A la Emperatriz pregunta
le responda por su vida,
¿quién era su caballero?

(Romance del Conde de Barcelona.)



Los gritos y voces que se oyeron en el Alcázar, significaban que traían ya en triunfo á la tierna Princesa D.^a Petronila desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El Conde de Barcelona la hacía victorear de los señores de su comitiva; seguía la el pueblo con antorchas, y derramando juncias y flores: todo era júbilo y entusiasmo en derredor de la augusta niña.

—¡Viva Aragón! ¡Viva Cataluña! ¡Viva la nueva Reina D.^a Petronila! ¡Viva el buen Príncipe D. Berenguer!—Tales eran los clamores por todas partes.

D. Ramiro y D.^a Inés se levantaron á un tiempo, y volaron al encuentro de su hija, olvidándose por un momento de todo al verla y oír las dulces palabras con que sabía ya nombrarlos.

¿Qué tiene de extraño? Al fin, con remordimientos y todo, eran padres.

Y por más que fueran grandes los extremos que en esta ocasión hiciesen D. Ramiro y D.^a Inés, de seguro los lectores de esta historia podrán de por sí imaginarlos, sin necesidad de que empleemos en ello tiempo y tinta.

Después del de aquellas vistas vino el día de los contratos entre el Rey D. Ramiro y el Conde D. Berenguer de Barcelona; y luego la jura y coronación, que fueron semejantes á aquellas otras, con cuya relación comien-

za este libro, bien que más bulliciosas y alegres.

Verdad es que ahora faltaban los mejores ricos-hombres aragoneses; verdad que las más notables familias de Huesca estaban sumidas en dolor profundo, y algunas anegadas en llanto.

¿Pero qué le importa nunca al pueblo del dolor de los potentados?

¿Ni qué había entonces de común entre los pobres burgueses, que sin saber bien por qué, reían y cantaban, y los ricos y poderosos nobles, que con harta razón lloraban y gemían?

Bien dijo el viejo Lizana, tan diestro en todo, menos en evitar la muerte: bien dijo que los burgueses de Huesca eran como los almogábares, enemigos de los ricos-hombres, por más que no osasen mostrarlo tan á las claras.

De tal suerte nos suelen representar las viejas y nuevas historias, divididos entre sí á los altos y á los bajos, á los nobles y á los plebeyos, á los ricos y á los pobres, conteniéndose unos por otros, y unos á otros oprimiéndose, hasta dar lugar á que los dictadores ó tiranos los igualen en humillación y servidumbre.

A la verdad, no puede llamársele á D. Ramiro tirano; y el pueblo de Huesca antes se inclinaba á su causa, aun desdeñándole, que no á la de los ricos-hombres, á quienes no podía menos de admirar con frecuencia: no sin culpa de ellos, que no sabían ser afables como valientes, ni justos y modestos, cuanto poderosos en oro, tierras y armas, ó ricos en reputación y servicios.

Por su culpa asimismo los aborreció tanto Aznar; por culpa de ellos el hijo de la montaña movió su brazo al hecho terrible que había estado hasta allí pagando con su propia sangre, en el lecho del dolor donde le hemos visto, sin otra compañía que la de Fortuñón y Castana. ¡Fué uno de aquellos magnates tan despiadado para su hermano!

Si los plebeyos hubieran seguido siempre la voz de los grandes, si en todas partes los grandes hubieran sabido atraerse el amor de los plebeyos, jamás el despotismo monárquico habría pesado sobre el mundo, y todos los pueblos tendrían lo que tiene hoy alguno: libertades tradicionales, veneradas, eternas.

Pero nos apartamos de nuestro propósito: extractando estamos una crónica novelesca, que no componiendo discursos políticos.

Ibamos, pues, por la jura y coronación de D.^a Petronila y D. Berenguer, como Reyes de Aragón, y no habíamos salido, ni teníamos á qué salir de los viejos muros de Huesca.

Dió D. Ramiro al Conde el reino tal como á la sazón estaba y había sido adquirido y poseído por D. Sancho, su padre, y los Reyes D. Pedro y D. Alonso, sus hermanos, recomendándole encarecida y piadosamente sus tierras y súbditos. Y obligólos juntamente á ellos, bajo juramento, á guardar siempre la vida y cuerpo del Conde, sin ningún engaño, y obedecerle en todo por la fidelidad que á su hija debían como natural señora. Dicho se está que juró en cambio el Conde no enajenar parte alguna del reino, y mantener en su fuerza y vigor los fueros, usos y costumbres de sus nuevos vasallos; que no eran gente los aragoneses, aun desacordes y mal unidos como á la sazón andaban, para sufrir que los gobernase hombre que no ofreciese respetar y guardar sus heredadas leyes; aquellas que el consentimiento común daba por justas y venerables.

Por la tarde del día, de clara y venturosa memoria, que ya se llamaba de la abdicación, acudieron los Reyes viejos y los Re-

yes nuevos á las usadas justas y ejercicios caballerescos, que más que nunca parecían indispensables en tamaño caso.

Inmenso pueblo rodeaba las entradas, y muchos hidalgos y damas de pro ocupaban los escalones sobrepuestos al palenque, con tal ocasión levantado.

Y eran ciertamente las damas más ricas y hermosas, y los más apuestos galanes, no ya de aquellos contornos, sino de toda la montaña pirenaica, y aun de Zaragoza y Barcelona, las que embellecían, ó los que coronaban, los andamios. Hasta muy bien mediada la fiesta nada de particular había acontecido todavía. Sin rumor notable, ó percance desdichado que turbasen el *viva la gala*, con que asordaban el aire los farautes, ni la alegría del pueblo, tenían ya probadas su gallardía y destreza los mejores caballeros allí presentes de Aragón y Cataluña.

—*Bona carrera, bona carrera*—gritaban los últimos con frecuencia.

Veáase al par que los justadores aragoneses quedaban muy por debajo de los de la comitiva del Conde de Barcelona; con lo cual no faltaba quien para sí recordase á los muertos ricos-hombres.

—*¡Com arremet!*—decía á lo mejor un catalán.—*¡Com dona les sperons! ¡Com porta les cames! ¡Y com lo cors sobre la sella!*—A lo cual contestaba cierto aragonés que lo oía con impaciencia: — ¡Oh, si estuviese aquí nuestro Roldán!

—Aun Ferriz de Lizana daría harto que entender á los catalanes, con ser sus años tantos—añadió alguna vez otro vecino.

Pero no se oía por de pronto más. La multitud indiferente siguió aplaudiendo á los vencedores y saludando con *vayas* y desdeñosos motes á los vencidos; ya cuando en un juego tiraban los caballeros al tablado, ya cuando en otro corrían sortijas, ya cuando rompían lanzas sin hierro, repartidos en contrapuestas cuadrillas ó escuadrones. Y fueron sobre todos celebrados los caballeros que alanceaban toros, ejercicio poco usado aún, y que se tenía por invención del Cid en ciertas antiguas fiestas de Castilla. Hasta hubo plácomes y vivas para los ciegos que, vendados los ojos, y armados de sendos palos, salieron á perseguir cerdos, haciendo suyos los que tocaban; regocijo con que á modo de moderno sainete se daba lugar al descanso de los caballeros.

De repente el son estridente y robusto de una trompeta sarracena hirió y maravilló los oídos de los circunstantes.

Todos miraron de acá para allá sin acertar nadie con el motivo de aquella novedad extraña, cuando vieron entrar por las puertas del palenque precedidos de un escudero con larga trompeta, horquilla para apoyarla en el punto de tocar, y arrastrando grande luto, hasta quince encapuzados de negro, que traían sendos caballos detrás con arzones igualmente negros, altas y puntiagudas lanzas y escudos triangulares con un Fénix por divisa.

Tocó el trompetero nuevamente su melancólico y guerrero instrumento, y en medio del silencio que se estableció al punto, gritó con voz desaforada:

—Fijosdalgo, caballeros, barones, quien quier que seáis, aun de menor guisa, de los que nos han hecho tuerto y deshonra, en la traición y alevosía con que han matado á los principales caballeros establecidos para guardar la persona del Rey, que eran de consuno homes honrados de su Consejo, y sus adelantados mayores, oíd, oíd este riepto.— Presentes están estos quince caballeros que en corte del Rey le demandan os dé á vos-

otros y vuestros favorecedores, sean cuales fueren, por traidores y alevosos, los cuales caballeros, si por batalla queréis desmentirlos, meterán las manos á ello, haciéndooslo confesar por vuestras lenguas, ó lo probaran con mataros ó echaros del campo. Licencia, señor Rey, licencia para que estos caballeros les *defiendan* á los dichos matadores que son tales traidores y alevos; y vosotros los retados salid pronto á hacer batalla para este juicio de Dios, que con su ayuda, la de la Virgen María y del Señor San Jorge, hoy ha de quedar patente aquí que hubo con efecto traición y alevosía en la muerte de caballeros tan honrados. Recoged, recoged estos gajes.

Y diciendo tal arrojó el escudero, que hacía así de faraute, al suelo tantos guanteletes, cuantos los paladines eran.

Imposible fuera pintar la confusión que estalló en los andamios y tablados del palenque, al ver entrar á los paladines desconocidos y oír después aquel inesperado pregón y atrevido *riepto*.

Hubo al punto quien sospechó que fuesen los enlutados almas en pena de los ricos-hombres. Y de ser esto, por cierto que se levantaban de sus tumbas muy bien pegadas

las cabezas á los hombros, ágiles y poderosos como en los mejores días, para amparar su propia honra.

Mas otros, los menos quizá, sustentaban que no debían de ser sino hijos ó deudos de los ricos-hombres, que retaban, según podían y debían, por sus padres, hermanos, ó cercanos parientes.

Y mientras tal decía: «aquél ha de ser Ferriz de Lizana;» replicaba tal otro: «no será él, sino Corberán, el mayor de sus hijos; y este de aquí puede muy bien ser Fortún, el menor de ellos, que vendrá por Roldán, ó por alguno de los ricos-hombres, que no dejaron sino amigos ó vasallos que retasen por ellos.»

De todas suertes, la confusión y la curiosidad eran grandes, y, más todavía que entre la multitud, en la corte, y en el preminente y pintado cadalso ó tablado, donde asistían los Reyes.

D. Ramiro, que durante toda la tarde no había mirado una vez siquiera á D.^a Inés, fijó en ella los ojos ahora, cual si la pidiese amparo, y los clavó luego en el suelo con espanto. A D.^a Inés, como mujer al fin, aunque Reina, pronto se le agolparon las lágrimas á

los ojos, que ni era tardía ni avara en ellas. Tan sólo el Conde D. Berenguer conservó aparentemente su serenidad y buen humor ordinario.

—Pardiez—dijo,—que son los quince de buena traza, y aun deben de ser lanzas poderosas y virtuosos caballeros. Hola, Garcés, buen escudero, despáchate y ve á decir á esos valerosos paladines que el Rey les da luego licencia de meterse en campo, exonerándolos, por lo particular del caso, de toda amonestación y consejo, y dispensándoles, por virtud de su potestad real, el plazo acostumbrado.—Ya había partido el mensajero cuando añadió: —Todo esto digo, con vuestra venia, D. Ramiro, y júroos por los negros ojos de esta mi dama niña, que por mi propia persona quisiera experimentar qué tal sonaban algunos de los hierros que tras de sí traen, en mi armadura. Bien aventurado aquél que *«mostraret hoc verum esse per sacramentum quod defenderet per duellum,»* como decía el pergamino aquel que por delante me pusieron en cierta discordia de caballeros los sabidores de leyes; pero ya aquí ahora, *judicatum est decerni per duellum.*

A nada de esto contestó D. Ramiro, aun-

que más debía de entender de tales latines que el Conde mismo, el cual los repetía sin saber quizá su exacto sentido, como ayudan no pocos á misa en nuestros días.

Y el negro trompeta, en el entretanto, volvió á tender sobre su horquilla el interminable instrumento, sopló, cual suele decirse ahora, de lo lindo, y luego que aquél sonó largamente, repitió el reto.

—Traidores serán los hijos cuanto sus padres, si es que lo son esos de los ajusticiados —dijo á la sazón de modo que se le oyera, y no lejos de las Personas reales, un cierto hidalgo aragonés, cortesano viejo, y anheloso por mostrar adhesión al de Barcelona.

—No, por Dios, no lo son ahora—respondió éste al punto—en defender la honra de sus padres, y procurar que resucite la suya propia. Y cierto que antes es de loar el deseo que traen de esclarecer en este riepto y juicio de Dios, si fué ó no justo el tal castigo, que yo en lugar de ellos hiciera otro tanto. Ya veréis cuán ciertamente dice aquí Dios hoy, cuya es la justicia, y cuya la injusticia: que yo no sé que en casos tales deje de decirlo jamás. Todo honrado caballero ha de ser amigo de estos tales juicios de Dios, precisa-

mente. Y en él y en mi ánimo que debía otorgárseles batalla, según la tienen ya acordada, dejando que pase el fecho adelante.

Calló avergonzado el cortesano, mas no por eso parecía que hubiera de hacer buena el suceso la opinión del Conde. Porque á la verdad, si los de los capuces se mantenían plantados allí, mostrándose muy bien dispuestos al combate, y ni la trompeta ni la voz del retador enmudecían, no se descubriría hombre ni caballo en derredor que pareciesen encaminados á entrar en liza respondiendo al riepto.

Quizá tenía esto previsto el buen Conde de Barcelona, porque bien que mostrase talante alegre, y aparente indiferencia, viósele desde el principio cuchichear con Pedro de Fivallé y algún otro familiar de menos cuenta, encomendándoles algo que ambos se prestaron sin demora á cumplir, desapareciendo del tablado, aunque por su lado cada uno, al tiempo mismo.

Pero el público, poco paciente en todos los siglos, murmuraba, en el ínterin, por acá y por allá que nadie se presentaría al combate, como no se había presentado hasta allí en la estacada, ni retado, ni campeón alguno.

—Ahora se verá—decía ya uno en los

andamios, haciendo corro con caballeros aragoneses,— ahora se verá por esta prueba cuanto eran inocentes y leales los ricos-hombres, y como son alevés sus matadores.

—No diré tal yo—respondió un joven infanzón;—mas no temo afirmar con todo eso, que justo ó injusto, no habrá en Aragón caballero que quiera hacer campo por mantener lo primero, según se acostumbra en todo el mundo cuando siquiera es la razón dudosa en tan difíciles casos.

—Así es la verdad—añadió un tercero, que por el porte y traje parecía de mediana fortuna.—Aquí me tenéis á mí que pienso que el castigo fué justo, porque todo querían gobernárselo ellos de por sí, sin otros títulos que ser más ricos ó más viejos, no mirando que corría por Aragón tan buena ó mejor sangre que la suya. Mas, con todo eso...

—¡Ahl Sí, con todo eso—continuó otro interrumpiéndole,—no sostendrais tal opinión con la lanza, porque no parecería eso bien en ninguno de los castillos roqueros ni casas fuertes del reino. Y harto bien se comprendé, que cierto pienso otro tanto yo.

—Y aun yo—dijo á la espalda una voz.

—Eso mantengo—añadió otro.

—Y yo, y yo—repitieron no pocos de los que podían oír aquella plática.

En otro lugar, un poco más apartado del que ocupaban estos aragoneses, hallábanse varios caballeros catalanes, los más de los cuales habían acompañado á D. Berenguer desde el llano de Lérida.

—¿No saldréis vos á mantener el campo?—dijo uno de ellos al que tenía más cerca.

—No, por cierto—respondió éste, reponiendo á su vez con tono irónico casi al propio tiempo:—¿Y vos?

—Tampoco—contestó el otro.

—¿Cuanto há que os dejáis rogar para hacer campo y batalla, buenos caballeros?—exclamó uno de lengua barba negra, mirando á varios de los concurrentes.—No era así eso cuando andábamos juntos y por cualquier niñería solíamos trotar armados á espaldas de Santa María del Mar.

—Ni fuera hoy así—le replicó uno de los oyentes,—á presentársenos en Barcelona trance tal. Porque ¿pensáis—añadió acercándose á su interlocutor,—pensáis, temerario caballero, que ésta sea causa en que pueda poner mano un catalán honrado?

—*Aut in campo aut in cruce, tengo yo*

para mí que fué traición la de los muertos y que pueda muy bien probarse—dijo un clérigo, con agria voz, é interviniendo en la conversación sin que nadie le llamase.

—Eso el juicio de Dios lo habrfa de decir—respondió á los dos precedentes interlocutores el barbinegro;—y yo en todo caso al campo y no más me atengo.

A tal punto llegaba la conversación cuando nuestro bien conocido Pedro de Fivallé se acercó á los caballeros que en tales discursos andaban, y les dijo:

—Manda nuestro buen señor el Conde, que os avise y declare que otorga cumplidísima licencia, y permiso para hacer campo á cualquier hombre bueno y caballero de Cataluña que quisiere lidiar sobre esta querella. Sabéis no embargante que de él mismo sería tenido por malsín y aleve quien á combatir se prestara, si en su ánimo no tuviese por justa la causa como lo es.

—Eso nos salve—dijo uno.—Ve, pues, y respóndele á nuestro buen Conde, que pronto estamos á lidiar, si él á todo riesgo nos lo manda; pero que, de voluntad propia, no nos permiten que lo hagamos nuestras buenas conciencias.

—Lo propio me acaban de contestar ciertos caballeros de Aragón, á quienes me ha enviado asimismo D. Berenguer de parte de su Rey D. Ramiro—dijo oficiosamente Fivallé, y partió con la respuesta.

Al oírla, y ver que las horas pasaban en vano, sin que ni un solo paladín entrase en la liza, la alegre y serena faz del Conde de Barcelona se fué ya nublando y las arrugas que tal cual vez se dibujaban en su frente, comenzaron á parecer hinchadas y como preñadas de ira. De cuando en cuando volvía los ojos á D. Ramiro, y la postración de aquél encendía más y más el fuego de su sangre, mientras el profundísimo dolor de D.^a Inés, la cándida sonrisa de la Princesa D.^a Petronila, los murmullos de la plebe impaciente, que ponía de nuevo en tela de juicio si habría sido ó no justo el castigo de los ricos-hombres, todo le impulsaba, según podía juzgarse, á una resolución desesperada.

—Oídme un punto en puridad, D. Ramiro—dijo al fin.

D. Ramiro alzó los ojos tristemente.

—Ayudadme en lo que os toca, procurando sólo disculpar mi partida, ó hacer de modo que no me echen siquiera por un breve

plazo de menos. En cuanto á mí, voy á tomar mis armas, que téngolas ya mandadas preparar por si acaso, para derribar por mi persona á esos campeones arrogantes; que los varones de mi casa eso y más sabrán siempre hacer, y hoy ha de quedar por ante notario, y en presencia de todos los caballeros honrados que aquí hay *per bo e per lleyal e per quiti*, aquel que para serviros bien, quitó de este mundo á los osadísimos magnates.

—Y ¿si os matan? ¡Oh! ¿Qué va á ser de nosotros?—exclamó D. Ramiro asustado.

—Este ha de ser juicio de Dios—repuso D. Berenguer.—¿No sabéis que es infalible su justicia? Él peleará por el bueno y humillará á los malos.

—Pero el malo, el más malo, el peor de todos soy yo—dijo no sin gran suspiro el Rey.

—¿Que eso penséis?—contestó D. Berenguer.—Para mí tengo que los dichos ricos-hombres están ya condenados por malos pecadores en la otra vida.

—Pero yo lo estoy en ésta, yo lo estoy ya en ésta: tan condenado como haya podido estarlo cualquiera... ¿Creeríais—añadió bajando la voz—que todavía me hubiese dejado vencer de la lujuria? Pues he estado á pique de

repetir no há mucho aún el más mortal de todos los pecados.

Y diciendo esto miró á la llorosa D.^a Inés con horror, y con disimulo se dió dos golpes de pecho.

—Idos á un fraile, que no á mí, con esas —repuso D. Berenguer, que en otra ocasión se habría reído á carcajadas del escrúpulo, ardiendo entonces en cólera: —Daos buenos golpes de pecho, que yo por mi parte voy á defender á mi dama y mi Reina, según me toca hacerlo. Armas son éstas mías no de las voluntarias sino necesarias. ¿Queréis que queden nuestros contrarios vencedores en este juicio de Dios, y en él sea declarado por alevosía, lo que fué, todo lo más, un tantico rigurosa justicia? Si no ponemos de nuestra parte la sabia sentencia, que no deja Dios de pronunciar nunca en la prueba solemne del combate, ¿qué autoridad tendrá en adelante el trono? ¿Qué respeto vuestra hija? Los mismos que os han ayudado á recobrar el cetro, que malamente habíais perdido, se conjurarán contra el de la Princesa; y trocaránse en dolientes de ellos muchísimos que hoy parecen enemigos de la memoria de los ricos-hombres. Tal es la gente, D. Ramiro:

yo con ser mozo bien sé estas cosas, porque he procurado aprovechar las lecciones de mi padre.

—¿Y así vos—replicó el de Aragón todavía—habréis de ponerlos de igual á igual delante de cada uno de esos vasallos?

A lo cual respondió el Conde:

—«*Reys ó fills de Reys per que exercint actes militars no son mes que cavallers;*» tal es el fuero.

—Haced, pues, lo que os plazca—contestó D. Ramiro,—que en verdad, á mí nada se me alcanza en esto del reinar, ni ya lo quiero tampoco. Protéjaos Dios y haga que sea este el último día de mi infeliz reinado, cual tengo dispuesto.

—Ya veréis qué traza me doy para descargar acero de esas acémilas, á estilo de Alemania y de Hungría.

Y en esto, el público prorrumpía ya en voces que sonaban hasta á irrespetuosas. D. Berenguer no habló más, sino que rápidamente se deslizó entre los cortesanos, seguido de los celebérrimos Yussuf y Assaleh, que aquel día parecían más galanes que otras veces, y con alfanges más recorvados, más anchos hacia la mitad, y más brillantes que

nunca. Armáronle entre uno y otro bien pronto, como que armas y caballo estaban dispuestos, de resultas del aviso anterior; y, mientras tanto, al decir del cronista, cantaba alegremente á media voz el paladín coronado este romance viejo, en lenguaje mucho más anticuado aún, y que no copio al pie de la letra del codice muzárabe, por hacer más inteligibles los versos, que no eran otros sino aquellos tan popularizados después:

«¡Ah, mal haya el caballero,
que cabalgaba sin paje,
si se le cae la lanza
no tiene quien se la alce,
y si se le cae la espuela
no tiene quien se la calce!»

Dió luego, á Fivallé en particular, ciertos pergaminos que sacó del seno, y llevaba siempre consigo en las arriesgadas empresas y aventuras, que á cada paso solía acometer. Sin duda se contenía en ellos su última voluntad; y en verdad que no era preocupación sobrada esta vez, cuando, al parecer, había de lidiar él solo contra quince defensores ó campeones. Antes de salir, en fin, de la tienda ó

pabellón en que se hallaban los Príncipes, por aquel instante retirados de la vista del público para despedirle, dulcemente puso sus labios en la frente de la Reina niña: era el primer beso de esposo.





CAPÍTULO XXXII

Donde se pone tan en claro como suele andar el
sol á mediodía, que fueron alevos los ricos-
hombres

Il frappe si fort que la pointe tout entière sort de l'autre côté.
....Il lui brise l'écu et lui rompt les mailles du hambert,
lui fait entrer dans le corps les pans de son gonfanon,
et, à pleine lance, l'abat mort des arçons.

(La Chanson de Roland.)

Abajan las lanzas delant' los corazones...
Martín Antolínez, metió mano al' espada.

(Poema del Cid.)



H alma fuerte, é ingenio de buen
humor!—no sin razón exclama al
comenzar este capítulo el cronis-
ta. Nadie en lo uno ni en lo otro
igualó jamás, como el romance dijo, á

«jeste Conde don Ramón
flor de la caballería!»

Ninguno de los espectadores del ripto contaba ya que hubiera quien lo aceptase, cuando

«ya que el plazo se cumplía,
armado de todas armas,
bien á punto se ponía,»

el inesperado campeón que al fin había de venir á batalla con los retadores.

Pero, no bien sonó la trompeta del Conde, todos comprendieron antes de divisarlo, que alguien acudía al campo. De allí á poco entró ya el que se daba por retado en el palenque,

«en un caballo morcillo,
muy rijoso en demasía.»

según viene á decir el texto original del romance en la crónica, seguido de un *fiel de fechos* ó notario de Huesca, que parecía de mal talante y como si antes que el propio gusto las amenazas le trajesen. Todos los ojos, añade el muzárabe, se fijaron en el campeón, pero ninguno supo conocerle.

Venía sin mote ni divisa, trayendo el puntiagudo bacinete ó casco normando, que fué de general uso antes de las Cruzadas, encima de la capucha de aquella cota de malla

primitiva, forrada de anillos gordos y toscamente juntos, que antes que en otras naciones debieron tomar de los árabes que la inventaron nuestros guerreros españoles. Bajaba por delante el bacinete hasta tocar con el labio superior por medio de una pieza de hierro, que formaba parte intrínseca de él, ancha cuanto la distancia entre ojo y ojo, y más hacia la boca que hacia la frente, con lo cual, y el embozo de la capucha de malla, que subía hasta el labio inferior, defendiendo casi totalmente las mejillas, ocultábase el rostro de manera, que era difícilísimo dar por él con la persona. El escudo era alto, no muy ancho y en forma de cóncavo canelón, al modo romano, con el cual hasta la misma barba se cubría. Cosa sabida es, sin duda, que los hombres de armas de entonces no se solían encerrar totalmente la cabeza en hierro, como hicieron después, á la usanza de los antiguos gladiadores.

Mientras todos se fijaban inútilmente en el recién venido, llegó éste al sitio donde estaban los mantenedores, y con magestuoso continente y reposada la voz, dijo:

—Tened por alzados del suelo todos esos gajes, caballeros, y quien quiera de vos-

otros ser primero en la lid, salga adelante.

—D. Jaime—gritó al paladín que se movió antes, otro de los que venían con él;—tened, y averigüemos primero si ese hombre no es persona vil, sino nuestro igual, y con quien podamos venir al juicio de Dios, sin contravenir á los buenos fueros y costumbres de Aragón.

—Y ¿cómo sé yo que vosotros seáis mis iguales?—replicó el recién venido con firme acento;—¿ni quién os mete en averiguar si soy caballero ó no, cuando yo no sé si sois personeros, que aquí asistís contra fuero, si agraviados, si deudos, ni he preguntado siquiera vuestros nombres, cuanto más vuestros linajes? Digan luego las obras quién somos.

—Bien habla, valeroso D. García—reputo el D. Jaime;—que puesto que nosotros no estamos para descubrirnos, ni hace falta, por fuerza hemos de aceptar el combate tomando por igual nuestro á cualquiera en este trance. Demás que todo vasallo puede, en ley de caballería, sacar la cara por su señor si está éste impedido para aceptar un reto, y bien sabe Dios que lo está el que sin duda ordenó las injustas muertes.

Y no hubo más sino que rasgó luego

D. Jaime su largo capuz, quedando, no en armas lucidas, como Arias Gonzalo en parecida ocasión, sino con cota de armas de negro cuero, cubierta, por defensa, de espesos anillos de hierro cosidos á la misma piel en figura de gruesas lentejas. Montó en el caballo arzonado de negro también, que le presentó su escudero, tomó de él la lanza, que llevaba una seña á manera de *grímpola* igualmente de jerga negra, embrazó el triangular escudo normando, y trotó hasta plantarse enfrente de su adversario.

—Paso, paso, no ha de ser así, sino con sujeción á las reglas de caballería, leyes y fueros, este encuentro y batalla; paso, si queréis tener seguro el campo, como buenos caballeros.

Así gritó en aquel propio punto á los contendientes, uno de los dos jueces de la estacada, los cuales de antemano sabían por el mensaje del Conde que el Rey daba licencia para la lid, y que, bien que elegidos sólo para intervenir en el juego de armas cortesés, tampoco eran hombres de espantarse de los verdaderos hechos de armas, ni de excusar su oficio en formales y sangrientas ocasiones. Tiempos eran éstos en que con frecuencia so-

ñas suceder, como dijo luego también el romance, aquello de que

«las cañas se vuelven lanzas.»

Ni podía ser, de otro modo, ciertamente, cuando el valor y la fuerza eran la ley común de las cosas humanas; y todo, por uno ú otro camino, se sometía á su imperio.

Detuvieron con dificultad ya el arranque á los poderosos bridones que montaban ambos contendientes; mientras se les tomaba á ellos y todos los demás paladines el juramento de no traer hierbas, ni armas encentadas, y el de tener por justa su causa, y se daba una grita y pregón ordenando lo siguiente: «Que »ninguno fuere osado, por cosa que sucediere »á cualquier caballero, de dar voces ó aviso, »ó menear mano, ni hacer seña, so pena de »que por hablar le cortarían la lengua, y por »hacer seña le cortarían la mano.»

Hecho esto, los propios jueces ó fieles mandaron sonar toda la música que allí había, con grandes estruendos y en el rasgado tono de romper batalla; y un rey de armas gritó por tres veces, y arrojando á la última uno de sus propios guantes, el «*Laissez aller.*»

Entonces, lanza en ristre, partieron á en-

contrarse los dos caballeros; con tan triste suerte para el de las negras armas, que, dándole su adversario por el poco espacio de rostro que en aquellas armaduras quedaba indefenso, le metió todo el hierro por el ojo izquierdo hasta los sesos, haciéndole saltar el ojo del casco, y dejándole clavado un palmo de su lanza rota.

La curiosidad con que hasta entonces asistía al imprevisto caso el auditorio, se convirtió de repente en admiración ó espanto. Nadie, sin embargo, se atrevió á aplaudir al vencedor, por compasión al caballero infeliz, que tan pronto había mordido la tierra.

En este punto dijo el Conde á grandes voces, disimulando cuanto pudo la voz, algo parecido á aquello de

«Esto os haré conocer,
ansí como estoy armado,
y lidiaré con aquellos
que no quieran confesarlo,
ó con cinco, uno á uno,
como en España es usado,»

ó con todos, añadió, dejado ya el romance, cuantos mantengáis que fueran homes buenos los magnates castigados.

Pero no bien había pronunciado tales palabras y, cual suele decirse, en un abrir y cerrar de ojos, otro guerrero negro ocupó el lugar del muerto. Ni tardó en oírse nueva señal, ni tardaron en partir los caballeros; mas no se encontraron en las dos primeras carreras, por culpa del caballo que traía el de las negras armas, que no quiso arrancar derechamente, por más esfuerzos que su jinete hizo para ello. Al cabo se toparon á la tercera vez, y con no menor fortuna para el que pleiteaba en contra de los ricos-hombres; porque hiriendo á su contendor en medio del pecho, resbaló de allí el hierro y le entró por debajo del sobaco izquierdo, donde no traía hierro el desdichado, sino sólo cuero, por lo cual le hizo una grande herida, pasándole un buen trozo de lanza de parte á parte el antebrazo, y derribándole con la fuerza del dolor en tierra.

Al ver que el hierro de lanza rota le salía por el pecho y la espalda, y notar que no movía brazo ni pierna, los circunstantes le tuvieron también por muerto. Pero el rey de armas y un faraute le cataron ó registraron, hallándole con herida que no parecía mortal; bien que por la respiración y el pulso, com-

prendieran luego, que, al caer del caballo, había perdido el sentido del golpe que dió con la cabeza en tierra.

Dióse naturalmente por vencido á aquel segundo retador; y el pueblo, libre esta vez de parecer angustiado, se dejó llevar de su afición, prorrumpiendo en clamores de aplauso al caballero sin divisa. Como ninguno llevaba el solitario campeón, y sus contendores traían todos un moñudo fénix multicolor en la cota de armas, comenzóse á apellidar á aquél así por todos lados desde entonces. Luego, tras los aplausos al vencedor, vinieron *vayas* de desprecio al malhadado escuadrón de los capuces. Todo en su caso y lugar como en los toros de ahora.

—Callad, villanos—dijo uno de los enlutados,—que yo haré de modo que por mi persona rescate los pasados vencimientos.

Y quitándose el capuz, cual sus predecesores, y tomando caballo y lanza, se adelantó á ocupar el puesto del recién caído, sin que por el orden en que estaban le hubiese llegado la vez.

Sonaron de nuevo atabales y trompetas, oyóse otra vez el *laissez aller*, y los caballeros partieron uno contra otro. Al recio en-

cuentro, volaron las lanzas en trizas, pero en esta ocasión, sin que ni uno ni otro vacilara en los arzones.

Una aclamación inmensa se oyó por todas partes viendo ya igualado, al parecer, el combate; y el general interés se acrecentó con esto todavía más.

Volvieron á arremeterse los caballeros con nuevas lanzas, y también las hicieron astillas, y el furor de ambos fué tanto, que, precipitándose uno sobre otro en la carrera, llegaron á chocar sus propios cuerpos, estando en poco que del encuentro no midiesen los dos el suelo.

Fué este contendor de los quince el que puso por algún espacio el juicio en duda; pero también cayó al cabo, y según dice casi textualmente la crónica, que lo más de este capítulo lo pone en versos de los que con cortas variaciones se leyeron después en los Romanceros,

«siete lanzadas tenía
desde el hombro al calcañal,
y otras tantas su caballo
desde la cincha al pretal;»

que eran hartas señales para probar el en-

carnizamiento con que allí peleó el vencido.

Otros dos ocuparon el puesto de los caídos, y por modos diferentes sucumbieron; pero el vencedor, después de haber derribado los cinco jinetes, que el uso de España le obligaba á rendir por sí sólo, comenzó á moverse algo tardamente, cual si le aquejase la fatiga. Muchos del concurso comenzaron á clamar, á voces, sin respeto al pregón, que el retado había ya de sobra cumplido con su deber y que el lidiar con más de cinco, era, con efecto, contrario á nuestras leyes de caballería.

—Por San Jorge— dijo, entretanto, uno de los caballeros catalanes, con quien poco antes hemos trabado conocimiento,—que no hay mejor lanza que esa en todo el mundo, y es gran dolor que su mala causa no nos permita ayudarle.

—¡Mala causal—respondió el barbi-negro, que tampoco nos es desconocido:—mirad si puede serlo, una que consiente á su campeón derribar cinco honrados caballeros tan seguidos. No he visto igual caso en mis días.

—Tampoco he visto yo—repuso otro,—que Dios deje tan solo á quien defiende buen derecho: el campeón valiente es, sin duda;

pero claro está que Dios quiere que muera. ¿Ni cómo es posible que él solo resista tantos encuentros? Reparad en su maltrecha y mohina apostura; quizás el primer hierro que dé en él lo eche por tierra. ¿Y quién ha de tomar ya su demanda?

—Yo—dijo el barbi-negro, levantándose súbitamente.—¿No reparasteis en aquel postre bote de lanza? Pues para mí tengo ya quién es el que los sabe asestar así en caso de apuro: dame eso indicios de quién sea el buen caballero, que ha desaparecido de otro lugar, tiempo hace, y está comprometiendo en la liza más de lo que pensáis todavía. Y puesto que no hay rey que mande cesar esta lid desigual, allá voy yo cuando menos, si no á vencer, á sucumbir también en la demanda.

—Pero reparad que si os conocen corre gran peligro vuestra persona: aquí mismo es, en este tablado, y parecíame á mí ya imprudencia que estuviéseis,—le advirtió en voz baja un circunstante.

—No importa—respondió el determinado caballero secamente, y partió cual un rayo.

No muchos momentos después, ya no era uno, que eran dos los caballeros opuestos á otros tantos acusadores, vestido el segundo

con armas casi idénticas al primero. Y como si un mismo pensamiento hubiese brotado en dos personas á un tiempo, ó la fortuna quisiera de una vez ponerse al lado del solitario caballero, antes que aquel nuevo campeón, que diestrísimamente peleaba, y se revolvía también en un brioso alazán, rompiese lanza, apareció en su favor otro tercero, no de tan apuesto continente por cierto, ni tan bien armado, ni mucho menos tan hombre de á caballo cuanto sus compañeros; pero en la apariencia no menos ardido y esforzado. No traía éste ningún linaje de casco ó celada, sino la capucha solo del largo saco moruno de malla de hierro, que le pasaba de las rodillas, espada corta, mucho más que la de los demás contendores, y tosco calzado. Agil á maravilla en su persona, todo lo más parecía hombre de armas de cualquier mesnada, que no particular y buen caballero.

Pero nadie estaba allí para reparar en tales menudencias. Ni siquiera tomaban ya los jueces del campo los usados juramentos. Todo el mundo simpatizaba con el caballero que de por sí solo había tomado á su cargo tamaña empresa, y tan lucidamente la llevaba hasta allí á cabo. Quien quiera, pues, que acudiese

en su favor, seguro estaba de ser bien recibido, así por los jueces del campo como por el vulgo. A la verdad, los primeros, y la generalidad de los cortesanos, desde los principios entendieron bien la importancia política de aquel juicio de Dios, sobre todo los catalanes, tan interesados por la causa de la Reina niña y del Conde. Hasta se susurraba ya, por todas partes, que este último y no otro era el solitario y valerosísimo campeón. Los tres retados, en suma, contaron de allí adelante con casi universal aprobación.

A todo esto, y mientras que sus dos auxiliares entraban en liza, el *sin divisa* tuvo que pelear con otros dos. Grande fué la fortuna con que lidió todavía. Después de derribar á los cinco primeros adversarios con no muchos botes de lanza, según se ha visto, partió tres veces sin resultado contra uno de ellos, y hubo de poner mano á la espada. Valióle para echarle por tierra sin sentido de una gran cuchillada de revés sobre la capucha de la cara, el que su adversario esgrimía el hierro con mucha menos destreza que él y parecía menos suelto en el manejo del caballo. Con el otro contendiente hizo también un falso encuentro, y sin duda atribuyéndolo á culpa de su caballo,

que no arrancaba como al principio, echó pie á tierra. Vióse, con efecto, que el rendido era el caballo antes que no él, porque espada á espada combatió con aquel nuevo adversario hasta rendirlo, con muy graves estocadas, sin muestra de flaqueza. No obstante, á los peritos en casos tales no les cabía duda de que también él estuviese cansadísimo. Por eso, sin duda, los más valientes de los acusadores, tuvieron algo á menos medirse con él y fueron en adelante á buscar á los que llegaban de refuerzo, de suerte que no se las hubo ya sino con otros dos de los más jóvenes y más flacos.

Cuando hubo vencido á pie al último de ellos, y héchole desmentir puñal en mano de su acusación y demanda, volvió los ojos en derredor buscando para sí nuevo enemigo, pero no encontró ya ninguno.

Sólo vió aún de pie á dos de los caballeros acusadores que todavía lidiaban desesperadamente con sus dos compañeros.

De éstos el uno permanecía montado, y peleando lanza á lanza: el otro tenía su caballo á pocos pasos tan sano y descansado, como si no hubiera llegado á servirse de él, y combatía á pie con la espada. El *sin divisa*,

apoyado sobre su espada, roja de sangre la espuela que manaba de la hijada del caballo allí cercano, rojo también el pretal y la cincha de éste, y casi hecho pedazos el freno, se puso entonces á observar los diversos trances de aquella doble lid, en que bien podía tocarle parte todavía.

—Malsín—gritó de pronto, al ver que uno de los del fénix venía á toda rienda sobre el que peleaba á pie.—¿Cómo no tiras la lanza, y del caballo te derribas y peleas de espada á espada con ese buen caballero que tienes delante? ¿Así osas lidiar con ventaja delante de hombres honrados?

No debía de ser muy grande con todo la que el interpelado alcanzara así, porque en aquel momento mismo fué vencido por su adversario.

Este esperó á pie firme el arranque del caballo, bien embrazada su rodela de cuero, y, hurtando con rapidez el cuerpo, había evitado el golpe de lanza. Dando luego instantáneamente un salto, sepultó su espada, hecha ya una sierra de tantas cuchilladas como á diestro y siniestro repartiera, en el pecho del bruto generoso, que cayó al suelo, no sin aprisionar con su cuerpo al jinete, que

no pudo levantarse sin dificultad, ni se habría levantado de ningún modo á no tardar algo, cual si tuviese herida que gravemente le molestase en el cuerpo, su adversario.

Muchos del concurso, avezados á tales ejercicios y combates, en voz alta se maravillaban de la extraña resolución del campeón, que, sin motivo aparente, se había derribado en el primer encuentro del caballo, tirando lejos la lanza, y más todavía de que por aquella propia manera hubiese vencido á sus dos primeros adversarios. Y, lo mismo que sobre éstos había caído luego como un rayo, destrozándoles con su corta espada el rostro, en bastante parte descubierto, para no ofrecer, según sabemos, en casos tales, defensa alguna, pensaban que haría con su tercer contendor, matándole fácilmente.

Pero este último, á quien tan inesperadamente había apostrofado el Conde, era hombre *qui moult fu grantz*, según observó uno de los espectadores, al parecer, francés. Fiado, pues, en su aventajada estatura y grandes fuerzas, echóse sobre nuestro campeón de á pie y dió con él al punto en tierra, poniéndosele encima. Todos le juzgaban ya vencedor, cuando el caballero traspirenaico, que debía

tener perspicaz la vista, dijo, tornando la cabeza á los que tenía detrás:

—*Un costel prist á son costé... en ad frappé.*

Y muy poco después:

—*En son corps lui ad embatu par force le cotel agu.*

Todos, sin saber el francés de entonces, se hicieron bien pronto cargo de lo sucedido, porque instantáneamente se puso el que parecía vencido de pie, haciendo á todos patente su victoria.

Y entretanto, el otro caballero mantenedor había dado al primero de sus contrarios tan gran herida de lanza, que le falseó todo el escudo, y le quebrantó el arzón de la silla, parando al jinete tal, que después de bambolearse unos instantes, cayó al suelo, donde, estuviéralo ó no, parecía muerto. Al segundo, á quien se le encabritó en un encuentro el caballo, le alcanzó su lanza por las faldas de la cota de armas, de ambos lados abiertas, según el uso, y caídas á un lado y otro del arzón por iguales partes, atravesándole el muslo, y la silla hasta penetrar en el cuerpo del bruto, el cual se dió á correr desbocado por el campo. Persiguió al desventurado caballero su enemigo, espada en mano, hasta que,

perdidos los estribos, y saltando su caballo por las tablas que cerraban el palenque, quedó aquél echado del campo, y por consiguiente, vencido.

Al punto en que se puso á observar el Conde el estado del combate, peleaba su primer auxiliar con el postrer caballero del fénix, que podía tocarle en suerte, al cual bien poco después de soltar el capuz negro, y tomar armas y caballo, lo desarzonó de un soberbio golpe de lanza; pero, estando su contrario muy en sí, todavía hubo de luchar con él cuerpo á cuerpo, y no queriendo desmentirse después, dió lugar á que con la daga de misericordia lo matase.

—¡Dios mío!—exclamó el primero de los mantenedores cuando vió aquel último trance de la contienda;—¿quién es, quién es ese que así maneja las armas?—Y dirigiéndose al victorioso jinete, le dijo:—Paréceme que nos conocemos, y que sabéis harto por quién habéis lidiado, señor caballero, ¿no podríais decirme, pues, vuestro nombre?

—No he de decirlo, mi señor, sin que me concedáis antes el perdón que pido.

—¿Perdón decís? ¿No acabáis de merecer mi agradecimiento y el de todo Aragón, con

ayudarme á mostrar que fué justo el castigo de los rebeldes vasallos del Rey? ¿No os debo á vos y al que está con vos la vida, porque de cierto no habrfa podido ya resistir muchos encuentros?

—Mas es, señor, que he sido yo como quien más rebelde.

—Y ¿no pensáis que acierte á excusar mi buena amistad vuestra mala rebeldía?

—Pero es, señor, que también he sido ya amigo y amigo ingrato.

—Para mí, sin duda.

—Para vos precisamente.

—Luego sois... Sois Dapifer... Sois D. Guillén... Ya veis que no he olvidado vuestras lecciones en armas... ¿Mas qué me habláis de perdón? Con lo que por mí habéis aquí hecho, no sólo lo pasado se me olvida, sino que nuevamente os cuento por amigo. Mi senescal sois, y demás tened por vuestra de ahora para adelante la villa de Moncada, á fin de que en ella fundéis apellido y casa ilustre que recuerde al mundo la gran parte que habéis sido para acabar esta jornada. Devuélvoos, en suma, toda mi gracia... De vos depende, el Dapifer, alias de Moncada, no perderla ya nunca más.

Dicho esto, tendió su mano, que Dapifer se arrodilló delante del concurso para besar. Al propio tiempo se quitó el bacinete el Conde, y gritó todo el pueblo entusiasmado:

—¡Es con efecto D. Berenguer! ¡La flor de la caballería! ¡El Príncipe de Aragón! ¡Es el Rey de Aragón! ¡El Conde de Barcelona!— Tales eran los gritos diversos.

D. Berenguer, en el ínterin, sin hacer alto en ellos, se dirigió hacia el otro caballero, que estaba de pie, y con su capuchón de malla calado todavía.

—Y vos —le dijo,—¿quién sois que tan valerosamente me habéis asistido también?

—Soy, señor, uno que merece perdón por haber usurpado, aunque sin gran fortuna, el nombre y prez de caballero. Pero, ¿quién sino yo debía poner, señor, su pecho al fallo de este juicio de Dios? ¡Perdonadme!

Y descubriendo entonces el rostro, se vieron claras en él las pálidas y flacas facciones de Aznar.

—Caballero te he de armar yo ahora mismo—dijo el Conde,—ya que tanto tu valentía lo merece. Pero... ¿cómo osaste venir á pelear tan mal parado y enfermo? Dígotte que bien te cuadra por esto sólo ser ca-

ballero, y has de serlo en este punto y hora.

—No en mis días, señor—respondió Aznar.

—No asientan bien espuelas de oro en los hombres de mi laya; esta tarde misma he tenido que tirar la lanza y dejar el caballo, porque no sé pelear sino al modo que me enseñaron mis padres, y con él me va bien, y no quiero aprender otro, aunque sea el de personas que valen mucho más que yo por las armas. Almogábar he de ser, si lo permitís, toda la vida.

—Pues sé, y haz lo que bien te plazca—respondió el Conde,—que para ti, Maniferro he de ser yo siempre de todos modos, en cambio, y el mismo caso he de hacer de tu valor con hábitos de caballero, que con esotros humildes que sueles traer.

La ira había ya desaparecido de los ojos del Conde, y en compañía de Dapifer y de Aznar se salió sonriendo del palenque; mientras las turbas del pueblo se retiraban pensando generalmente:

—¡Bueno es esto del juicio de Dios! Ya no puede quedar á nadie duda: ni hay más sino que eran de verdad alevés los ricos-hombres.

A la par de esto, un buen caballero de Aragón, y diz que deudo de más de uno de

los muertos ricos-hombres, decía á otro de sus iguales tristemente y acariciando sus canas barbas:—Por las armas queda ya averiguado haber ellos cometido mal caso. ¡Ah malsines! ¡Quién lo pensara en tan bien nacidos caballeros como eran!

Poco á poco fué dispersándose luego el gentío, y ocupando solas el suelo como el espacio, las tinieblas; porque apenas había dejado tiempo para acabar aquel suceso el día.

Cuando soltó D. Berenguer en el ínterin su caballo y subió al tablado lujoso donde habían quedado los Reyes, halló todavía allí, rodeada de olorosas antorchas, á D.^a Inés, que le dió gracias colmadas con una sonrisa de profunda melancolía; y á la Infanta, que más cándida y linda que nunca, se puso á jugar con sus armas: las mismas armas que acababan de mantener la autoridad de su corona. Don Ramiro había desaparecido por su parte, y al notar lo, dijo D. Berenguer á uno de sus continuos y familiares:

—Lástima es, porque con esta lealtad espontánea de mi Dapifer, tan opuesta á la tenaz deslealtad de sus vasallos, le habría acabado, sin duda, de enseñar y mostrar todo lo que para regir bien su reino le ha faltado.



CAPÍTULO XXXIII

Que trata de cosas místicas: es quizá más que ninguno gustoso por ser el último de los que escribió el muzárabe

Pourquoy fus ie mis en ce monde
Pourquoy ay ie prebistre Fortune
Divant de vince tres immunde.

«Les grans regretz du Prebistre Fortune,
par avarice.»

(Decir francés.)

Mea culpa, mea culpa,
mea gravissima culpa.



YA el lector inteligentísimo habrá comprendido por qué fué la extraña desaparición de Aznar, de que dimos cuenta en el capítulo XXVIII de esta verídica historia.

El cronista muzárabe suele hacer cosas

como ésta, que es dejar de explicar los sucesos, cuando tienen lugar; y luego, al cabo de tiempo, hacer de modo que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á decirlo claramente.

Así debe de suceder ahora con el Rey don Ramiro, pues dice, que acabado el juicio de Dios, salió del palenque, sin saber nadie á dónde iba, y no vuelve á nombrarlo en su relato. En nuestra opinión, harto deja entender, no obstante, á qué fué y lo que hizo, con el siguiente caso particular que fielmente trasladamos de sus páginas á las nuestras.

Al despuntar el día que siguió al de las justas, y no imaginado juicio de Dios, dice que salieron de Huesca tres hombres; montado uno de ellos, que llevaba la delantera, en una mula, y los otros en buenos caballos.

El aparato no era guerrero; pero con todo, bien podía distinguirse desde lejos el relumbrar de las espadas que, los dos que montaban caballos, llevaban pendientes del cinto.

Cualquiera habría dicho que éstos eran escuderos de algún abad que caminaba á su iglesia, dado que por aquel tiempo no era prudente viajar sin tan razonable compañía, aun llevando tonsura y hábitos sagrados.

Y que fuese abad el jinete de la mula, no podía decirse de seguro, porque iba muy bien embozado en una ancha capa de lana, toscamente labrada; pero lo de eclesiástico, no podía faltar en él, según el corte de su pelo y el ancho sombrero de tal que traía.

Pues es el caso, que los tres jinetes se encaminaron al cercano lugar de Quicena, y atravesando sus polvorosas y desiguales calles, se encaminaron silenciosamente por la frondosa orilla del Flumen á Mont-Aragón.

Pronto llegaron al pie de la redonda y alta montaña, en cuya cima se levantaban sus altos y almenados torreones; y dejando á la derecha la villa de Mont-Aragón, de que no quedan hoy rastros siquiera, la cual había recibido su nombre del famoso monasterio, comenzaron lentamente á subir á lo alto.

La campana de la iglesia tocaba á misa á la sazón, y sus acentos, despedidos de la alta torre del centro, donde estaba situada, llenaban el aire, produciendo un indefinible sentimiento de melancolía y devoción.

De las vecinas montañas bajaban presurosos los campesinos á oír la misa del alba en el celebrado santuario, y todo lo largo del revuelto camino que á él subía, mirábase lle-

no de gente fiel y pecadora, que acudía á implorar la gracia de Dios.

A la verdad hay pocas cosas tan poéticas como la misa del alba en el campo: los himnos espirituales de la Iglesia se juntan con el himno universal de la naturaleza, aquel que cantan los pájaros de la arboleda y los manantiales de las rocas, y el eco de la soledad que va repitiendo, sin olvidar ninguno, todos los murmullos y todas las voces que se levantan por las vecinas tierras.

Los tres desconocidos jinetes echaron pie á tierra antes de llegar al foso, y se dirigieron al puente levadizo, que entonces estaba echado. La hora y la ocasión los eximieron de toda formalidad, y así nuestros tres caminantes, cruzando un claustro cuadrado, que encerraba en sí un patio pequeño con arrietes de flores, entraron en la única y estrecha nave de la iglesia, donde ya había bastante gente esperando la misa.

El que había traído la mula se desembozó al entrar, y se mostró vestido de monje benito: sus dos escuderos (conozcámosles por este nombre) se arrodillaron á la puerta, y él fué á colocarse de rodillas delante del altar mayor.